

— BIBLIOTECA —
RAFAEL BARREDA

CRÓNICAS

I

I. LA CAPILLA DE SANTA FELICITAS

II. EL CRIMEN DE LA NORIA

III. EL PRÍNCIPE BANDIDO

3^{er} millar

BUENOS AIRES

ADMINISTRACIÓN BIBLIOTECA RAFAEL BARREDA

5147 - Rivadavia - 5147

1914

== BIBLIOTECA ==
RAFAEL BARREDA

CRÓNICAS

I

I. La Capilla de Santa Felicitas

II. El Crimen de la Noria

III. El Príncipe Bandido

—
3.º millar
—



BUENOS AIRES

ADMINISTRACIÓN BIBLIOTECA RAFAEL BARREDA

5147 - Rivadavia - 5147

1914

== Es propiedad del autor. ==
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CAPILLA DE SANTA FELICITAS



Dada en el folletín de *Caras y Caretas* esta crónica, el autor recibió la siguiente carta de uno de los principales actores:

«Señor don Rafael Barreda.

»Mi distinguido amigo:

»He leído detenidamente lo que usted ha publicado referente á la Capilla de Santa Felicitas y puedo asegurarle que un testigo ocular, con sus condiciones literarias, no lo hubiera hecho más acertadamente, pues *todo* lo que usted dice allí es exacto.

»Con mi estimación de siempre, su amigo y S. S.,

»BERNABÉ DEMARÍA.»



RAFAEL BARREDA

LA CAPILLA DE SANTA FELICITAS

I

Si bajáis por la avenida de Montes de Oca y os detenéis en la esquina de la calle de Pinzón, os hallaréis con una de las más pintorescas y hermosas mansiones, en cuyo fondo destaca imponente, por su belleza arquitectónica, la *Capilla de Santa Felicitas*.

Más allá se encuentra el colegio de Nuestra Señora de Lourdes, que comunica con aquélla por medio de un corredor.

¿Queréis visitar la capilla? Ved: en la esquina de aquel hermoso palacio, que forma la parte principal del predio, hay un letrero que os indica la manera de hacerlo.

Dirigíos, pues, después de enteraros de lo que dice aquel letrero, al indicado establecimiento; preguntad por el portero, si es que no sale á recibiros; decidle el objeto que allí os lleva, y, después de varias consultas entre los sacerdotes que tienen á su cargo el cuidado y vigilancia de aquel recinto consagrado á la piedad divina, se le dará la orden para que os acompañe.

Entraréis por el ya dicho corredor y os encontraréis en

un pequeño gabinete, en el que hay dos artísticos bustos de mármol blanco, que debe ser de Carrara.

Sin que se lo preguntéis, vuestro discreto cicerone os dirá:

—Estos bustos representan á los fundadores, padres de la «desgraciada» señora de Alzaga.

Pasaréis luego al otro extremo y os hallaréis en el pórtico, donde encontraréis, á la derecha, una estatua de cuerpo entero que representa lo que la leyenda dice: «Don Martín de Alzaga.»

Frente á esa estatua se asienta un grupo de mármol también, y también de cuerpo entero, que representa á una hermosa señora y á un niño como de seis años, ambos en actitud simbólica.

En el centro de ambos mármoles, que son dos obras maestras, hay una placa de bronce, con letras de relieve que contienen esta leyenda: «Capilla de Santa Felicitas, fundada el 30 de Enero de 1879, por Carlos J. Guerrero y Felicitas C. de Guerrero, en memoria de su hija Felicitas G. de Alzaga.»

Y os preguntaréis, sin duda:

—¿Por qué la magnanimidad de los señores Guerrero dedica ese monumento á la memoria de su hija?

¿Verdad que la leyenda incita vuestra curiosidad?

Nuestros viejos la saben, nuestros jóvenes la han aprendido de ellos; pero tanto unos como otros la narran ya desfiguradamente.

Dos distinguidas escritoras argentinas, fenecidas ambas, Manuela Gorrits y Josefina Pelliza de Sagasta, han hecho de esa tradición páginas bellísimas; pero esas páginas brillan más por la fantasía y el sentimentalismo romántico de sus autoras, en lo que se refiere á la *horrible catástrofe*, que por la verdad lisa y llana.

Lisa y llana será la verdad con que trataré, pues, de narraros esa crónica, cuya *horrible catástrofe* á que me refiero, se produjo en esa hermosa mansión, en ese predio que fuera en otros tiempos centro de conspiradores metropolitanos contra los patriotas de 1810 y 12, y en el que

se ocultara, además, un crimen monstruoso durante el breve cuanto combatido gobierno del coronel don Manuel Dorrego.

De éste nos ocuparemos después.

Vamos ahora á la tradición de la *Capilla de Santa Felicitas*.

II

Fué aquélla una época de sucesos increíbles y extraordinarios. La sociedad porteña — que acababa de ser tremendamente flagelada por la espantosa epidemia de la fiebre amarilla, que en menos de seis meses, desde el 27 de Enero al 21 de Junio de 1871, causó trece mil seiscientas catorce víctimas en una población entonces de trescientas mil almas — veía más consternada aún despedirse ese año fatal con el horrible incendio del vapor «América» y comenzar el siguiente con las fanáticas matanzas en el Tandil, inducidas por el siniestramente célebre «Tafadiós,» «Salvador de la Humanidad,» «Adivino y Médico del Salvador,» que con todos esos títulos se llamaba aquel mestizo Solané; por las conmociones geológicas en el territorio de Orán; por las terribles invasiones de indios en la provincia de Santa Fe; por la revolución en la de Corrientes; por el crimen misterioso ocurrido en el almacén de las calles de Rivadavia y Tacuarí, cuando en la noche del 29 de Enero de 1872 cundió en los altos círculos sociales, en los clubs del Progreso, del Plata, de los Negros, de Residentes Extranjeros, etc.; en la concurrencia de los teatros, en los hogares de todas las familias, en la redacción de los diarios, en la calle de la Florida, en todas partes, en fin, una revelación inaudita, la consumación

de un crimen increíble, ocurrido casi en aquel momento, que conmoviera á todos los círculos por la posición social del victimario y por la calidad de la víctima.

El asesino, miembro de una de las familias más conocidas y apreciadas en la entonces capital provisoria de la república, había descerrajado su revólver sobre una de las principales damas porteñas, allá en la regia y tradicional mansión de Santa Lucía, dando fin á su existencia; unos decían que con la misma arma que cometiera su bárbaro atentado; otros, que fueran los hermanos de la dama sacrificada por él, y no faltó quien asegurara cayera el asesino bajo el plomo de legítima defensa de uno de los caballeros que se hallaban allí de visita en el instante de cometerse el crimen.

Ella, que aún existía á aquella hora, pero en estado gravísimo, era la hermosa señora doña Felicitas Guerrero, viuda de Alzaga.

El, que se ignoraba si ya había dejado de existir, el joven Enrique Ocampo; aquel Enrique Ocampo que muchos conocimos como la expresión más genuina del cumplido caballero, franco, desprendido, noble, leal en las exterioridades é intimidades amistosas y en el trato de gentes.

¿Qué móvil, qué neurosis, qué germen maléfico había desequilibrado tan insólitamente su idiosincrasia, educada en el refinamiento de la alta sociedad porteña, para convertirse en actor de ese acontecimiento inaudito?

III

Felicitas Guerrero, hija de don Carlos Guerrero, antiguo y conocido agente marítimo, y de doña Felicitas Cuento, cuando ya contaba esa edad en que la niña comienza á ser mujer, vióse solicitada por don Martín de Alzaga, respetabilísimo anciano por la tradición de su nombre y singularmente por los sesenta millones de su saneada fortuna, que era, por aquel entonces y aún hoy, lo suponemos, una fortuna fabulosa.

Cuentan que este altivo personaje se vió forzado á emigrar en la época del terror, y que, confiscados sus bienes, no tuvo empacho en dedicarse, en país extranjero, al acarreo de haciendas, con lo que acrecentara su fortuna al volver á su patria y serle devueltas sus heredades.

Y la verdad es que nada de extraño podía tener que aquella niña hubiera impresionado á aquel anciano al extremo de pedirla en casamiento á sus padres, porque la naturaleza había prodigado en ella sus más preciosos dones. Era tan bella que los diarios y revistas de la época llegaron á considerarla «la joya de los salones.» Sin estar en la plenitud de su desarrollo, se hallaba modelada en la forma casi perfecta de la mujer atrayente. Sin ser muy alta, era esbelta. Su rostro oval, encuadrado en undosa cabellera de castaño oscuro; sus ojos pardos, «de dulce mirar» y de expresión distinguida; la modalidad graciosa de sus labios coralinos que, al sonreír, dejaban entrever el doble arco de su dentadura blanca, igual y apiñonada; el tinte de su tez pálido mate, todo ello, reunido á su na-

tural elegancia, sin afectaciones estudiadas, hacían resaltar el conjunto de las propiedades distintivas de su carácter amable y bondadoso, fundido, indudablemente, en las sanas costumbres religiosas de su hogar paterno. Era niña y ya parecía mujer, y la evolución de la naturaleza debió operarse en ella sin transición violenta, sin desconocimientos superficiales, impropios de quien ya sabe darse cuenta de su misión en la tierra.

No entraremos en otros detalles que pecarían de difusos para el esclarecimiento de esta crónica literalmente histórico-social. Baste agregar, por ahora, que la solicitud hecha por don Martín de Alzaga fué otorgada, aunque «con algunas resistencias» por parte de la niña. Y fué en el año 1862 que la bella Felicia Guerrero, como la llamaban sus amigas; aquella «preciosa flor» encanto del barrio donde naciera, «cuando en las tardes primaverales formaba jardín en la puerta de su casa con sus amiguitas,» que entonces se estilaba, pasó á ser la opulenta señora de Alzaga.

Mucho se hablaba entonces de aquel casamiento por lo desproporcionado y que, sin embargo, diera ejemplo para otros semejantes, y «nuestros viejos hurones» recuerdan la murmuración maldiciente. Es que estábamos aún en aquellos tiempos de «la gran aldea,» tan habilidosamente descrita por aquel talento malogrado que se llamó Lucio Vicente López, y .. ¿en qué otra cosa habían de pasar sus ocios nuestras «comadres de barrio?»

Fruto de aquel consorcio fué un niño, al que dieron nombre homólogo al del histórico patriota, general, diplomático y hasta rematador durante el gobierno de Dorrego, don Félix de Alzaga.

Ese precioso niño, porque lo era, vivió apenas seis años, como la leyenda lo dice, dejando de existir en 1869.

Fuera el pesar que tan sentida pérdida le produjera ó por los achaques de su avanzada edad, su padre, don Martín de Alzaga, no le sobrevivió mucho tiempo: murió el 17 de Marzo de 1870.

IV

Apenas contaba veintiséis años la señora de Alzaga, cuando se encontró viuda. Joven pues, atrayente, en toda la plenitud de su belleza y con caudal inagotable, que le dejara su esposo, nombrándole, al morir, única y universal heredera de sus sesenta millones de pesos, no faltaron, natural y lógico es suponerlo, codiciadores á tan envidiable y apetecible partido.

La plaza fué sitiada en toda regla y el asedio formidable, sin que hubiera paladín que pudiera jactarse del menor triunfo obtenido de aquella fortaleza al parecer inexpugnable. A todos trataba por igual y para todos tenía iguales exterioridades bondadosas y sonrientes, hasta que llegó á decirse que la bella cuanto rica viudita «andaba» dando su preferencia, distinguiéndolo, á uno de sus más asiduos pretendientes: Enrique Ocampo.

Y aquella sociedad murmuradora se preguntaba: ¿Amaba Enrique «á la mujer» desinteresadamente ó buscaba «en la mujer» el inmenso caudal que le legara su esposo?

Sus amigos íntimos aseguraban lo primero.

Los que no lo eran aseguraban lo segundo.

Los indiferentes y humanamente bien intencionados, aseguraban que una y otra cosa: la mujer con su fortuna.

Enrique Ocampo, además de ser miembro de una antigua y considerada familia, como ya lo llevamos dicho, no era

pobre como se aseguraba entonces, sino relativamente rico, ó por lo menos aparentaba serlo, no sólo por su representación social, sino por las importantes transacciones de bolsa en que intervenía.—«¿Cuantum?»—Y él podía contestar, como el personaje de la comedia española:—«Mi mayor fortuna estriba, en que ignoran mi fortuna.»

¿Llegó la viudita á amar *de veras* á Enrique Ocampo? He ahí un secreto que se llevó á la tumba, porque ni aun sus amigas de mayor confianza lo sabían y si lo sabían se lo callaron.

Los enemigos del afortunado pretendiente le llamaban «jactancioso» y los que le apreciaban se vengaban asegurando que un espíritu maligno, uno de esos seres que la psicología asevera que nacen para odiar, que hacen mal por el goce de hacerlo, señalado como perseguidor tenaz de la dicha de los otros, «inoculó» en la bella señora la idea de que Enrique Ocampo la amaba por sus millones.

¿Debió ser así? ¡Vaya usted también á adivinar esos misterios! Lo que si se puede afirmar, y esto por haberse hecho público y notorio, es que, de la noche á la mañana, se propaló la nueva especie de que la bella viudita había *quebrado* sus relaciones con Enrique Ocampo, suplantado en sus afectos íntimos por otro joven de apellido y hermosura tradicionales.

Y tanto debió ser así que en los aristocráticos salones de los clubs sociales y aun en los corrillos que la gente de «élite» formaba en la concurrida calle de la Florida y en el paseo de Palermo, se daba, como «nota social» la más resaltante,—que no se usaba como hoy se usa, si no muy raramente, en las columnas de la prensa,—los preparativos de aquel enlace, la suntuosidad con que él se llevaría, la primorosidad del «trousseau» mandado preparar á Paris, los trajes que la novia llevaría, los regalos, etc., etc.

Un año duró el luto de la señora de Alzaga, durante el cual supo darse exacta cuenta de su posición, y en vez de entregar la administración de su cuantiosa fortuna, heredada de su difunto esposo, á gente extraña, ella misma la vigilaba en persona en sus minuciosidades más detalladas, yendo á sus distintas y valiosas estancias al par que con ese objeto, con el de disfrutar de los aires bonancibles del campo y de las variadas y cómodas distracciones que ella se proporcionaba

Por lo general la acompañaba á esas «viaggiaturas» su tía doña Tránsito Cueto, recién desposada con el conocido hombre público de aquellos tiempos, autor de varios copiosos poemas históricos y el más fecundo de nuestros pintores de costumbres campestres, Apolo y Apeles en una pieza, don Bernabé Demaría.

A él le he oído contar la siguiente anécdota, como otros muchos hechos de este relato, que da ligera idea de la modalidad un tanto novelesca de la vida íntima de la bella viudita.

Se hallaba en la estancia llamada *Guancho*.

Terminaba la comida y ya la tarde, de un día canicular del mes de Noviembre de 1871, había declinado, cuando Felicitas, ponderando lo placentero de la noche, les propuso trasladarse á *la Postera*, su estancia predilecta.

—¿Se animan?—les preguntó:

—No hay inconveniente—contestaron don Bernabé y su señora.

—Pues en marcha—y llamando al mayordomo le ordenó que preparasen el carruaje, la correspondiente tropilla y los peones de confianza necesarios.

Media hora después se hallaban en viaje.

La noche estaba espléndida y Felicitas, sugestionada por aquella soledad de mágicos misterios, sintió impulsos de cantante y lo hizo, con su voz dulce y afinada, porque la bella viudita tenía afición por la música y tocaba el piano y aun la guitarra «discretamente.»

Cuántas veces, en sus mismas estancias, improvisaba conciertos con las visitas de confianza que frecuentemente iban allí cuando sabían que ella estaba.

Y así marchaban, cuando, repentina é inesperadamente, encapotóse la luna por negros nubarrones y se desarrolló imponente tormenta pampera. La obscuridad más profunda envolvió á los viajeros y la lluvia caía á torrentes, mientras seguía la marcha «chapoteadora» del vehículo y la tropilla.

De pronto Felicitas le dice al postillón, que iba al lado del carruaje:

—Este no es el camino de la estancia.

—Sí, señora — le contestó aquél; — tengo la seguridad...

—No, te digo—le replicó ella con voz de mando.— Que acerquen el carruaje—añadió, señalando, con el fulgor del relámpago—á aquellos árboles y mientras pasa la tormenta que lo «rastreen.»

Efectivamente, la peonada, aunque concedora de aquellos caminos, había equivocado la senda y quién sabe adónde hubiesen ido á parar si no hubiera sido la acertada observación de la joven.

Pocos momentos después preguntó en voz alta:

—¿Dónde estamos?

—En mi estancia y la suya, señora, que espero quiera honrarla mientras pasa la torpeza—contestó la voz de un

jinete que se habia aproximado á la portezuela del carruaje.

La señora de Alzaga y sus acompañantes aceptaron la obsequiosa invitación.

Y fué de esa manera que conoció al joven que desbancara á Ocampo.

Su estancia se hallaba lindera á una de las suyas.

Después volvieron juntos á la ciudad y...

VI

¡En tanto, Enrique Ocampo, eclipsado de tan inesperada manera en el porvenir de sus cálculos íntimos; desechado, según se decía, por Felicitas, llegó á abstenerse de las frecuentadas reuniones sociales; marchaba caviloso y solo, y llegó á hallarse de tal manera sugestionado por la obsesión del crimen, que una vez, encontrándolo, llegó á jurarle al señor Carlos Guerrero, padre de la señora de Alzaga, que antes que permitir que se casara con otro, la mataría!

El señor Guerrero no podía dar crédito á tan increíble afirmación, dadas las condiciones caballerescas de Ocampo, y, no dándolo, dejó de tomar las precauciones necesarias.

Sin embargo, el estado patológico de Enrique Ocampo se desenvolvía en un estado hipocondríaco, que acrecentóse al recibir otro golpe cruel que lo dejaba casi en la miseria: un amigo íntimo en quien depositara gran parte de su fortuna, lo había estafado, exponiéndolo, además, á un intrincado pleito.

El doctor José Francisco López, entonces abogado de Ocampo, lo declaró después, al describir la situación desesperada por que atravesaba su cliente

Recuerdo haberle oído repetir las últimas conversacio-

nes que con él tuviera pocos días antes de ocurrir la catástrofe. Ocampo, que le había ofrecido una iguala si aquel asunto se ganaba, le pidió que regulara más bien sus honorarios para asegurarlos. —¿Por qué? —¿Porque podría morir antes de que terminara. —Yo espero—le contestó en tono chancero nuestro *alemanizado* jurisconsulto—que usted no se muera por la sola satisfacción de no pagarme. —Y sin embargo—le añadió Ocampo,—es más que probable que así sea, antes de que ese pleito se termine.

Tampoco el doctor don José Francisco López llegó á creerlo.

VII

El hermoso palacio de la hoy avenida de Montes de Oca, esquina de las calles de Pinzón y de Suárez, se hallaba iluminado pintorescamente, en su parte exterior, por el claror de la luna llena y por la iluminación que por ventanas y puertas surgía, en la noche del 29 de Enero de 1872.

No es el mismo cuya construcción dirigiera el ingeniero Bunge, el que ahora se ve allí. La señora madre de Felicitas lo mandó reconstruir ó reformar por no tener presente el doloroso recuerdo de aquellas habitaciones donde se consumara el crimen; pero aún existe, en su ángulo derecho, el quiosco donde se hallaban aquella noche los hermanos de Felicitas, acompañados de parientes y amigos de confianza que aguardaban á aquélla: la señorita Albina Casares, su íntima amiga, don Bernabé Demaria y su joven hijo Cristián.

Felicitas había ido á la ciudad á hacer algunas compras para los festejos de la inauguración de un puente sobre el río Salado, que bañaba las orillas de su espléndida estancia *la Postrera*.

Esa inauguración iba á tener lugar en la fecha memorable del derrocamiento de Rozas, el 3 de Febrero, y como á ella iba á asistir el entonces gobernador de la provincia don Emilio Castro y su ministro de gobierno el doctor

Malaver, Felicitas se proponía recibirlos como correspondía, preparando entre otras sorpresas, y especialmente, un simulacro de la *Revolución del año 39*, presentando un escuadrón de caballería con la simbólica camiseta celeste.

Y aguardándola estaban cuando llegara un carruaje y se detuviera á la puerta de la quinta, anunciando en seguida un sirviente la llegada de Enrique Ocampo, que deseaba ver á la señora de Alzaga.

La de don Bernabé Demaría fué á recibirle, y al hacerle penetrar á la sala que daba frente á la avenida y decirle:

—Felicitas no está en la quinta en este momento,

Observó que Ocampo se hallaba sereno, completamente tranquilo y casi sonriente.

—Puesto que usted me asegura que no está, me retiro y volveré más tarde, pues deseo celebrar una conversación con ella—le dijo en tono amable.

Y ya iba á retirarse cuando se oyó que paraba otro carruaje á la puerta de la quinta.

Ocampo debió distinguir desde allí la persona que bajaba, que hablaba con un sirviente y se dirigía al quiosco: era su afortunado rival.

Otro carruaje llegó en seguida y de él bajó una dama.

—Ahí está—dijole Ocampo, que seguía observando á la señora de Demaría, señalándole la dama que entrara y se dirigiera al interior por la parte lateral de la derecha.—Le suplico, entonces—añadió,—quiera tener la bondad de decirle que la aguardo.

Doña Tránsito salió de la sala, dejando en ella á Ocampo, yendo á cumplir su ruego.

Los Demaría, conjuntamente con el joven que acababa de entrar, habían ya pasado al comedor de la quinta, separado de la sala por un corredor y un pasillo.

La señorita de Casares acudió á Felicitas, que ya se encontraba en su tocador cambiando el traje de calle por otro de casa cuando la señora de Demaría le participó que Ocampo le aguardaba en la sala.

Al oír esto, Felicitas demostró en su semblante la profunda contrariedad que le produjo, y pidió á su amiga íntima, la señorita de Casares, le dijese á Ocampo que no le era posible recibirle en aquel momento, con cualquier pretexto.

La señorita de Casares volvió en breve, manifestándole que Ocampo estaba firmemente decidido á no marcharse de allí sin antes celebrar una conferencia con la dueña de la casa.

Felicitas quiso negarse aún, porque, como se lo expresó en voz baja á su amiga, algo misterioso le decía que no debía recibirle; porque tenía la conciencia de que todas sus relaciones con aquel joven habían terminado, y, siendo así, no le parecía digno acceder á su ruego; pero reflexionó y consideró que la obstinación de Ocampo, estando allí el que él consideraba su rival, en no querer marcharse sin hablar con ella, podía traer un escándalo si se negaba.

Felicitas bajó entonces al comedor, y mientras los demás la saludaban cariñosamente, notó la mirada expresivamente irónica de su futuro, que la contemplaba en silencio, sin acercarse á ella. Sus parientes la aconsejaban en voz baja que no accediese á la súplica de Ocampo; pero, para ella, era aquél un momento decisivo: había de evitar el encuentro de aquellos dos jóvenes. ¿Cómo? Decidiéndose á ir sola á la sala donde la esperaba Ocampo. El orgullo de la mujer acosada, perseguida, contrariada en su voluntad, se sobrepuso al temor involuntario, aunque natural de su sexo. Había de dar una lección y la daría. Fué. La señorita de Casares la acompañó; pero no permitió que lo hiciera sino hasta la puerta de la sala, que entornó tras sí. Felicitas, envuelta en una rica bata blanca, de amplia cola, dando á su fisonomía toda la expresión de las distintas y encontradas sensaciones, que en ese instante se apoderaban de su espíritu, se hallaba más hermosa que nunca. Ocampo la contempló en silencio, como momentos antes la contemplara su afortunado rival. Felicitas le indicó que se sentase y ella lo hizo. La entrevista comenzó ceremoniosa. Des-

pués de un momento de verdadera expectación, Ocampo le reprochó la situación en que se encontraba. Felicitas le replicó altanera, casi despreciativa. El eco de sus voces alteradas transpuso el recinto en que se encontraban. Llegó hasta el comedor y los señores Demaria, temiendo un desenlace desagradable, se aproximaron á la sala; pero Felicitas, que oyó el ruido de sus pasos, con voz vibrante y nerviosa, preguntó:

—¿Quién anda ahí? ¡He dicho que no quiero que venga nadie!

Los Demaria no contestaron, pero tampoco retrocedieron.

Y fué entonces que Ocampo le exigió á Felicitas terminantemente que no se uniese á otro hombre.

—¿Y con qué derecho—exclamó ella en el colmo de la excitación—me pide usted eso? ¡Basta ya! ¡Yo sí le exijo á usted que no vuelva á poner los pies en mi casa!

Enrique Ocampo, sin contestar palabra, la dirigió una mirada de insano, é impulsiva y rápidamente sacó un revólver con el que apuntó á Felicitas. Esta notó su acción y corrió, espantada, en dirección al pasillo; pero antes de que llegase á la puerta sonó una formidable detonación y se oyeron gritos despavoridos de mujer. El primero que acudió fué don Bernabé y vió á la infeliz dama que, corriéndole la sangre por la espalda, caminaba tambaleante, y que, enredándosele la cola de la bata en un mueble, caía para levantarse con el rostro también ensangrentado. Desapareció por el pasillo, mientras el asesino, sobre el que iba á arrojarle don Bernabé, le dirigió á él la boca del revólver con gesto de imponente amenaza.

Y entretanto que las detonaciones del arma homicida continuaban, Felicitas caía exánime en el pasillo, cuando á ella llegaron sus parientes, su amiga la señorita de Casares y su prometido que, sin proferir palabra, fué á levantarla.

«—¡Me muero..., me muero!...»—murmuró ella, con voz desfalleciente.—«¡No me abandone!»

Fué conducida á su lecho. Se llamó, con la urgencia que el caso requería, á los doctores Montes de Oca y Larrosa.

Cuando éstos llegaron se encontraron con el cuerpo agonizante de Enrique Ocampo allá en la sala.

¿Se había suicidado? Así consta en la causa criminal de que fuera juez el historiador doctor don Angel Justiniano Carranza.

Pero las versiones son distintas y hay quien asegura haberle oído contar á don Bernabé Demaría, que en el instante de hacerle fuego Ocampo, sin tocarlo, incrustándose la bala en el marco de la ventana, su hijo Cristián saltó sobre aquél, que no solamente esgrimía el arma de fuego, sino un estoque desenvainado de un grueso bastón.

«—Cristián fué á él con la rapidez del rayo; le tomó ambas muñecas. Lucharon y Ocampo cayó soltando el revólver del que se apoderó mi hijo para hacerle fuego junto al corazón. He oído muchas veces hablar de «un tiro á quema ropa» y, efectivamente, yo vi que el chaleco blanco de Ocampo humeaba de sangre y fuego; pero..., aún con vida, Ocampo pretendió herir á Cristián con el estoque. Cristián, entonces, diciéndole: — ¡Vas á morir como un perro, miserable asesino de mujeres!, —le introdujo el cañón del revólver en la boca y, sonando una nueva detonación, le destrozó el cráneo.»

¡Y aún vivía, vivía cuando llegaron los doctores Montes de Oca y Larrosa!..

Fuera como fuera no hubo duda de que Enrique Ocampo tenía el propósito de suicidarse después de cometer su espantoso crimen; si lo que aseguraban haberle oído á don Bernabé era cierto, en último caso no implicaba su ataque y defensa contra los Demaría, sino el impulso natural del desesperado que ve interrumpida su obra, pues ignoraba si aquel tiro había terminado la vida de Felicitas.

La noticia de esta horrible catástrofe, como ya lo llevamos dicho, cundió inmediatamente por todas partes.

Los vecinos de los alrededores de la quinta acudieron en seguida, como acudieron también los deudos de Ocampo, cuyo cuerpo, ya cadáver, fué transportado, en el mismo carruaje que lo condujera á la quinta, á la capilla de Santa Lucía.

Los doctores Montes de Oca y Larrosa examinaron detenidamente á la señora de Alzaga; tenía dos heridas: una en el ángulo izquierdo de la frente que se produjo al caer. Esta era de poca importancia, pues sólo había interesado los tejidos blandos. La otra estaba en la espalda y se encontraba situada en el ángulo superior interno del omoplato, yendo en dirección de la columna vertebral y comprometiéndola médula espinal. El diagnóstico de los dos facultativos era fatal: había desgarramientos y roturas de órganos vitales y cuanto se quisiera hacer sería en vano.

Sólo su amiga íntima, la señorita de Casares, asistía al examen y sólo ella escuchó el pronóstico de los médicos.

Felicitas lo leyó en sus ojos y derramó entonces las primeras lágrimas desde que fuera herida.

Exuberante de vida momentos antes no podía.., ¡no quería conformarse!..

Pidió que se llamasen otros facultativos y acudieron los doctores Blancas y González Catán.

La examinaron; celebraron una larga consulta con los doctores Montes de Oca y Larrosa, y resolvieron aplicar todos los resortes al alcance de la ciencia; pero ya lo habían declarado éstos; todo sería inútil: ¡ni la ciencia, ni las fabulosas riquezas contendrían la inexorabilidad de la muerte!

Felicitas quedó á solas con su íntima amiga.

Se había prohibido que la viese ni la molestase nadie más.

Pasaron algunas horas, cuando despertó del amodorramiento en que se hallaba.

Sonrió á su amiga y creyó en la reacción, porque se encontraba aliviada.

Conversó con ella y tuvo palabras de consuelo para sus padecimientos y sufrimientos, que la rogó resistiese.

Supo que Ocampo había sido herido por Cristián, pero no que hubiese muerto, y preguntó por él.

Luego... , lenta y horrible agonía se produjo en ella.

La señorita de Casares pidió á don Bernabé Demaría los auxilios espirituales de un sacerdote.

¡Cuando éste llegó se encontró con un cadáver!

¡En la madrugada del *30 de Enero* sucumbió Felicitas Guerrero de Alzaga, cuando todo le sonreía y cuando se hallaba en la plenitud de la vida!

¡Y en la mañana del 31 fueron conducidos sus restos al cementerio de la Recoleta y allí se encontraron, á la misma hora, con los de Enrique Ocampo, su matador!

¡Siete años después, la familia Guerrero, que heredó aquella cuantiosa fortuna, erigió el suntuoso y piadoso oratorio que lleva é inmortaliza un nombre en el martirologio de las pasiones humanas y en los anales de los crímenes atroces!

He ahí la tradición de la Capilla de Santa Felicitas.

EL CRIMEN DE LA NORIA



Señor don Rafael Barreda.

Distinguido señor y amigo:

Me permito dirigir á usted estas líneas, para significarle la doble impresión de agrado y de tristeza que ha ocasionado en mi ánimo, la lectura de sus sombrías páginas intituladas *El crimen de la Noria*, que acaban de ver la luz en la popular revista «Caras y Caretas,» de cuya redacción forma usted parte bizarramente.

Y digo de agrado, porque me siento complacido, cuando, de tarde en tarde, leo algo suyo, referente á cosas tan añejas como verdicas de nuestro pasado, y á las que usted se encarga de dar hermosos realces con su pluma amena.

La lectura de las páginas, pues, á que me refiero, y que constituyen un drama, al cual sólo faltaría ponerlo en escena, es, á mi juicio, de un colorido intenso, tan admirable, que, á pesar de haber oído referir desde mi niñez el horrendo hecho que las ha motivado, no ha podido menos que causar, como si me tomase de nuevo, un hondo dolor en todo mi ser, lo mismo que en muchas almas sensitivas á las que no debo confesar si pertenece la mía; porque si así lo fuera, podría provocar la hilaridad de algún necio *modernista*, en hábitos y literatura, de esos que meten bulla en la época corrompida por que atravesamos, época que se ha hecho carne y presa de una completa laxitud y de una desvergonzada imitación de viejos deleites romanos, en tiempos medioevales; de esos para quienes la estesia es una simple manifestación de debilidad mujeril, y que se burlan de los deíferos, aunque ellos mismos, más

tarde, claman por Dios, cuando un golpe de contrariedad los abate.

Poco trabajo daría poner en juego escénico *El crimen de la Noria*, pudiendo tener su estreno un día ú otro, casi tal cual usted lo ha escrito. Es el drama único que he conocido en mi vida, por la calidad de los victimarios que actúan en él, capaz de hacer no sólo erizar los cabellos de espanto, sino también meditar, más que nunca, á los padres de familia sobre la suerte que podrian correr sus hijos en caso semejante; sirviendo, al mismo tiempo, del más amargo de los ejemplos á la juventud, como del más fuerte y poderoso de los correctivos morales.

La impresión que me originara el interesante cuanto lúgubre relato de *El crimen de la Noria*, se ha hecho en mi perdurable y he pasado muchas veces, después de leerlo, por cerca de los mismos sitios (alterados ya hoy, como es natural, por la acción mudable del tiempo) en que actuaron sus personajes, á quienes me parece ver en realidad, al transportarme á aquel entonces, con los ojos de mi imaginación.

«La estrella del Norte»—la bella Catalina—se me representa al declinar lentamente á su ocaso, pugnando por apartarse de una nube de sangre, para conservar la diafanidad de su brillo, lo que no pudo conseguir vencido por la melancolía que le ocasionara la más cruel de las injustas impiedades de un destino brutal, que la convirtió en astro errante, hasta el momento de su caída, allá en la noche de los grandes infortunios, borrándose para siempre de nuestro firmamento.

Los cuadros y descripciones dolorosas que traza su pluma, en cortos espacios, que se hacen mayormente difíciles al escritor, son de una psicología profunda.

Siento no tener á mi alcance, en este momento, la pieza de corte dramático de que me ocupo, para transcribir aquí algunos de sus párrafos, sobre el conocimiento que demuestra usted tener del corazón de un hombre como Alzaga, quien por su abolengo, cultura y caudalosa fortuna,

jamás, lo mismo que Arriaga, soñó mancharse un día con la sangre del crimen; del corazón de un hombre, en fin, que después de haber cometido el asesinato más alevoso del mundo, sintióse doblemente martirizado por el torcedor remordimiento de su conciencia, y los horribles efectos producidos por el exceso de las vibraciones sin tregua, y llevados á postreros extremos; causa, ésta segunda, de su perdición y de la de Arriaga, el menos culpable de sus cómplices, y que obedeció, á su vez, á la falta de energia de sus caracteres, base principal y grandiosa de la felicidad de todo hombre de bien.

Aquellos pasajes de Alzaga, montado en su soberbio caballo de raza, al descender, las tardes subsiguientes á la noche del crimen, por delante de la noria, tumba insospechable de su víctima, que en vida le demostrara tan generoso afecto, hace gemir el corazón de pena.

¿Y la confesión del mismo, sobre su complicidad en el crimen, cuando se halla en la quinta de su amigo Terrado, impulsado por los terribles vapores del alcohol?.. Esta otra plumada de usted, señor Barreda, es de mano maestra, caracterizada por un rasgo psicológico sorprendente. Es el caso en que se halla todo hombre, cuando comete un acto cualquiera, en contra de su conciencia, y á quien exaspera, la ira que le produce el mismo reconocimiento y pesar de su falta, ante los amigos, á los cuales, en ese instante, conceptúa, con razón, superiores á él, cuando le miran con la frialdad propia de un juez severo, que acaba de causarle su indebido proceder.

Luego, la despedida sin término del niño, su hijo tierno é inocente, que duerme en la cuna, unido al reproche execrable de la bella esposa, atormentada por la vergüenza y el espanto que le causa el bárbaro crimen de su marido, á la vez que por el recuerdo de lo que aquél hubo sido antes de degradarse repentinamente á ese extremo, y por último, el adiós para siempre, dado á su hermano, forman también un conjunto de escenas desgarradoras.

¿Y después?.. Después..., montar el criminal en su caballo otra vez, y seguir vagando por los campos, más solo

que el paría, sin amor, sin hogar; desconsolado, inconsciente á ratos, por los estragos del alcohol, y otras veces, sintiendo abrasar su mano, por el calor de la sangre, aún caliente y humeante de su víctima.

Al terminar la lectura de sus páginas y recordar ciertos cuadros de *El crimen de la Noria*, que ha escrito usted, señor Barreda, con una ciencia del alma intensísima, y un sentimiento exquisito, no puede uno menos que preguntarse, otra vez, según lo induce su pluma de usted, y responderse á sí mismo:

—¿Y después?.. Después... ¡Andar y andar, noche y día, sin descanso, como el judío errante!

¡Cuántas veces detendría su caballo, el insensato, en medio del camino, dando tregua á su agitada carrera, para alzar su mirada en demanda de algún auxilio á Dios!..; pero ¡la bóveda celeste le haría estremecer con su impenetrable misterio!

Entonces, como queriendo interrogar á la humanidad, sobre el infortunio que le había labrado su crimen, la bajaría á la tierra; pero ésta, más sombría que nunca, le haría vacilar con su profundidad incomprensible. Y así con el corazón presa de angustia, sin amparo, ¡seguiría audando, entre los dos abismos, al galope tendido de su caballo!..

Saludo á usted con mi mayor consideración y afecto,

RODOLFO DÍAZ OLAZABAL.

Buenos Aires, Noviembre de 1911.

S. C.—Bustamante, 1817.



RAFAEL BARREDA

EL CRIMEN DE LA NORIA

I

«La Estrella del Norte»

Desapareciendo iban los efectos de aquella deplorable anarquía del año 20. También pasado había el culminante período en que don Bernardino Rivadavia se demostrara en toda la plenitud de su hermoso talento, como ministro del gobernador Rodríguez, y lograra, por ello, llegar á la presidencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuando un acontecimiento verdaderamente extraordinario distrajo por un mes, y aún muchos más, la atención de los habitantes de la histórica capital del virreinato, desde los salones de las familias encumbradas hasta las humildes viviendas de los alrededores.

Y aún más allá, más allá repercutían, en conversaciones de asombrados corrillos, los minuciosos detalles de aquel grandioso suceso, sin precedente ó antecedente, por su suntuosidad y magnificencia.

¿Qué maravilla de «Las mil y una noches» podía compararse con aquello? Ni cuando vino la hija del virrey Ceballos, casada por poder en la metrópoli española con el excelentísimo señor general Escalada, no siéndolo aún,

y que también se festejara con pompa inusitada para esta tierra de hábitos sencillos.

Porque aquella otra boda fué tal, que se hicieron eco de ella hasta las letras de molde de los minúsculos diarios y epistolas confidenciales de las señoras y niñas de aquí á las relacionadas de tierra adentro. Y aun aseguran que entre los prosaicos y sintéticos detalles de las cuentas comerciales que pulperos y tenderos enviaban á sus comitentes, había largas posdatas mencionando los detalles de aquella fiesta sin igual.

Verdad es, y en puridad sea dicho, que la novia, por su admirable belleza física, merecía que así fuera y mucho más.

Y bella y muy bella debió ser cuando los inspirados romances la llamaban «la más perfecta obra de la naturaleza;» «la rival afortunada de Psiquis, Venus y Galatea;» la rutilante «Estrella del Norte,» y otras lindezas más ó menos excesivas por «la mente acalorada» de aquellos metrificadores, que no cesaban de «turiferarla» con el incienso, un tanto pegajoso, de su admiración hiperbólica.

Es que, según añadían, toda exageración fuera poca para ensalzar, como debido era, la sin par hermosura de Catalina Benavidez, codiciada por todo el que la veía y envidiada por las que no cedían á otras el cetro en los premios de la gaya ciencia.

—

Nacido había «la Estrella del Norte» —que más que por el propio se la conocía por ese denominativo— en una de las provincias del interior, y su padre, con pasar modesto, la trajo cuando ya «aquella rosa de Jericó» se desarrollara exuberante en atrayentes dones.

¡Qué estupenda sorpresa para la juventud de entonces, levantisca y requebradora, que la contempló admirada y la codició vehemente!

¡Y cuántas cosas no hicieron los más y aun los menos gentiles amadores de la estética mujerial, para obtener sus

preferencias, sus angelicales sonrisas, la mirada de aquellos ojos «imantados con poderes irresistibles!»

Pero «la Estrella del Norte...» ¡nada!, insensible, y aun desdeñosa, escuchaba todos esos conceptos de alabanza y se burlaba de ellos con su trinada risa de mujer mimada, engreída y soberbia, hasta que... ¡al fin!, encontró, como «todas» encuentran, quien abriera, probablemente con llave de ensueños, su hasta entonces insensible corazón.

Pero es que el galán que venciera tan encantadora fortaleza, acostumbrado estaba, á pesar de su temprana juventud, por su altivo continente, por su belleza varonil, por la inmensa fortuna tradicional de su familia y por su nombre, á rendir pechos esquivos en las lides del niño ciego.

Llegaron á Catalina sus lances novelescos, que escuchara: primero, con picaresca indiferencia y mohines de desprecio; luego, con caviloso interés, y, por último, con capricho de avasallar á aquel hombre, capricho que se tornara al fin en vencida voluntad.

Y así fué cómo don Francisco de Alzaga, hijo de don Martín, aquel don Martín de Alzaga que tan heroica actitud desempeñara en la defensa contra los invasores ingleses y que, siendo consecuente con sus añejas ideas, con tal empeciuamiento conspirara contra los patriotas del año 10, que diera, por ello, la vida en una horca, obtuvo el suspirado «sí» de aquellos labios de coral, nido de perlas.

Y cuando llegó á saberse que el joven don Francisco de Alzaga, ¡un Alzaga nada menos!, se enlazaba con la gentil Catalina, no se habló de otra cosa en los salones de la aristocracia...

¡Aristocracia! Sí, pues, la había, y muy empingorotada, á pesar de las radicales tendencias hacia la revolución francesa... ¡Pues no faltaba más que hubiesen de abolirse «las clases,» «privilegios» y «costumbres» por más «reformas» que se hicieran! Una cosa era la política y la independencia, que todos proclamaban, y otra... La había, si,

señor, y muy arraigada, y hasta con esclavos, aunque no se les castigaba tan brutalmente como antes; pero, con todo, esclavos, á pesar, también, de las repetidas disposiciones legales en contrario.

Y la conversación sobre el mismo tema siguió hasta llegar la vispera del día en que tuviera lugar aquel enlace, para crecer en comentarios.

Los desocupados y los que no lo eran, se detenían al frente de la casa que albergaría á los dichosos novios, contemplando, absortos y entre hipos repetidos de asombro, el continuo movimiento de servidores solemnes que entraban á ella conduciendo objetos de inestimable valor.

Y luego.. , aquel colocar de alfombras, de entapizar de paredes con ricos y variados damascos y guirnaldas de flores naturales, raras y costosas, con que al día siguiente también se cubrieron los pisos y se formaron cuadros alegóricos en los corredores que daban acceso á las habitaciones, severa y regiamente alhajadas. Detallar cómo lo estaban sería empresa de largo aliento. Baste saber que aun nuestras matronas recuerdan haber oído narrar á sus viejas parientas que entre aquella profusión de joyas brillaban unas canastillas filigranadas que contenían «la mar» de piedras finas. Y añaden que la regia colcha, que cubría el magnífico lecho nupcial, lo era de riquísimo raso de seda granate con recamado de oro y perlas.

Imponente fué la ceremonia, bendecida por la más alta dignidad eclesiástica y presenciada por todo lo más notable del Estado, del ejército y de la sociabilidad de entonces.

Y aquel sarao, en el que se confundían los lucientes entorchados de los jefes militares con la clásica chorrera de encajes finos de Valencia; en el que damas y caballeros hicieron también derroche de preciadas joyas y lujosas vestimentas; en el que los acordes de las músicas y los numerosos y estirados danzarines y el murmullo de la animada conversación y aquel movimiento vertiginoso de personas que entraban y salían, observado era por la apiñada multitud que en la calle, puertas y ventanas vecinas

había, quedó como recuerdo imperecedero de una fiesta sin igual por su ostentación imponderable.

Pero es de advertir que, como siempre acontece, entre aquellos puntos de admiración, producidos cuando la encantadora novia se presentara á la solemnidad religiosa, hecha un ascua por el brillo de las piedras preciosas que adornaban su persona, no faltó quien «soto voce,» por supuesto, criticara tanta superabundancia fabulosa, impropia de los méritos y aun de la fortuna del novio, por más crecida que fuera la de su familia.

Y tan gran pábulo tomaron esas censuras, que llegaron por conducto de viejas amigas, que nunca faltan, hasta el hogar paterno, en donde la anciana viuda del ajusticiado don Martín tuvo ocasión de repetírselas á su hijo Francisco, el que, con la altanería ingénita heredada de su padre, replicó despreciativo:

—¡Déjelas usted que hablen esas malas lenguas, déjelas usted!..

—Pero es que...—repuso la noble señora, como si no se atreviera á seguir disgustando á su hijo.

—¿Qué, madre? Diga usted todo lo que quiera decirme sin temor ninguno.

—Que me parece no están del todo equivocadas las lenguas que tales cosas dicen.

—¡Usted también!..

—Sí, hijo; tienen razón.

—¡Razón esas gentes!..

—Sí, Francisco; has gastado y hecho gastar á nuestras relaciones, á las que tendrás que contribuir, cuando llegue el caso, gran parte de la herencia que te dejó tu desgraciado padre...

—¿Y acaso lo he hecho con lo que no es mío?

—Nadie te lo discute, Francisco; pero ¿y después?

—¿Después? Veremos.

—No, hay que ver desde ya.

—¿Qué afán tiene usted, madre mía, en enturbiar el cielo de mi dicha?

—En manera alguna, hijo mío.

—Si, y me parece, sin temor de equivocarme, que está usted aleccionada por mi hermano Félix.

—Tu hermano Félix es la plata labrada de nuestra familia, Francisco, y nada mal pensado puedes decir de él.

—Sí, sí, la plata labrada; y ahí lo tenemos, que habiendo prestado valiosos servicios á la patria; que habiendo llegado por ellos nada menos que á obtener el grado de general, se desdeña y aun se niega á ocupar la posición política que le corresponde...

—El sabrá por qué lo hace.

—Lo hace porque es un imbécil, un tonto...

—¡Francisco!..

—Y ahí lo tenemos, con su gran fortuna y su prestigio político, viviendo casi como un hortera, prefiriendo, á la gran posición que debiera sustentar, el insignificante trabajo de rematador público, asociado á Medrano.

—¿Y qué, Francisco? El trabajo no deshonra. Por lo contrario, en la posición de tu hermano, enaltece.

—Rematador público el general Alzaga, con su fortuna y sus méritos... ¡Es algo inconcebible!

—Y tú, Francisco, ¿qué serás cuando tu fortuna concluya?

—No lo he pensado aún; pero tenga usted por seguro que sabré trabajar en algo que no denigre mi posición social. Mientras tanto le pido, madre mía, que no se deje influenciar, por lo que á mí se refiere, de las malas lenguas. Me he ligado á una mujer que adoro con toda mi alma, y no me detendré en sacrificio ninguno para hacerla feliz.

—¿Y quién te pide lo contrario? Hazla feliz; pero piensa en el mañana.

—¿Vuelta? ¡Mi porvenir es ella, y para ella todo!

—¡Ah, Francisco! ¡Esa mujer, si no sabes educarla, será tu desgracia eterna!..

—¡Madre!—exclamó el joven, palideciendo, temblantes los labios y sombrío en la mirada.—Esa mujer, educada ó no, hará de mí lo que quiera... ¡Y no hablemos más! - aña-

dió en un estremecimiento de resolución extrema, separándose de allí, mientras la noble anciana lo veía alejarse, repitiendo:

—¡Sí, será su desgracia eterna!.. ¡Me lo dice un presentimiento que no puedo desechar! .—exclamando en seguida con religioso fervor:—¡Oh, Dios mío, Dios mío, no añadas ese intenso sufrimiento á los muchos de mi vida!

La ponchera y el monte criollo

Francisco Alzaga volvió á los brazos de su mujer, olvidándolo todo y pasando en ellos la luna de miel más deliciosa que forjarse pudiera.

Y no era extraño, pues que, y no nos cansaremos de repetirlo, Catalina lo atraía de una manera imponderable.

Los días y los meses transcurrieron en esa envidiable vida de amor, sin que á aquella encantadora mujer le faltara jamás el cumplimiento de un deseo, que Alzaga adivinaba en la mirada de sus ojos, en el gesto de sus labios.

Se creían felices, inmensamente felices; pero... ¿amaba Catalina sinceramente á Francisco?

He ahí una pregunta á la que ella misma no hubiera podido responder con verdadero acierto, porque á veces se confunde el afecto profundo con la alucinación del encanto, y á Catalina, niña voluntariosa, ensoberbecida con su hermosura física, de la que se daba cuenta, no sólo por verla reflejada en el espejo, sino por sus rendidos adoradores, que había vivido en las estrecheces de un hogar modesto, la fascinó, más que el atractivo varonil de aquel muchacho, pues sólo contaba poco más de veinte años, su

riqueza, su inmensa riqueza de que se hablaba y de la que él hacía alarde en paseos, teatros y reuniones...

Unir á su hermosura el lujo deslumbrador de que no disfrutara en su modesto albergue y con el que tanto soñara; vestir sus encantos con aquellas riquísimas telas y adornarlos con aquellos costosos brillantes que engarzados brillaban, con luces tentadoras, en los escaparates de las escasas joyerías; habitar un palacio y verse rodeada de todas las comodidades y grandezas imaginadas, siendo obedecida, con un gesto, con un ademán, por numerosos esclavos; realzar su belleza, aquella belleza física, más admirable que nunca, de que tanto se enorgullecía; con su vanidad satisfecha, inmensamente satisfecha con aquella superabundancia de todo lo rico, de todo lo imaginado..., era la realidad de sus sueños de mujer ambiciosa, que la aturdían, estremeciéndola en espasmos de inmensa dicha.

¿Y á quién debía todo aquello?

¿Acaso al hombre que había unido á ella su destino?

¡Oh, qué maliciosa sonrisa se dibujaba en sus labios al hacerse esa pregunta!

Y si no hubiera sido hermosa, encantadoramente hermosa, ¿la hubiera deparado su suerte todo aquello?

¡No! Se lo debía á ella, á ella sola.

¡Pero si el mismo Francisco no se cansaba en repetírselo!..

Y así pasaron los días y los meses hasta que Catalina sintió en su seno los primeros síntomas de la maternidad.

Aquellos síntomas, que á cualquier otra mujer casada la hubieran llenado de gozo, á ella la contrariaban en extremo.

¡Y cómo no! ¡Ser madre! ¡Madre una mujer tan hermosa!

Se desfiguraría, se vulgarizaría...; ¿pero qué hacerle si no había más remedio?

Francisco lo supo. Tenía que saberlo, naturalmente.

¿No le sería desagradable?

¡Cuánto le costó el decirselo!

Fué necesario encontrar la ocasión propicia y justamente la halló al pedirle que le comprara una sortija de brillantes que había visto en el aparador de la joyería de «los ingleses.»

—Mira, Francisco —le dijo,— que es un «antojo» —sonrojando su rostro y sonriendo en los labios con la mirada expresiva, tan expresiva, que Francisco la comprendió: — ¡No había de comprenderla si él también lo estaba esperando! — y expresándola, á su vez, su inmensa alegría la besó en los labios amoroso.

¡Cómo, á Francisco no le disgustaba que ella fuera madre! ; que se desfigurara; que su divina cintura se abultara; que su rostro perdiera la nítida coloración de su belleza; que... ¡Qué desencanto!

—¡Pideme lo que quieras, alma mía —la dijo,— lo que quieras!

Y la sortija adornó en seguida el dedo meñique de su mano derecha.

Tras esta alhaja vinieron otras y otras...

Francisco la adoraba aún más si más podía, hasta que notó en ella displicencia, fastidio por aquellos excesos de cariño.

—Tiene razón la pobre —se dijo, con cierta filosofía; — en su delicado estado todo debe molestarla; pero como yo la quiero tanto y no puedo contenerme en mis manifestaciones, lo mejor que puedo hacer es alejarme.

Y desde entonces, ya un pretexto para ir á la estancia de la familia; ya á la quinta de Barracas; ya á las atrayentes reuniones de las familias de Riglos, Escalada, Anchoarena, Lezica, donde, si le preguntaban por «la Estrella del Norte», contestaba:

—Bien de salud, aunque un poco delicada ..

—¡Ah!, vamos... —le replicaban sonriendo.— ¡Claro!..

Entretanto, Catalina nada le decía; nada le reprochaba; casi se alegraba de las prolongadas ausencias de Francisco.

Eso sí, sus caprichos, sus deseos, sus «antojos» seguían colmándose inmediatamente de ser manifestados.

¿Qué más podía apetecer?..

Una noche, en la que Alzaga se retiraba de una de aquellas reuniones, notó que en el café de Marcos, situado entonces en la esquina de Bolívar y Alsina, había inusitada concurrencia.

Casi todas las mesas estaban ocupadas por gente que jugaba y que jugaba fuerte... (¿Que si entonces se permitía? Distingamos: había leyes que lo prohibían severamente; pero se hacía la vista gorda para ciertos y determinados locales... En cambio, se perseguía de una manera tenaz y se castigaba severamente á los jugadores de pulpería... ¡Oh, aquellas autoridades de vigilancia de esas cosas imitaban á las mil maravillas... nuestras costumbres de hoy!)

Tiempo hacia que Alzaga no frecuentaba los cafés de Catalanes, de la Victoria, y especialmente, aunque le quedara de paso, el de Marcos, que era en el que se reunía la muchachada bullanguera y la mayor parte de los comerciantes de los alrededores.

Alzaga consultó su reloj.

Le pareció temprano y entró.

Alrededor de una de aquellas mesas donde se jugaba, había algunos de sus amigos íntimos. El joven don Miguel Azcuénaga, hijo del general de la independencia, el que, á pesar de ser relación antigua de familia, no le era completamente simpático por su carácter burlón.

Juan Pablo Arriaga, que, como él, frisaba en los veintidós años, alegre, decididor, buen mozo, de ojos azules y patillitas rubias. Su padre, oriundo de la provincia de Córdoba, tenía fortuna, y para que su hijo, al que profesaba una intensa afición, se entretuviera en algo, le había puesto una tienda de ropa hecha ahí en la calle de Bolívar, adonde, so pretexto de comprar hilo ó agujas, concurrían las niñas casaderas en busca, más bien, de aquel suspirado novio, y especialmente las costurerillas y las muchachas de profesión desconocida, á las que el calavera rega-

laba rumbosas ñapas, aunque no compraran nada. Por otra parte, Arriaga era un excelente carácter, simpático á carta cabal y débil hasta la cobardía con la imposición de sus amigos, por los que era capaz de tirarse al río.

También se hallaba allí el catalán Jaime Marcet, con quien Arriaga estaba unido en relación estrecha, así como Alzaga con los dos desde que hicieron una cabalgata á San Isidro, donde con tanta frecuencia iban niñas y jóvenes, amazonas y caballeros, en briosos corceles, que cuanto más briosos más orgullo experimentaban en dominarlos los hábiles jinetes. ¡Qué galopes aquéllos! ¡Qué algazaras! ¡Qué ingenuidad más sencilla!.. «¡Temporas mutantur!..»

El catalán Marcet formaba dualidad, en cuanto á firmeza de carácter, con el de su amigo Arriaga. De edad mayor que Alzaga y aquél, era de complexión fornida, más bien bajo que alto, y aunque no agradable, atraía por la facilidad de su lenguaje escogido en la alta sociedad á la que logró encumbrarse, primero por sus relaciones con los jóvenes estudiantes que iban á la librería, de que era dependiente, en busca de textos que él sabía elegirles, y luego por medio de un casamiento ventajoso.

Pobre y sin saberse qué madre lo había echado al mundo, aunque él aseguraba que era hijo de una distinguida familia de Barcelona, llegó á esta tierra de promisión, en calidad de desterrado político, según él, y encontró aco- modo como empleado en la conocida librería de don Manuel Usandivaras, soltero y rico, cuya sola familia era una hermana, muy apegada á las misas y al confesonario de la iglesia del Colegio, llamada de San Ignacio, con la completa aprobación de su hermano.

Dándoles por el tema y fingiendo una humildad de que estaba muy lejos el ser sincera, y haciendo alarde de su innegable talento para el negocio, captóse las simpatías de ambos al extremo de que, cuando aquél murió, que luego se dijo lo fuera envenenado, lo heredara casándose con su hermana.

Desde entonces, Jaime Marcet, con éste y el otro pre- texto, dejó de acompañarla al templo y abandonó las mi-

nucias del mostrador pasando la vida en grandes jolgorios, para lo que daba y sobraba la pingüe herencia de su mujer, á la que logró dominar por su acendrado amor á aquel hombre que la tenia enloquecida.

Y en aquella sociedad sin doblez, de costumbres casi patriarcales, Marcet llegó á ser un tipo excepcional por su alardeada despreocupación é impositiva voluntad con la juventud noctámbula.

Habia en el gesto de su fisonomía y en su acción resuelta, tanta autoridad despótica, que antes de hablar convencía.

Y allí, mirándolos jugar, se hallaba el rico tendero de la Recova Nueva, don Francisco Alvarez y su hermano don Angel, éste pulpero «de más allá» y ambos gallegos de nacimiento; pero muy «pulimentados,» al decir de las gentes, especialmente del primero, gran tocador de guitarra y aun de clavicordio y piano, por cuyo instrumento—este último—experimentaba verdadera pasión.

No sabemos cómo principió su fortuna, aunque hubo quien dijo que fué con una «bandola,» cuya caja desempeñaba entonces las mismas funciones que las angarillas de los que hoy venden «¡á 20!» Fuera como fuera, lo cierto fué que alquiló uno de aquellos almacenes de la Recova Nueva y puso allí su tienda y aun su vivienda en el entre-suelo, donde dormía y depositaba, en distintos y pintorescos muebles, el fruto de sus primeras ganancias, hasta que se hizo prestamista, llegando á serlo en grande escala.

¿Quién, que apurado se hallara, no recurría á don Francisco Alvarez en busca del «desahogo?» Por supuesto que con garantías saneadas y de primer orden, porque de lo contrario... «nequaquam.» Y tal eran de agarrados los dos hermanos, don Francisco y don Angel, que allí estaban sorbiendo, traguito á traguito, su tazón de café y leche, sin animarse, por supuesto, á arriesgar un peso duro en aquella jugada tras la que, sin embargo, se les iban los ojos, mientras Francisco dedicaba además una atención delcitosa y aun se relamía de gusto y reía, con risotadas

nerviosas, cuando aquellos jóvenes calaveras, haciendo un paréntesis, contaban aventuras amorosas.

¡Como que jamás había conocido por la práctica lo que era «eso!..»

Al verlo á Alzaga, sus amigos interrumpieron el juego haciendo grandes exclamaciones de alborotada alegría.

Es que se trataba nada menos que de una resurrección .., como ellos decían. Tanto tiempo sin verlo, sin encontrarlo en ninguno de los cafés que tanto frecuentara antes de aquella memorable noche de su casamiento... ¡Siempre en su nido de tórtola!..

Y las bromas é inocentes epigramas se sucedieron hasta que Marcet, que era quien tallaba un «monte criollo,» le dijo:

—¿Supongo que ya que has venido nos acompañarás?... Casualmente necesitábamos «una pierna» como tú.

—Me opongo—replicó Arriaga.—Déjenlo que se vaya y no tratemos de interrumpir sus nuevas costumbres.

—Cierto—añadió Azcuénaga,—ya no existe para nosotros. ¡Descansa en paz, buen amigo!

—Efectivamente—replicó Alzaga, sonriendo, como si aceptara hasta entonces con agrado las bromas de sus amigos; - mis deberes de esposo me llaman; pero como hacia tanto tiempo que no os veía, quise saludaros y...

—¿Te vas? Muy bien hecho—terminó Arriaga.

—¿Temes que te riñan?—le preguntó Azcuénaga, con cierto tonito irónico, que no pasó desapercibido para Alzaga.

—Demasiado sabes—le contestó éste cambiando de sensación en el semblante y midiéndolo con mirada depreciativa—que yo no temo á nadie... Y en cuanto á reñirme...—añadió, volviendo á sonreír, pero con el mismo gesto, —hace muchos años que nadie se atreve á hacerlo.

—Eso según y conforme, querido Francisco.

—¿Cómo?—le preguntó Alzaga, fruncido el ceño y relampagueándole lo sombrío de sus negros ojos.

—Que hay riñas —repuso Azcuénaga, impasible y como si no se diera cuenta del efecto de su broma,—que los hombres, por valientes que sean, soportan con placer cuando se encuentran ciegameute enamorados. ¡Es tan linda «la Estrella del Norte!»

—Vamos, ¿te quedas? —le dijo Marcet, mientras seguía barajando las cartas.—¿Qué tiene de particular? Yo también soy casado y no de tanto tiempo, y sin embargo... ¡Pues no faltaba más! La mujer en la casa y el hombre...

—¿En la calle? ¡Justo! —afirmó Azcuénaga, riendo.

—Pero si nos ha dicho que no tiene propósito de quedarse...—afirmó Arriaga.

—¡Claro!—agregó Azcuénaga, afirmando también con el gesto,—y sería contrariarlo...

—¡Pues me quedo y tallo!—exclamó Alzaga, midiéndolo nuevamente con la mirada y como impelido por resolución extrema.

—¡Bravo; así me gustan los hombres! —le dijo Marcet, aplaudiendo como Azcuénaga y Arriaga.

Los hermanos Alvarez, que allí continuaban mudos espectadores, observaban, sin atreverse á meter baza en el juego de las palabras de los que, para ellos, eran unos señorones...

Alzaga tomó asiento y, dominando tal vez la contrariedad que experimentaría, arrojó á su lado un montón de onzas que sacó de sus bolsillos, agarró la baraja que Marcet le cediera y ya iba á tallar, cuando:

—Con permiso—le dijo Azcuénaga en tono cariñoso.

—¿Para qué?—le preguntó Alzaga volviéndolo á fruncir el ceño.

—En primer lugar, para pedirte disculpa por si he sido demasiado «chichón,» y en segundo—añadió, dirigiéndose á los demás,—porque debemos celebrar de alguna manera el sacrificio que por nosotros hace nuestro amigo. Propongo su consagración con un bol de Jamaica.

—¡Aprobado!—exclamaron Arriaga y Marcet, mientras los hermanos Alvarez seguían mudos espectadores: don Angel, mohino cuando oyó aquello del ponche; don Fran-

cisco, aturdido de verse en tan buena compañía, jaranera y rumbosa.

—Pues habiendo mayoría, que es la ley de la democracia—dijo Azcuénaga,—venga el rico licor á festejar el acontecimiento. Mozo: dile á Marcos que nos prepare una ponchera con el mejor rom que tenga... y cargadito, ¿oyes? Bien cargadito... Sí, para todos—añadió, respondiendo á la muda é insinuante pregunta del mozo.

—Con permiso—dijo entonces don Angel, levantándose.

—Cómo, ¿se va usted?—le preguntó Azcuénaga.

—Sí, ya es tarde...—añadió don Angel, el que, disimuladamente, empujaba á su hermano para que se fuera con él; pero don Francisco, siempre embelesado, ni caso le hacía.

—Mire usted, don Angel—le dijo Azcuénaga, encubriendo su malicia con un gesto de confianza,—que yo pago.

—No importa, aunque le agradezco su fina atención.

Y dirigiéndose á su hermano, le preguntó con cierta autoridad:

—¿Te quedas?

—Yo, sí—contestó don Francisco.—Digo—añadió mirando á los demás y en particular á Alzaga, cuyas maneras aristocráticas lo aturdían de un modo imponderable,—si no molesto á los señores.

—Pues, adiós... Buenas noches—añadió don Angel bruscamente.

—¡Qué va usted á molestar, hombre, qué va usted á molestar!.. Al contrario...—le contestó Marcet á don Francisco, sin contestar al saludo de don Angel, el que, al llegar á la puerta de salida, todavía tentó llevarse á su hermano, haciéndole nuevas señas que no dieron resultado.—¿No conoces al señor, Alzaga?

—De vista—contestó Alzaga, fijando en su tocayo la mirada indiferente y un tanto burlona.

—Pues aquí tienes nuestro futuro gran banquero: el señor don Francisco Alvarez, acaudalado comerciante de la Recova.

—No tanto, don Jaime, no tanto...—murmuró Alvarez, enrojecido el rostro y alargando con timidez su diestra que Alzaga estrechó friamente.

—¿Que no? Pues no dicen eso sus agentes don Celestino Martínez y el coronel don Juan Antonio Argerich, los que, día tras día, le traen numerosas letras á descontar...

—«Pichuleos,» amigo don Jaime, «pichuleos...»—exclamó Alvarez, riendo y haciéndose el modesto.

—Lo que yo sé decir de este nuestro amigo, con respecto á ti, Alzaga, es que tenia muchos deseos de conocerte personalmente—siguió Arriaga.

—Cierto—añadió Azcuénaga,—y no es extraño, ¡tanto le hemos hablado de ti y de tus conquistas amorosas antes de tu casamiento!..

—Que en un momento de entusiasmo genial—exclamó:—«¡Cuánto envidia á mi tocayo!»

—¡Vamos, señor don Juan Pablo!.. ¡Vamos, señor don Miguel!—barbotó el ricacho prestamista de la Recova, haciendo contorsiones de fingida seriedad y volviéndose á enrojecer hasta los ojos.

—Pues nada tienen de envidiable—repuso Alzaga, encogiéndose de hombros y observando, con disimulado desprecio, la vulgar figura del gallego, que seguía contemplándolo con bonachona admiración.

—Vaya, ya está el ponche—dijo Azcuénaga, viendo que llegaba un mozo conduciendo una inmensa sopera llameante, y otro con una bandeja en que habia vasos, cucharas y azucarera.—¿Supongo, Alzaga—añadió,—que no me desairarás?

—Tomaré por complacerte.

—¡Cómo, por complacerme nada más! ¿Que ya no bebes? Y añadió con expresión de lástima burlesca:

—¡Lo qué es mudar de estado! ¡Lo qué es depender de una mujer!..

—Sí, Miguel, bebo y..., ¡basta!—exclamó Alzaga, con arranque de enojo

—¡Basta!—repitió Azcuénaga, riendo,—y permitidme ser el anfitrión...

Y uniendo la acción á la palabra, sirvió en los vasos la alcoholizada bebida.

Cuando llegó al que uno de los mozos había colocado delante de Alvarez, éste lo retiró.

—¿Qué, no va á acompañarnos? No puede ser, amigo Alvarez. Sobre todo no estando su hermano ..

—Es que no tengo costumbre...—murmuró Alvarez, titubeando, y sin darse cuenta de la doble intención de Azcuénaga.

—Pues, con nosotros hay que acostumbrarse—le dijo Marcet,—¡y basta de remilgos..., señor banquero! ¡A beber su ponche como todos los demás!

—Temo que me haga daño...

—¿Qué le va á hacer daño un vaso de ponche?—le preguntó Alzaga, añadiendo, con la ironía de Azcuénaga:—Debe usted acompañarnos siquiera por la envidia que le merezco.

—¡Bravo!—aplaudieron los otros riendo.

—Yo le pido que nos acompañe en nombre de nuestra flamante amistad.

—¡Ah!, pues si usted me lo pide en nombre de nuestra amistad, aunque me haga mal, bebo—repuso Alvarez, tomando precipitadamente su vaso y chocándolo con nerviosa y zurda alegría con el de Alzaga, mientras los demás aplaudían estrepitosamente su resolución.

—Decididamente—repuso Arriaga, después que bebieron, dirigiéndose á Alzaga,—lo tienes catequizado á tu tocayo.

—La simpatía es uno de esos afectos irresistibles—añadió Azcuénaga con entonación burlona.

Alzaga echó cartas, á las que Arriaga y Azcuénaga apuntaron.

—¿Y tú?—le preguntó á Marcet, viendo que no lo hacía.

—No son mis puntos—contestó Marcet observando.

Alzaga dirigió la mirada á don Francisco.

—¿Y usted?—le preguntó.

—¿Yo?..—replicó éste que seguía tomando á sorbitos lo

que quedaba en su vaso, muy ajeno de que le pudieran hacer aquella pregunta.—Yo no he jugado nunca—le contestó al fin con cierta timidez.

—Niego—le replicó Marcet,—yo le he visto jugar á las cartas con su hermano.

—¡Ah, con su hermano es otra cosa!—arguyó Azcuénaga, que no perdía la ocasión de divertirse á expensas de cualquiera.—Así todo queda en la familia...

—Es cierto, sí, pero...—replicó don Francisco riendo—jugamos con Angel á la brisca, al tute, y á veces al burro, y nunca á esos juegos que llaman peligrosos. Así es que no me atrevo...

Los amigos rieron con el estrépito de antes.

—Anímese, «mi amigo»—le dijo Alzaga insinuante.

—Podemos hacer una vaca, si le parece—añadió Azcuénaga.

—¡Qué vaca ni que toro!—replicó Marcet con impaciencia.—Que juegue solo que ya tiene edad para hacerlo y sobre todo que no ha de mermar su fortuna si pierde.

—¿Y qué dirá el hermano?—preguntó Azcuénaga con exageración burlesca.—¡Que lo hemos pervertido!

—Juegue, amigo don Francisco—le volvió á decir Arriaga,—que una golondrina no hace verano.

—Y sobre todo, hágale el gusto á su tocayo—siguió Azcuénaga.

—Puesto que mi tocayo lo quiere y ustedes lo desean...—murmuró Alvarez, sacando de distintos bolsillos, después de una minuciosa requisa, unas cuantas monedas de plata.—¡Caramba!—añadió mirando á los demás, y sobre todo el montón de onzas de Alzaga, con tímido aturdimiento,—como no venia preparado, no traigo para jugar con ustedes.

—No importa que no traiga—le dijo Arriaga,—usted puede jugar bajo su palabra, que es dinero contante.

—¿Otro ponchecito?—le preguntó Azcuénaga con cómica solicitud, tomando el cucharón y llenándolo de líquido.

—Con que ya estoy mareado... Deje usted, don Miguel, deje usted,...—le dijo Alvarez, insistiendo débilmente á la

acción de Azeuénaga, que vació en su vaso el contenido del cucharón.

—¡Vamos, señores, vamos!—exclamó Alzaga ya fastidiado.

Alvarez se mostraba irresoluto; pero viendo que Alzaga tenía fija la mirada en él, hizo un montón con sus varias monedas de plata y:

—Toda mi fortuna á ese dos—dijo en tono de burla, conteniendo un suspiro.

Alzaga levantó la baraja: el dos estaba en puerta.

—¡Bravo por el novicio!—festejaron Arriaga y Azcuénaga.

Alvarez rió estúpidamente, recogiendo la puesta y el doble de la ganancia.

Los demás concurrentes de las distintas mesas, que ya iban retirándose, se detuvieron en la de los jugadores, curiosos y sorprendidos.

¡Don Francisco Alvarez bebiendo ponche!

¡Don Francisco Alvarez jugando, nada menos que al monte!..

Aquello no tenía antecedente entre los que lo conocían.

Lo observaban...

Murmuraban en voz baja .. y se iban, haciéndose cruces.

Alzaga siguió tallando, y Alvarez, contra los propósitos tal vez de los demás jugadores, siguió ganando.

¡Qué distintas y encontradas sensaciones las suyas! Reía, se ponía ridiculamente serio cada vez que salía su carta y doblaba sus paradas sin conciencia de lo que hacía.

Aquello le parecía un sueño, y tentaciones le dieron de devolver tanto dinero que consideraba mal ganado.

—¡Beba usted, hombre, beba usted! — le repetía Arriaga.

Y Alvarez bebía ya sin escrúpulos, aunque con estremecimientos y ansias de protesta de su estómago no acostumbrado á aquellos excesos.

También Marcet ganaba.

¡Como que seguía las inspiraciones del «iniciado!»

—¡Mozo!—llamó Alzaga por distintas veces:—Sirvenos más ponche—dirigiendo miradas sombrías y provocadoras á Azcuénaga, cuando dejaba de beber.

¿Había en ellas una amenaza acrecentada por el alcohol?.. Decían que aquel joven era terriblemente impulsivo cuando se embriagaba... Y así debió comprenderlo Azcuénaga, porque, evitando ó eludiendo el escándalo, desapareció de allí, sin despedirse y sin que fuera notado, con los demás concurrentes.

Solos quedaron en aquella mesa, engolfados en el juego y el ponche, Alzaga, Alvarez, Marcet y Arriaga, que ya se había visto precisado á pedirle prestado á Alvarez «habilitación.» Y Alvarez, con exagerada liberalidad, le decía:—Tome usted, tome usted lo que quiera...—Marcet, poco á poco, iba escondiendo en su bolsillo sus ganancias. Ninguno de ellos se había apercebido de la desaparición de Azcuénaga, hasta que Alzaga, perdido el montón de onzas puesto en su banca, dejó las cartas, manifestando que no jugaba más por hallarse cansado.

—¡Cómo!—añadió entonces, dirigiendo en torno la mirada desagradablemente sorprendida y cambiando de semblante.—¿Se nos ha ido el «hombre?»

—¿Qué hombre?—preguntaron Marcet y Arriaga, mientras Alvarez, apurando el cuarto vaso de ponche, con los ojos encandilados, contaba y recontaba su ganancia como si no supiera qué hacer de ella.

—Ese mala lengua de Azcuénaga á quien tenía ganas de darle una lección antes de retirarme.

—Pues ha hecho bien en irse sin despedirse. Te ha de haber conocido la intención—le contestó Marcet.

—¿Sí?

—¿Y qué hubieses ganado con malquistarte con él? Por otra parte, Miguel, á pesar de su carácter burlón y «chichonero,» como él mismo se reconoce, es un correcto caballero—añadió Arriaga.

—¡Ah!, sí, don Miguel—repuso Alvarez, que con el pon-

che y las onzas ganadas se animaba á entrar, con aquellos señores, en el terreno de las confidencias, — mejorando lo presente, es un joven muy meritorio y muy aristocrático; pero — añadió con énfasis, — sin ofender á nadie, yo digo que no puede compararse con mi tocayo, aquí presente. ¡Oh, mi tocayo!..

Aquella salida tan extemporánea y tan imprevista, aunque muy natural y lógica en el admirador de Alzaga, cambió por completo las extraviadas intenciones que se habían apoderado del ánimo de éste, porque, volviendo á Alvarez la mirada, lanzó la más burlona de sus risas, que sus amigos repitieron, tornando á ellos el espíritu alegre y chacotón.

Y ya se había levantado Alzaga para retirarse, imitando los demás, cuando á Marcet se le ocurrió decirle:

—Pues que estás aquí, ¿por qué no nos acompañas á echar una cana al aire?

—¿Cómo? —preguntó Alzaga, que con Arriaga y Alvarez seguían hacia la puerta de salida, haciéndole una seña á Marcos significándole que el gasto corría por su cuenta.

—¿Cómo! — repitió Marcet, ya en la vereda. — Yendo al baile que da esta noche la querida de éste — añadió señalando á Arriaga. — No tenemos mucho que andar: una cuadra.

Alzaga quedó un momento reflexivo, para contestar en seguida:

—Si me quedé á jugar fué por complaceros y por no hacerle el gusto á ese farsante de Azcuénaga; pero Catalina me estará aguardando..

—¿Y qué tiene? También me espera Jacoba, y, sin embargo, aquí me tienes dispuesto á un fregado y un barrido. A las mujeres propias ó que nos unen el Santísimo Sacramento, querido Francisco, hay que tratarlas con un poco de despego, si no se las quiere fastidiar.. No prodigarse, no prodigarse. Ya ves, yo, no tan sólo soy marido, sino que soy padre también, lo que tú no eres aún, y aquí me tienes dispuesto...

— ¡Vamos, hombre, animate —le insinuó Arriaga, mientras Alvarez, á quien nadie invitaba, esperaba que Alzaga concluyera de decidirse.

Alzaga volvió á quedarse reflexivo é irresoluto por un brevisimo instante.

—En fin —exclamó luego, determinado:— ¡noche completa!

—Señor Alzaga... —repuso entonces Alvarez, preparándose á despedirse de él con la más estudiada de sus manifestaciones simpáticas; pero Arriaga le interrumpió:

—No, señor Alvarez, usted no se va. Tiene que acompañarnos. ¡Pues no faltaba más!

—Forzosamente—recalcó Alzaga—debe usted seguir la broma con todos, como buenos compañeros.

—¿Forzosamente? —repitió Alvarez, no pudiendo ocultar la agradable emoción que le producía aquella insistencia.

— ¡Sí, pues!

—¿Y no serviré de estorbo?—preguntó, como si deseara que más lo insinuaran.

—¿De estorbo?—le preguntó Arriaga, negando con el gesto.—Todo lo contrario; allí será usted el niño mimado —añadió con gesto de exageración.

—¿De veras? ¡No se burle usted, don Juan Pablo!

—Como que va usted á tocar el piano, un piano de primer orden, á que es tan aficionado.

—¿Hay piano? Pues entonces acepto, acepto y... «¡En fin..., noche completa!» —exclamó Alvarez repitiendo las palabras de Alzaga y en seguida las de Marcet:—Ya hemos hecho el fregado... ¡Vamos ahora al barrido!

Y mostrándose el más decidido, pasó adelante como chucuelo á quien sus mayores llevan á un agradable paseo, mientras Alzaga, Marcet y Arriaga lo seguían prodigando cuchufletas, entre risas burlescas, por la inconcebible transformación del pobre tendero.

¡Oh, el alcohol..., el alcohol produce fenómenos inexplicables!

Pronto llegaron á la esquina de Alsina y Perú.

De los altos de esa esquina, frente al antiguo cuartel de patricios y hoy local cerrado del Museo Natural, se oía el rumor del baile.

Llamaron.

Entraron...

¡Aquella fué una noche de trueno que no dejó dormir á los vecinos!

Duró hasta más allá de la madrugada...

La Noria

Alzaga volvió á su casa esa mañana, como no lo había hecho desde su casamiento.

El rostro pálido y ojeroso; el traje descompuesto y la pechera de la camisa manchada con tintes violáceos, á las claras daban á entender dónde había pasado la noche.

Trató de evitar su presentación en esa forma á su querida Catalina, que aún dormía, dormía tranquilamente en su regio lecho, y sin duda soñando con que había adquirido alguna preciosa alhaja más, algún rico vestido, algún capricho..., ¡un nuevo antojo!

Alzaga, que desde que ella se hallaba «delicada,» dormía en pieza contigua, hizo todo lo posible por cambiar de aspecto con el baño, con los perfumes, con masajes de esponjas, con un cambio radical de toda su indumentaria; pero inútilmente: las huellas del exceso alcohólico ó de la orgía, difícilmente se borran...

Al presentarse á su adorada Catalina, ya despierta y envuelta en rico peinador blanco, sintió remordimientos y asco de sí mismo cuando ella, después de una rápida mirada intensa, lo recibió, como el día anterior, como en los últimos días, risueña é indiferente.

—¿Sabes?—la dijo, resistiéndose á besarla en los labios,

como tenía por costumbre hacerlo todas las mañanas,—¿sabes?...—repetió, como si forjara su mentira por primera vez,—después de la reunión en casa de Riglos, se propuso una cabalgata, y como la noche estaba tan linda y tanto me rogaron que los acompañara, me dejé convencer y por eso he pasado toda la noche afuera.

—¿Has venido tarde? Pues no lo he notado..., aunque sí, porque mientras estabas en el baño he visto tu cama sin descomponer—respondió ella, siempre indiferente.

Alzaga, sin palabras, la atrajo á sí cariñosamente.

—Haces bien, mi querido Francisco, haces bien—repuso ella, con la misma indiferencia de siempre, aunque correspondiendo á sus manifestaciones con mayor frialdad que nunca.

¿Creyó ella en la mentira de su marido? La sagacidad instintiva de la mujer es tan maravillosa que en la intensidad de aquella mirada leyó Catalina, como en libro abierto, la verdad de lo ocurrido.

Pero ¿qué le importaba?

Era feliz, inmensamente feliz con su lujo, sus numerosos sirvientes, la admiración que seguía causando su hermosura en los pocos centros de amigas íntimas á que iba, cuando se lo permitía su estado; de sus amigas que concurrían á su casa, so pretexto de saber cómo se hallaba, aunque con la «inocente» intención de llevar á otras partes las primicias de sus nuevos trajes, de sus nuevas alhajas, que ella les enseñaba con orgullosa vanidad... ¿Qué más podía desear? ¿La fidelidad de su marido? Se quería demasiado á sí misma para siquiera pensar en ella. Y ante aquella frialdad sin reproches; aquella indiferencia, que no era fingida sino natural, Alzaga volvió á reunirse con sus amigos; repetió aquellos «truenos,» se reconcilió con sus antiguas queridas y adquirió otras nuevas, gastando, á la par de aquéllos ó mucho más, en grandes fiestas á las que sólo acudían calaveras «de la aristocracia» y mujeres mal vistas...

Pero lo que más llamaba la atención de los murmuradores de la aldea, no era el escandaloso proceder de dos

hombres casados, como Alzaga y Marcet, hijo de una de las más principales familias el primero y entroncado el segundo en la familia de una dama de las máspreciadas en la alta sociedad por el buen nombre de su difunto hermano y por sus preclaras virtudes.

Tampoco llegaba al colmo que Juan Pablo Arriaga, aquel mozo que tanto codiciaba las casaderas niñas honestas, por su elegancia y finura de hombre lindo, anduviera en esas incorrecciones, porque al fin era soltero...

No; lo que más llamaba la atención era la conducta del tendero y prestamista de la Recoba Nueva; de aquel don Francisco Alvarez, modelo de buenas costumbres; aquel correctísimo y acaudalado comerciante, de quien nadie pudo decir, hasta entonces, que tuviera gatuperios amorosos; que merendaba en Catalanes y cenaba en el Victoria, abriendo y cerrando su negocio, todo á una hora fija; que aquel joven, ya machucho, pues su edad pasaba de los siete lustros, aunque no lo confesara, se hubiera «pegado» á ellos al extremo de que en todas partes les llamaban ya «los cuatro inseparables.»

Y ¡qué alboroto, qué asombro y admiración mayúscula se produjo aquella mañana en la que los vecinos lo vieron llegar en estado de «deplorable insostenimiento,» como decían, á la puerta de su tienda! ¡Qué aspavientos y conjeturas no hicieron al verlo con qué trabajo encontró el agujero de la llave y entró, y como no tenía dependiente, que era artículo de lujo, volvió á cerrar y... á dormir «la mona,» permaneciendo la tienda así todo el día, cerrada, ante la inconcebible indignación de su hermano don Angel, que allí llegara, curioso por saber en qué parara lo de la noche anterior y las hablillas malsonantes de los «recoberos!»

—¡Si ya me lo dije yo!—musitaba el austero hijo de Galicia, que no había dormido, pensando en lo que le habría ocurrido á su hermano en compañía de aquellos empedernidos calaveras de alto tono.

Y golpeaba quedo, y miraba por el ojo de la cerradura, por ver si Francisco le abría y él le echaba una soberana

peluca sobre las consecuencias de aquel desliz, que ponía en peligro su reputación y prestigio de negociante serio; pero, qué si quieres: ¡Francisco debía dormir á pierna suelta, recuperando las fuerzas perdidas en alguna borrasca escandalosa!

Y viendo que no le abría, retiróse de allí murmurando pestes y prometiéndose á si mismo volver á la noche para... ¡Si aquello no podía quedar así! ¡No faltaba más!

Y volvió, sí, señor, volvió con un meditado discurso (á los que era muy aficionado), sobre las malas compañías y el olvido de los deberes morales.

La tienda ya estaba abierta, y á la luz de un quinqué «al aceite,» colgado del techo, se veía á don Francisco, el que, como si tal cosa hubiera ocurrido, conversaba con el teniente coronel Argerich, su amigo y agente de negocios, y no era cosa de largarle la andanada delante de él.

¿Y por qué no?

El teniente coronel era de confianza y un caballero á carta cabal.

Y ya iba á empezar su perorata, cuando... apareció la simpática figura de don Juan Pablo Arriaga, que iba á invitar á don Francisco para cenar en casa de Marcet.

Y mientras que con su carácter franco y bromista, empezó á discurrir sobre los lances de la noche anterior, de lo que rieron don Francisco y el mismo Argerich, don Angel se mordía la lengua y refunfuñaba por no poder desahogarse de su colosal entripado.

—Conque — dijo Arriaga á don Francisco — ¿acepta usted?

—¿Y cómo no?—replicó éste.

—Le prevengo que también está invitado nuestro amigo y su tocayo, que ha prometido venir.

—¿Conque también irá el señor Alzaga? Pues acepto, acepto de mil amores—contestó don Francisco con toda satisfacción.

—En cuanto á ustedes, señores, si quieren acompañarnos...

—Se agradece, amigo Arriaga—contestó el comandante Argerich,—pero no me es posible.

—¿Y usted?—añadió Arriaga, dirigiéndose á don Angel.

—¡Yo!—replicó éste como si le hiciera una ofensa:—¡yo no acostumbro á cenar fuera de mi casa, señor don Juan Pablo!

—Bueno, hombre, bueno, no hay que incomodarse por eso—le contestó Arriaga, para quien no había pasado desapercibido el tono y el gesto de vinagre de don Angel.

—Y lo que es Francisco—añadió éste, grave y ceñudo—me parece que tampoco debía aceptar, después de lo ocurrido anoche...—sin poder contenerse.

Su hermano iba á replicarle, que era lo que él quería para entrar en controversia; pero lo interrumpió la llegada de un nuevo personaje, nada menos que don Jaime Marcet, el que, saludando con el gesto al comandante Argerich y sin hacer caso de don Angel, á quien no podía pasar, les dijo á Arriaga y á don Francisco:

—Vamos, vamos de una vez, que ya Pancho nos está esperando...

—Soy con ustedes inmediatamente—le contestó don Francisco;—voy á cambiar de traje y en seguida vuelvo—y se dirigió á una escalera que conducía al entresuelo por donde desapareció, yendo tras él su hermano.

El comandante Argerich se despidió de los hermanos Alvarez desde allí, en voz alta, y saludando á Marcet y Arriaga se marchó.

Durante breves instantes se oyeron voces de los dos hermanos, que hicieron reir á Marcet y Arriaga: disputaban, y la voz de don Angel tenia ecos de enojo.

Poco después bajaba don Francisco, y tras él don Angel, con semblante malhumorado: es que no había logrado convencer á su hermano de que aquella compañía le era perjudicial en todos los extremos.

¡Ridiculeces de hombre tozudo, que no veía más allá de sus narices!

El, don Francisco, ansiaba no solamente aquella vida,

sino relacionarse con la alta sociedad, con las familias competudas, adonde, hombres como Arriaga, Marcet y sobre todo Alzaga, lo presentarían.

Basta, basta de sermones, que él no era un chiquillo y ya era tiempo de poder divertirse en compañía de personas de pro, y hacer de la suya y de su fortuna lo que le diera la gana... ¡Pues no faltaba más!

Apagó las luces, empujó suavemente á su hermano, cerró la puerta y siguió con Marcet y Arriaga, que lo aguardaban en la vereda, hacia la calle de la Defensa, y... ¡á gozar de nuevo!

Don Angel tomó por distinto rumbo, no sin murmurar:

—Este Marcet, ¡oh!, este Marcet tiene la culpa. ¡No sé que instinto me dice que yo debo odiar á ese catalán maldito!

La cena en casa del librero fué espléndida, no escatimándose en ella los mejores vinos y los más sabrosos manjares, haciendo los honores «misia» Jacoba Usandívaras, que no descuidaba por ello á su preciosa hijita de un año, la que tomaba en sus brazos, de los brazos de la niñera, para mostrársela á su padre con demostraciones de infinito cariño. Es que «misia» Jacoba adoraba á aquel hombre mirándose en sus ojos, sin ocultarse para ello. ¡Y de cuán distinta manera le correspondía aquél!

Alvarez quedó maravillado de la cena, y casi enloquece de gusto cuando su amigo, su simpático amigo Alzaga, por insinuación de Marcet, lo invitó para una próxima comida en su casa.

¡Comer él en la misma mesa en que estaría aquella imponderable beldad que llamaban «la Estrella del Norte,» la más hermosa de las mujeres!.. ¡Rodeado de aquel boato proverbial de que tanto se hablaba!..

Concluida la cena, se pretextó ir á tomar el café al Victoria, y...

Alzaga le habló á Catalina de aquel convidado, y viendo la resistencia que ella le oponía, por su avanzado estado y porque consideraba «que no estaba presentable,» él la convenció manifestándola que no importaba, pues

sólo se trataba de «un tipo estrafalario» que podría servirles de distraída diversión.

—Es un pobre tendero de la Recoba á quien le ha dado por relacionarse con nosotros. Y si vieras, para él no hay hombre más simpático que yo. ¿Dije pobre? Pues no, que es riquísimo, según dicen; pero tan vulgar, tan ridículo y con unas salidas tan extravagantes, que en todas partes donde lo hemos llevado ha servido de juguete, y especialmente, según dicen, entre las mujeres, con las que cree tener una banca imponderable. A todas las reuniones nos acompaña, y cree ser muy amigo del coronel Dehesa y del general Azcuénaga, á quienes lo hemos presentado. Verás, verás...

Y pocos días después don Francisco Alvarez asistía á la mesa de su amigo, de su simpático y querido amigo Alzaga, y de su imponderable Catalina.

—Y, ¿qué tal?—le preguntó Alzaga á su esposa cuando Alvarez se retiró de allí, aturdido, enloquecido por el recibimiento y las atenciones de aquella casa.

—Que me parece exagerado cuanto de él me has dicho. Es, efectivamente, un hombre sin mundo; pero de corazón sencillo y de sentimientos nobles.

—¡Cómo!. ¡Cómo!..—exclamó Alzaga admirado.

—Así dicen, pues antes de que viniera yo he tomado informes, y sé que á pesar de ser prestamista, no tiene carácter de tal, pues no hay infeliz que llegue á pedirle amparo que no proteja con sus dádivas. No es un «tipo,» Francisco, sino un buen hombre, simpático en sus mismas manifestaciones de sencillez ingenua.

—¿A que salimos ahora con que te ha conquistado?—le preguntó Alzaga riendo.

—¡Loco!—le contestó ella riendo también.

Cuando se volvieron á ver, Alvarez, por su parte, le habló entusiasmado de Catalina:

—¡Con razón decían—exclamó—que no había una mujer más hermosa! Si yo encontrara una igual no me separaría de ella ni un instante. ¡Le tengo envidia, querido tocayo!

—Pues amigo, ella también ha simpatizado con usted, así es que puede prepararse para cuando enviude—le contestó Alzaga, fingiéndose ofendido.

Aquello le causó un verdadero disgusto al bonachón de Alvarez, que creyó de veras la seriedad con que su amigo le hablaba, y le dió toda clase de disculpas.—¡Es que con esas cosas había que andar con mucho tino!—decía él, como arrepentido de su manifestación.

Pero Alzaga lo disuadió después. Aquello no era más que una broma, y los amigos, junto con Arriaga y Marcet, continuaron en la disipación y el escándalo, hasta que Catalina le dió á su esposo un hijo, un hermoso hijo... y, como era natural, se hicieron nuevos derroches, so pretexto de festejar el nacimiento y bautizo del niño.

Alzaga volvió á encerrarse en su hogar; su hijo, su querido hijo lo atraía; pero, ¿qué duró?.. ¡Quince días!

Catalina no variaba: la misma indiferencia, si antes por su embarazo, ahora por los cuidados que le demandaba la hermosa criatura, y sobre todo que había que reponerse, cuidarse, volver á ser lo que había sido... Ya no eran los enamorados de antes. La sociedad la llamaba á ella, á ella sobre todo, de la que tanto tiempo había estado alejada... ¿Alzaga lo comprendió así también ó es que «tiraba al monte,» prefiriendo volver á su antigua vida de calavera, dejando á su mujer en completa libertad? Así fué; pero aquella duplicidad de gastos enormes; aquel insaciable deseo de Catalina de ostentación superior á la de todas las demás familias pudientes, y aquellos compromisos ineludibles de las calaveradas, agotaban su fortuna contante, como asimismo se iba agotando la de Marcet y Arriaga.

¿De qué echar mano para no dar qué sospechar? Vender propiedades hubiera sido locura: todo el mundo se enteraría y .. «¿Por qué?» «¿Para qué?»

Por otra parte, Alzaga podía hacerlo libremente, nadie se opondría, porque vendería lo que era suyo.

Arriaga no los tenía; sólo podía disponer de los «cuatro trapos» que había en su tienda y del crédito, y éste se ha-

llaba hasta cierto punto agotado. ¿Pedir á cuenta de la herencia de su padre? ¿Y quién le iba á dar en aquellos tiempos que todo el mundo se enteraba?

En cuanto á Mercet, tenía las de su mujer, y «misia» Jacoba, á pesar del entrañable cariño que profesaba á su marido, no veía la razón para ello, y era inútil. Pero es que Marcet había concebido delirante pasión por una joven de buena familia, llamada Mercedes Rossi, y, según él decía á sus amigos, estaba dispuesto á todo para hacerla suya... A «todo.» ¿Cómo?..

¡Y cuando así hablaba había algo de terrible en el gesto de sus labios, en la acción de su brazo, en la mirada de sus ojos!

Arriaga insinuó, varias veces, que deberían recurrir á Alvarez, á quien, hasta entonces, no le habían permitido que costeara ninguno de aquellos derroches; pero tanto Alzaga como Marcet, Marcet sobre todo, se opusieron.

—¿Deberle yo á ese tipo ridiculo? ¡Primero á mi familia—dijo Alzaga,—y eso no lo haré nunca!

—¿Y para qué?—repuso Marcet.—Por una bicoca espantaríamos el pájaro. Ya le haremos pagar «todas juntas» —añadió con una risotada brutal, que Alzaga y Arriaga repitieron con burla, sin darse cuenta de que en aquella carcajada de Marcet pudiera haber un fondo de amenaza sangrienta.

Era necesario, pues, buscar algo que los sacara de las dificultades de aquella situación para seguir adelante...

Y así discurrían una noche que se hallaban los tres en el comedor de la casa de Marcet, el que servía y servía á sus amigos de un fuerte licor espirituoso, capaz de emborrachar á cualquiera con la mitad que ellos habían bebido.

Y mientras tanto Marcet, que los observaba, cuando lo creeria oportuno, sin duda, lanzó una de sus carcajadas que presagiaban algo funesto:

—¿Qué les parece, compañeros—les dijo,—que le demos un susto á mi vecino don Jacinto Velarde, que vive aquí arriba?

Arriaga y Alzaga lo miraron con la vaguedad de la borrachera, y como si no comprendiesen bien lo que decía.

—¡Un susto! ¿Cómo?—preguntó el segundo, con voz pastosa y prestando la atención, así como Arriaga, que su estado le permitía.

—Esta mañana—les dijo Marcet en voz baja y confidencialmente,—estuve á verlo á don Jacinto, y lo encontré contando una enorme cantidad de billetes de Banco, que luego guardó en el cajón de su escritorio...

—¿Y?—preguntaron Arriaga y Alzaga, que lo que más les llamaba la atención era lo de los billetes de Banco...

—Que como tiene la costumbre de dejar abierta la ventana que da á la azotea de mi casa, podríamos ir y...

A las claras Marcet proponía á sus amigos un robo con escalamiento. Si lo hubiera hecho encontrándose ellos en estado normal, es seguro que, en particular Alzaga, le hubieran contestado separándose de él para siempre; pero ya se daba plena cuenta Marcet del momento en que lo hacía.

Cierto: Alzaga y Arriaga, mientras Marcet les dirigía miradas oblicuas, en las que debía haber flúido de maldad, se interrogaron con los ojos, y el fantasma que llaman «rey del mundo» se les debió aparecer, con su brillo irresistible: ¡una enorme cantidad de billetes de Banco! ¡Habría cómo salir de apuros y mucho más!.. ¡¡Mucho más!!

Ambos lucharon por un momento con la turbación alcohólica y la arriesgada proposición del amigo. De pronto, Alzaga le preguntó quedo, muy quedo:

—¿Y si despierta?

—Si despierta—repitió Marcet, sonriendo diabólicamente,—ya está dicho: lo echaremos á broma y le diremos que le damos ese susto para que no vuelva á dejar abierta la ventana. Esto si nos da tiempo, que si no... —añadió reflejando su perversa intención en la mirada.—Vamos,—y tomando un cuchillo de punta que se guardó en la cintura, les indicó la puerta de salida al patio.

Arriaga y Alzaga lo siguieron.

El patio se hallaba á obscuras, reinando el mayor silencio.

— ¿Y tu mujer?—le preguntó Alzaga, en voz baja, cuando llegaron al pie de la escalera que conducía á la azotea.

—Duerme... No hay que alarmarse por ella.

—¿Y los sirvientes?

—Duermen también. No perdamos tiempo: ven... Y tú, ¿qué haces?—le preguntó á Arriaga imperativo:— ¡sigue con nosotros!

Pocos momentos después llegaron á la ventana indicada por Marcet. La ventana estaba entornada. Marcet puso el oído atento.

—¿No les dije? Ronca el infeliz como un bendito—y empujó las hojas de la puerta, cuyos goznes chirriaron, oyéndose en seguida tras aquella una voz de hombre que preguntaba, asustado:

—¿Quién anda ahí?

—¡Voto á Dios!—murmuró el catalán, furioso, cuando ya iba á saltar del otro lado:— ¡Se ha despertado el «noi!»

—¡Huyamos!—exclamó Arriaga, corriendo hacia la escalera, mientras Marcet y Alzaga quedaron allí, escondidos bajo la ventana, esperando, sin duda, que se volviera á dormir el que preguntaba; pero aquella voz repitió la pregunta, gritando luego:

—¡Ladrones! ¡Vecinos!.. ¡Ladrones!

Y sonaron en la pieza dos tiros, uno tras de otro.

—Este demonio, en lugar de proporcionarnos «un buen rato,» va á alarmar al vecindario... Bajemos, Pancho, y acudamos después para hacerle creer que ha soñado.

—¿Qué hay, Jaime?—le preguntó «misia» Jacoba apareciendo en el patio con una negra esclava y otros servidores.

—Quien sabe, hija—le contestó éste que allí estaba con sus amigos, como si hubieran llegado entonces.— Parece que esos tiros han sonado en la pieza de don Jacinto, y que don Jacinto grita: Ladrones... Vamos á ver...

—¡No te expongas, Jaime, no te expongas!..

—Quita, tonta, qué me voy á exponer, y sobre todo yendo con estos amigos...—la dijo Marcet, riendo.

Y los tres subieron de nuevo por la escalera.

Ya en el último tramo gritó desde allí Marcet:

—¿Qué hay, vecino? ¿Qué le pasa?

—Acuda usted, señor Marcet, acuda usted. Pasa que me hallaba durmiendo, cuando me desperté y vi que alguien abría las puertas de la ventana... ¡Ladrones, señor Marcet, ladrones!—le dijo el llamado Velarde, asomando la cabeza por aquélla.

—¡Qué ladrones, señor don Jacinto!.. Estaría usted soñando cuando daría la coincidencia de que el viento le abriría la ventana... Yo y estos señores acudimos en seguida que usted gritó, y no hemos visto ni la sombra de un bulto. ¿Por dónde han podido entrar ni escaparse esos ladrones imaginarios? ¡Vaya, vaya, don Jacinto, que había sido miedoso!

—Si, miedoso; pero que me sirva de prevención: no vuelvo á dejar la ventana abierta aunque me muera de calor. Dispense, señor Marcet y ustedes señores...

Aquel lance sirvió de chacota al día siguiente en los círculos de café, tiendas y pulperías.

¡El pobre don Jacinto había soñado!

No lo fué tal para aquellos amigos que así se preparaban á entrar en el segundo escalón del crimen, como hubiera dicho algún moralista melodramático:

—Luego el robo... Y después...

—Pero, ¿sería cierto que se trataba de robar?—se preguntaban atónitos Alzaga y Arriaga, cuando al día siguiente se les disiparon los humos del alcohol.

¡Oh, aquello hubiera sido espantoso!

Tuvieron una seria explicación con Marcet, y éste, con habilidad prudente, trató de convencerlos de que sólo se había conseguido lo que se habían propuesto: darle un susto á aquel infeliz. Por lo demás... que no fueran zonzos, en la suposición de que aquel montón de billetes hubiera venido á su poder, sin riesgo alguno. ¿Quién hubiese podido suponer que ellos habían sido?.. Había que salir de la situación en que se encontraban; corresponder á los muchos compromisos que tenían «de cualquier modo...»

Y pensando en ello los días pasaron, hasta que Alzaga encontró la manera de ocuparse en algo que le fuera productivo: se hizo carreterista.

Justamente en la estancia de los Montes Grandes—al norte de la ciudad—tenía la familia de Alzaga potros mentadísimos por su ligereza y aguante: árabes de pura raza. Fué él mismo á elegirlos y aun domarlos, porque, entre sus pocas habilidades, lo mismo domaba un potro que cantaba unas décimas en la guitarra. Hecho el aparte se los trajo á la quinta de Santa Lucía, donde, con un inteligente cuidador, los empezó á preparar para dar un golpe, con los que «rayaran.»

Y la verdad es que si aquel joven hubiera vivido en nuestros días habría llegado á ser uno de los más famosos *sportmen* de nuestros numerosos hipódromos, porque tenía todas las condiciones para serlo... Pero las carreras entonces, y sobre todo de caballos «mentados,» eran un verdadero acontecimiento, que sólo se repetía de mes en mes y eso... Entonces no había canchas redondas, científicamente preparadas, se corría por «andaribel;» esto es, «derecho, viejo» y dele lonja y lonja hasta llegar á la meta, en las calles de la Arena, del bajo de la Recoleta, y otras que se cuidaban con este objeto.

Y á la quinta de Santa Lucía llevaba á sus amigos, sin que faltara, por supuesto, don Francisco Alvarez, á quien, por petición de su tocayo, le entró la afición, aunque más lo atraían, sin decirlo, por no ofenderlo, las colosales meriendas que allí se improvisaban, cuando no estaba la familia.

Y mientras Alzaga se entretenía con el cuidador, dándole instrucciones, los otros tres marchaban de un lado á otro, internándose, especialmente, en un espléndido bosque de naranjos que allí había. La quinta era lo que todas las quintas de aquella época y aun mucho después: un gran caserón de primitiva arquitectura para la familia, piezas separadas para el servicio, caballeriza, local para una tartana ó dos, plantas de flores á granel, rosas, jazmines, un violetal inmenso, frutales, hortalizas, pasto, mucho pasto...

Y marchando de un lado para otro, Marcet se detuvo una tarde ante un pozo sin brocal, ó mejor dicho, ante un pozo rodeado de grandes piedras y con una boca enorme, alejado de la casa.

Era una vieja noria de la que ya no se hacía uso. Mucho debió llamarle la atención, porque después de observar gran rato le preguntó á uno de los peones que allí estaba:

—¿Y hay mucha profundidad en ese pozo?

—Según — le contestó éste;—pero la suficiente para que se pueda ahogar un cristiano, si por desgracia se cayera ahí.

—¿Cómo «según?»

—Sí, señor, como el agua es manantial, unas veces sube y otras baja; pero siempre queda la suficiente para que pueda acontecer lo que Dios no permita.

—¿Y qué profundidad tiene cuando «baja?»

—Cuando mucho, tres varas. Vea—añadió el peón, tomando una cuerda que allí había y atando á ella una piedra,— ahora ha bajado y le voy á mostrar...

Y uniendo la acción á la palabra, arrojó la piedra que tardó en llegar al fondo algunos segundos. Luego, tiró de ella y midió con los brazos la parte mojada.

—Ya ve —le dijo, después de haber contado:— cuatro brazados; hay para ahogarse un gigante.

Marcet aprobaba con el gesto, observando detenidamente la operación de medir...

Volvió al lado de sus amigos á quienes Alzaga, en ese momento, ponderaba las cualidades de tal ó cual caballo.

—¿Siempre con el mismo tema?—les preguntó fastidiado de aquello y cambiando de fisonomía, como si hubiera descifrado un gran problema.—¿Saben lo que más me gusta de esta quinta?

—¿Las naranjas?—le preguntó Alvarez, riendo.

—No, amigo.

—¡Ah!, ya sé: ¿lo lejano que está de la ciudad y que nos proporciona la satisfacción de que nadie se entere de nuestros holgorios?

—Algo hay de eso, pero no es eso—replicó Marcet.

—¿Pues entonces?—volvió á preguntarle Alvarez, mientras Alzaga y Arriaga permanecían mudos, esperando la solución.

—Lo que más me gusta—dijo por fin Marcet, extendiendo el brazo—es aquella noria abandonada en lugar tan solitario... ¡Qué bien dispuesta está!

Y lanzando una de sus risas nerviosas, añadió: —¡Qué linda para pescar mojarritas!—mirando significativamente á Alzaga y Arriaga, que debieron leer algo siniestro en aquellos ojos, mientras Alvarez rió también, diciendo:

—Este Marcet siempre tan original. ¡Cómo va á pescar mojarras en una noria!.. ¡Qué ocurrencia!

El crimen

La situación pecuniaria de aquellos tres calaveras se agravaba cada vez más. Ya no sabían de dónde sacar fondos para seguir la «caravana,» y Marcet, insistiendo en que no se debía hacerle sospechar á Alvarez nada de aquellos apuros, llegó á dominar á Alzaga y Arriaga de tal manera, con sus perversas intenciones y planes subversivos de todo impulso correcto, que bastaba proponer una cosa para que ya lo obedecieran ciegamente.

Les recordaba, cuando lo creía oportuno, los billetes de Banco de don Jacinto Velarde, que se les había escapado por no haber tomado las precauciones necesarias... ¡Oh, aquel golpe frustrado no se les volvería á presentar!.. Y tanto insistió y habló de que era necesario hacerse de fondos sin que nadie se enterara; de que era imprescindible, de cualquier modo que fuera, pero sigilosamente, rehacerse, que la tradicional hidalguía y la proverbial caballerosidad de sus amigos se fué debilitando, al extremo de entregarse á aquel demonio en cuerpo y alma.

Y tanto fué así, que una tarde se presentó Arriaga en la librería y llamándolo aparte, le dijo como la cosa más natural:

—Vengo de lo de Genela (un tendero vecino) ¡y si vie-

ras!.., le he ayudado á contar una gran cantidad de onzas, que acaba de recibir de uno de sus corresponsales. También le ayudé á guardarlas... ¡Cuánto dinero, Jaime!.. ¡Aquello es una tentación!.. ¿Qué te parece?

¡A quien no le hubiera parecido increíble que aquel joven, tan mimado en los altos centros sociales por la perfección de sus procederes, se convirtiera en lo que hoy se llama «entregador» en el lenguaje «lunfardo!..»

Marcet pensó unos instantes, para decirle luego:

—Genela no duerme en su tienda, ¿verdad? Se retira temprano. Se me ocurre que, como tiene tanta confianza en ti, podrías pedirle la llave para una cita con una mujer que no quieres que nadie vea. La mujer podría ser yo. Anda.

Arriaga, ¡pobre iluso!, lo encontró acertado, y fué á ver al tendero; pero éste, después de oirlo, se negó escandalizado. ¡Pues no faltaba más!.. ¡Prestar su tienda para... esas cosas! ¡Y que se enterara su mujer!.. ¡y los vecinos!.. En manera alguna...

¡Otro golpe frustrado!

No obstante, las parrandas continuaban, á las que no faltaba, por supuesto, el tocayo de Alzaga, que ya se habia hecho, según él mismo decia, el indispensable. Y tan indispensable que cuando no concurría, las mujeres, inducidas por Marcet, lo echaban de menos y habia que mandarlo á buscar á «aquel tipo,» que las alegraba con sus salidas de «pie de banco.»

— Querido tocayo—le dijo una noche á Alzaga, á quien ya le cargaba el «galleguito» hasta serle insoportable su pegajosa simpatía, pero que lo disimulaba por consejo de Marcet,—¿por qué usted que tiene tantas relaciones no ve de proporcionarme entre ellas un piano de «lance?..»

—Es verdad, hombre, es verdad—exclamó Marcet, aplaudiendo la ocurrencia.—Un piano, pero que sea de «lance,» para que no tenga que gastar mucho nuestro amigo, le vendría como de molde.

—¡Claro! Lo tendría en la tienda y allí podría aprender otros rigodones para divertirnos mejor.

—Sí, pues; tu tocayo no puede continuar con las mis-

mas sonatas. Nada, lo dicho —añadió Marcet,— es necesario que le busques un piano lo más pronto posible...

Al día siguiente, los tres camaradas, sin Alvarez, se reunieron en la librería, como tenían por costumbre hacerlo.

Marcet los había esperado impaciente para explanarles su plan. Había llegado el momento de que «aquel gallego» las pagara todas juntas.

¿Cómo? Arriaga debía buscar una casa retirada del centro y alquilarla, bajo cualquier pretexto, por unos días.

Cuando llegara el momento oportuno, Alzaga invitaría á Alvarez á ir á aquella casa, con objeto de mostrarle el piano, y una vez que fuera...

—Le daremos un susto mayúsculo..., nada más que un susto, para que entregue la mosca. Si se resiste, entonces le tomamos las llaves, lo dejamos encerrado y después le diremos que es una broma —concluyó Marcet.

Alzaga y Arriaga, sobre todo Arriaga, aplaudieron el plan, y este último volvió, á los pocos días, con la noticia de que ya tenía la casa alquilada.

Nada más á propósito: en la calle de Esmeralda, y entre la de las Torres y la Piedad, frente al antiguo Hospital de Betlemitas, por donde no pasaba un alma de noche, propiedad de una señora conocida, la viuda de Lafranca, «misia» Eduvigis Berois.

Casa de altos, con la escalera junto á la puerta.

Sala, dos piezas interiores, letrina, cocina...

De acuerdo con las instrucciones de Marcet, Arriaga la había alquilado condicionalmente por unos días, mientras llegaba el coronel Dehesa de Córdoba, que era quien se la había encargado.

Si á éste le gustaba, bien, y sino... trato deshecho.

¡Magnífico!

¡No se podía quejar Marcet de su discípulo!..

Ahora no había más que esperar el momento oportuno en que se tuviera la seguridad de que los corredores de «aquel infeliz» le llevaran dinero, mucho dinero, de las letras cumplidas, á fines ó principios de mes; y para ello,

Arriaga, que ya entraba y salía de la tienda y del entre-suelo de Alvarez, como si fuera de su propia casa, estaría alerta y avisaría.

¡Sí, pues: «el entregador» debía desempeñar su papel con toda perfección!

Y era á principios de Julio del año 28 cuando Arriaga se fué con el parte á Marcet:

—¡Una mina, «hermanito,» una mina de oro y un Banco de billetes!.. Yo mismo lo he visto depositándolo todo en un baúl y en un cajón del escritorio...

Esa era, pues, la oportunidad; pero Alzaga, á pesar de la repugnancia que le causaba «aquel gallego,» callaba, manifestando, elocuentemente, en su silencio, que no estaba del todo dispuesto para prestarse á ese plan, por más que Marcet pretendiera imponérsele, asegurándole que no se trataba sino de una broma.

¿Es que á aquel joven le quedaba aún un resto de la hidalguía de que blasonaba su familia?

Si así era poco le duró, porque el día 4 del mismo mes se volvió á presentar á Marcet dispuesto «á todo,» como él decía.

¿A qué se debió ese repentino cambio?

¡A una nueva exigencia de su adorada Catalina!

Esta había visto en el escaparate de una joyería un aderezo de brillantes que era la admiración de todo el que por allí pasaba. Lo había examinado detenidamente. ¡Qué aguas! ¡Qué luces! Deseaba poseerlo antes de que á alguien se le ocurriera hacerlo.

—Poca cosa, Francisco. Una bicoca para un hombre tan rico como tú: veinte mil pesos.

¡Y Alzaga le había prometido comprárselo!

¿Cómo, si no tenía con qué?

No había, pues, más remedio que saquear á Alvarez.

Para esa noche los tres fueron á invitarlo para una reunión y Alzaga le manifestó que ya había encontrado lo que buscaba: un piano de «lance.» Se trataba de un amigo que se marchaba á Montevideo y quería desprenderse de aquel mueble por cualquier cosa. A la noche siguiente

irían á verlo, debiendo esperarlo Alvarez en su tienda con ese objeto. Aquella noticia le causó al desgraciado, como era natural, la más agradable de las sorpresas. ¡Qué impaciencia la suya!

No habló de otra cosa en la reunión á que lo llevaron, ansiando que llegara el momento de ir á probar el piano, asediando á su amigo, á su querido amigo Alzaga, con innumerables preguntas sobre el precio, la marca, el estado y demás condiciones del piano...

Arriaga les había manifestado á Alzaga y Marcet que era necesario apresurarse, porque los fondos que Alvarez había recibido iban saliendo para nuevos préstamos.

Al día siguiente amaneció nublado y empezó á caer una de esas lluvias finísimas de invierno que presagian tormenta lejana. Sin embargo, la tormenta no tardó mucho en desarrollarse: pampero sucio.

Marcet indicó á Alzaga que sería conveniente tener dispuesta la calesa, pero el caballo se encontraba manco. —No importa, se alquila otro —y así se hizo en la caballeriza de un tal Magallanes.

Los tres cómplices cenaron juntos esa tarde, y Marcet les hizo beber á Alzaga y Arriaga, sobre todo al primero, más que nunca. Había que festejar, por adelantado, «aquel golpe.» La nerviosidad de que se hallaban poseídos Arriaga y Alzaga ayudaba, á las mil maravillas, los planes de aquel malvado.

Alzaga se sintió borracho y en ese estado no debía ir á buscar á Alvarez.

Lo haría Arriaga, que estaba más sereno, mientras Marcet y Alzaga los aguardarían en la casa de la calle de Esmeralda.

Arriaga marchó y Marcet, mostrándole á Alzaga dos puñales, le dijo, entregándole uno:

—Toma, los mandé afilar hoy; tienen el filo como navaja de afeitar. Es bueno ir armados por lo que pueda ocurrir. Guárdate ese. Vamos á buscar tu calesa.

Alzaga guardó el puñal sin darse cuenta de lo que hacía y siguió á Marcet.

En tanto Arriaga llegó á la tienda de Alvarez.

Estaba cerrada.

Pensó un momento. Alvarez tenia por costumbre cenar en el café de Catalanes.

Tal vez estaria allí, y allí se fué Arriaga; pero ya no estaba, y el mozo le dijo que probablemente lo encontraría en casa del general Azcuénaga, donde el señor Alvarez le dijo que iba á hacer tiempo para reunirse luego con unos amigos.

Arriaga marchó á la casa de Azcuénaga, que se encontraba situada junto á la catedral.

Salió á recibirlo una parda sirvienta.

Arriaga iba embozado en un gran capote, y como era visita de la casa, la parda creyó reconocerlo, á pesar del embozo y á pesar de que Arriaga se hizo el desconocido requebrándola.

Tampoco estaba Alvarez; pero desde aquel punto creyó notar que había luz en su tienda, y atravesó la plaza.

Efectivamente, Alvarez estaba allí esperando.

—¿Y Alzaga?—le preguntó á Arriaga, sorprendido de que éste viniera solo.

—Me ha encargado que lo venga á buscar y que le diga que lo está aguardando en casa de su amigo el del piano, cuyas señas me ha dado.

—¡Ah, bueno! ¿Qué le parece esta sortija que me empeñaron esta tarde?—le preguntó Alvarez, mostrándole la que llevaba en el dedo meñique.

—¡Linda! ¿Vamos?

—Espérese, amigo Arriaga, voy á tomar también mi capote, porque la noche está que corta de fria, y si no fuera por el gran deseo que tengo de hacerme de ese piano...

—Y de que mañana ya sería tarde, porque el amigo de Alzaga, según me ha dicho éste, si no lo vende esta noche se lo lleva...

—¡Vamos, vamos!—exclamó Alvarez, más impaciente aún que el mismo Arriaga, apagando las luces y cerrando la puerta de la tienda.

Tomaron por la vereda de Cabildo y siguieron hasta

doblar por la calle de la Piedad, hacia el Oeste, según se lo había indicado Marcet á Arriaga, éste eludiendo contestar á las preguntas que continuamente le hacia Alvarez.

La noche estaba obscura y apenas se vislumbraba la amortiguada luz de los faroles lejanos. Sin embargo, al desembocar á la calle de Esmeralda tres personas, que también lo hacian hacia el Este, debieron reconocer á Arriaga, porque mientras los dos amigos doblaron sin detenerse, una de ellas, que era mujer, y mujer joven, dijo:

—Ahí va Arriaga y no nos ha conocido, puesto que no nos saluda.

—Si, pues: no nos habrá conocido—le replicó otra.

Alvarez y Arriaga llegaron á la casa, en cuya puerta estaba Marcet.

—Ya hace rato que Alzaga os está esperando—les dijo.
—Subamos de una vez.

Alvarez fué á entrar, pero se detuvo.

—Que obscuro está esto—dijo.

—Sí—le contestó Marcet,—está obscuro porque ya se han llevado todos los muebles. No queda más que el piano.

Alvarez entró, y cuando ya había subido algunos tramos, Marcet cerró los pasadores de la puerta, mientras Arriaga empujaba á aquél hacia arriba.

Alvarez volvió á detenerse al verse envuelto en aquella densidad sombría y sentir el chirrido de los pasadores.

De pronto se sintió poseido de un presentimiento horrible.

Recordó que Arriaga casi no hacia caso de sus preguntas; que tanto su semblante como el de Marcet, por lo que pudo vislumbrar en la puerta, tenían un aspecto tétrico como jamás les había visto.

¿Qué era aquello?

¿Sería una emboscada?

—¿Por qué cierra?—le preguntó á Marcet.

—Ocurrencia sería dejar la puerta abierta—le contestó éste bruscamente.

—¿Dónde está Alzaga?—preguntó Alvarez á los dos «amigos» que se habían apoderado de su persona.

—¿No le he dicho que está arriba?—le contestó Marcet con bronca voz impositiva.

—No—replicó él resistiéndose,—ahí no está Alzaga. Déjenme salir... Lo suplico...

—¡Eh, basta de zoncerías! Le repito que Alzaga está arriba...—dijo Marcet.

—¡Alzaga!—gritó Alvarez con angustia...

—Suba no más, tocayo, suba que aquí estoy yo aguardándolo—le dijo entonces Alzaga apareciendo en la escalera y alumbrando con la amortiguada luz de una vela de sebo que llevaba en la mano.

—¡Ah!, pues si está usted, tocayo—contestó Alvarez, como si todo el temor que sintiera se le hubiera desvanecido,—no tengo inconveniente en subir, aunque es extraño ..

Y Alvarez, seguido de Marcet y de Arriaga, subió.

Alzaga lo aguardaba allí en el último tramo, pálido, ojeroso; pero impasible, con esa fría impasibilidad de los borrachos que observan y obran impelidos por la fuerza del alcohol: con ese brillo siniestro en la mirada que refleja la maldad del instinto salvaje.

Pero tal era la conmoción de que se hallaba poseído, que Alvarez no se fijó en ello al encontrarse al lado de aquel hombre que tanta admiración, cariño y confianza le inspiraba.

Pronunció algunas palabras, y volvió á su rostro su habitual alegría.

Penetraron en la sala y notó que ésta estaba completamente á oscuras y sin un mueble.

Alvarez interrogó á Alzaga, que marchaba delante:

—¿Dónde está su amigo? ¿Dónde está el piano?..

--Más adelante, tocayo, más adelante...—le contestó Alzaga, marchando siempre hacia la pieza contigua, seguido de Alvarez, y éste de Marcet y Arriaga; pero tampoco en aquella habitación había muebles ni luz.

—Más adelante..., más adelante...—repetía Alzaga con voz pastosa y señalando á la otra pieza.

Llegaron á ella y al ver que, como las demás, estaba vacía, Alvarez le preguntó de nuevo, volviendo á su espíritu el miedo experimentado al entrar en aquella casa:

—Pero... ¿dónde está el piano?

—¡Qué piano ni qué piano!..—le contestó Marcet entonces, encarándose con él y amenazándolo con un puñal.— El piano que aquí lo ha traído es su vida, que la necesitamos. ¡Por lo tanto prepárese á morir!

Alvarez retrocedió espantado.. Aquellas sombras..., aquellos rostros patibularios..., aquel puñal...

—¡Morir!..—gimió,—usted se está burlando de mí, Marcet... ¿Por qué quiere asesinarme? ¿Qué mal he hecho yo?..

—¡Prepárese, le digo!—exclamó Marcet, con la mirada terrible y esgrimiendo el puñal.—¡Basta de palabras!

Y había tanta verdad en aquel gesto de asesino, que Alvarez, temblando y sobrecogido de espanto, comprendió que no le mentía; pero aun le quedaba una esperanza: ¡Alzaga! Aquel joven por el que siempre había sentido la más grande afección, de carácter caballeresco, de valor rayano en la temeridad, como lo había demostrado en su presencia, no podía consentir que, sin motivo alguno, lo asesinaran en su presencia...; no podía convertirse en cómplice de un asesino..., y dirigió á él la mirada con angustia infinita; pero Alzaga:

—Sí, Pancho, es necesario que mueras—le dijo, con expresión de lástima brutal en el semblante, mostrando á su vez el arma que le diera Marcet.

Al verlo en esa actitud, Alvarez se estremeció en un espasmo de horror.

Quiso gritar y no pudo, ahogada la voz en la garganta por el síncope: sus ojos, espantosamente abiertos, giraron de Alzaga á Marcet y cayó al suelo.

Marcet se arrojó á él y murmurando:—Este desmayo nos favorece—¡le clavó el puñal en la garganta!

Arriaga no pudo contener una exclamación de horror.

—¡Eh, bárbaro!—le dijo Marcet, volviendo á él;—¡cuidado con gritar!—mientras Alzaga luchaba por reaccionar; pero el asesino no les dió tiempo para observación alguna:

—Vamos, pronto—les dijo imponente, —ayúdenme á llevar este cuerpo á la letrina... A ver, tú, imbécil—añadió, dirigiéndose á Arriaga,—¿qué haces ahí parado? ¡Voto á Dios, ayúdanos, marica!

Y tanto Arriaga como Alzaga, completamente dominados, lo ayudaron á llevar el cuerpo del desgraciado Alvarez, que se debatía en los estertores de la muerte, al punto indicado por Marcet, que les iba diciendo:

—De esta manera evitaremos que el piso se manche. Para que no salga mucha sangre le he dejado el puñal en la herida.

Y tomando la cabeza de la víctima por los cabellos, le colocó la garganta sobre la abertura de la tabla:

—¡Concluye tú de degollarlo!—le dijo á Alzaga, el que, con la vela siempre en la mano, alumbraba aquel cuadro espantoso.

Alzaga dudó un momento; pero deseando terminar de una vez, ó impuesto siempre por la autoridad de aquel bandido, tomó el mango del puñal que Marcet dejara en la herida y empujando hacia dentro hizo un tajo circular, por el que salió la sangre á borbotones...

Entre convulsiones horribles, la desgraciada víctima dejó de existir...

—Ahora—añadió Marced, observando que ya no salía de la herida ni una gota de sangre,—tú, Arriaga, vete á buscar la calesa que está ahí á la vuelta, en la calle de las Torres, y tú, Pancho, ayúdame á llevar el cadáver á la sala.

Arriaga, como si estuviera hipnotizado por el horror se apresuró á salir de allí. Alzaga seguía luchando para darse cuenta del por qué de aquel espantoso crimen; pero dominado siempre por Marcet, siguió obedeciendo maquinalmente sus órdenes.

Una vez en la sala, Marcet registró los bolsillos del

traje del asesinado, guardándose en los suyos las llaves, papeles y dinero que encontró.

Luego, fijándose en la sortija que brillaba en uno de los dedos del cadáver, se la sacó y colocándola en uno de los suyos, dijo, con la mayor naturalidad:

—¿Para qué le sirve al difunto?

En este momento se oyeron los pasos de Arriaga que subía por la escalera.

—Ya está la calesa en la puerta—dijo aquél, penetrando en la sala.

—Bueno. Alumbra aquí, Pancho—añadió Marcet, señalando el cuello del cadáver.

Alzaga se agachó y puso la amortiguada luz de la vela junto á la espantosa herida que Marcet examinó, dirigiendo luego una mirada de infernal satisfacción á sus cómplices.

—Hay que ocultar esto de manera que no se note—dijo; —denme ustedes sus pañuelos.

Y anudando los que aquéllos le entregaron los colocó en el cuello del difunto, comprimiendo la herida.

Luego, ayudado por sus cómplices, leyantó el cadáver; le colocó el sombrero en la cabeza, ajustándolo bien y, rasgando un pedazo del capote, le dijo á Arriaga.

—Tenlo así, mientras nosotros volvemos. Tú, Alzaga, trae la luz—y dirigióse á la pieza donde se cometiera el crimen, limpió las manchas de sangre que allí había con el pedazo del capote, y haciendo lo mismo en la letrina, arrojó en el pozo el fragmento aquél.

—No están de más todas esas precauciones—les dijo á sus cómplices, cuando volvió á la sala.—Sin embargo—añadió,—mañana volveremos á hacer una nueva limpieza para que no quede la mínima huella de que aquí ha muerto un hombre.

Examinó de nuevo la especie de venda que había colocado alrededor del cuello; cerró el capote y notando que Arriaga llevaba un ramo de violetas en el ojal del suyo, se lo tomó y poniéndolo de modo que ocultara del todo la parte herida:

—¿Eh, qué tal?.. Estas flores vienen aquí perfectamente. No te quejarás, «galleguito»—añadió dirigiéndose irónico al cadáver de Alvarez, cuyos ojos, abiertos aún, desmesuradamente abiertos, en su mudo lenguaje parecían maldecir á sus asesinos.

Marcet notó que Arriaga temblaba.

—¡Cobarde!—le dijo.—¡Para esto se necesitan hombres de pelo en pecho y no los pusilánimes como tú!

—¡Es que—barbotó Arriaga con desesperada protesta—si yo hubiera sabido que íbamos á llegar á este extremo!..

—¿Y qué hacerle, Juan Pablo, qué hacerle?—le replicó Alzaga, que no salía de su impasibilidad siniestra.

—¡Pues ya lo sabes—le dijo Marcet con su mirada terrible—y cuidado que no se te vaya á escapar ni una palabra, ni un gesto sospechoso, porque al que nos delate le pesará lo mismo y.. ¡andando!—agregó como podría hacerlo un capitán de bandoleros á sus subordinados.

—¿Dónde vamos?—preguntó Arriaga más dominado aún por aquella mirada terrible.

—¡A pescar mojarritas!..—exclamó Marcet en tono de burla sangrienta al repetir la frase que tanta gracia le hiciera al desgraciado Alvarez.—Vamos á la quinta de la familia de Pancho á darle sepultura en la noria.

Y entre los tres tomaron el cadáver y se dirigieron con él hacia la escalera.

Marcet apagó la luz, y mientras bajaban, á tientas, les seguía dando instrucciones á sus cómplices sobre lo que tenían que hacer hasta llegar á la quinta.

Lo subirían en la calesa como si estuviese borracho; lo colocarían, para que no se cayera, entre Alzaga y Arriaga. Marcet dirigiría el caballo; pero, cuidado, había que demostrarse alegres y jaraneros por si encontraban á alguien en el camino. Y así se hizo.

—«¡Vaya, Alvarez, que turca lleva usted!»

—«¡Arriba, hombre, arriba!»

—«¡Tome, fume ese cigarro que le he encendido, porque está usted tan borracho, que no puede hacerlo!»—añá-

dió Marcet, colocándose en la boca al cadáver sostenido ya en la tartana por Arriaga y Alzaga.

Y siguiendo las fingidas burlas y chaçotas, marcharon hacia la quinta de Barracas.

Afortunadamente para ellos, no encontraron, en el largo y enlodado camino, ni un alma.

La noche seguía lluviosa y sólo los alumbraba, de cuando en cuando, la luz siniestra de los lejanos relámpagos.

Y entre aquellas burlas sangrientas al cadáver del desgraciado Alvarez, que Marcet prodigaba más que los otros, llegaron á la quinta.

Alzaga bajó y entró.

Un mastín salió á su encuentro, ladrando furiosamente; pero Alzaga, á quien debió reconocer, lo tomó del collar y lo ató á su cadena.

Poco después volvía á la calesa. Los peones dormían, y como era invierno no había allí nadie de la familia.

Sin hablarse, entraron con la calesa y se dirigieron directamente al lugar donde se hallaba la noria.

Marcet buscó una cuerda: la encontró: la misma tal vez con que el peón aquel midiera la profundidad del pozo.

Entre los tres ataron á ella una gran piedra é hicieron, con el extremo, lo mismo al brazo derecho del cadáver.

En seguida lo soliviantaron y lo arrojaron al pozo.

Se oyó el golpe dado en el agua como chasquido de látigo, y el cadáver, tras la piedra, desapareció rápidamente.

Luego..., nada: ¡un aullido de perro y tres asesinos que volvían en busca del resultado de su crimen!

Y era la una de la madrugada cuando llegaron al centro

Alzaga llevó la calesa á la caballeriza de Moore...

Allí cerca: ya no la necesitaban y no era prudente que los vieran en ella.

Se reunieron de nuevo y marcharon por la calle de Bolívar hacia la plaza.

Antes de dirigirse á la tienda de Alvarez tomaron sus medidas de precaución.

Todo les favorecía: nadie transitaba por allí.

Llegaron á la tienda.

Abrió Marcet, y entraron volviendo á cerrar.

En ese momento se oía la voz del centinela de la cárcel que estaba á pocos pasos, ahí, en los bajos del Cabildo: «¡Centinela, alerta!»

Y otro centinela: «¡Alerta está!»

No podía pedirse mayor ironía, porque allí, frente mismo á los guardianes de la justicia, era donde más seguros se consideraban los malvados.

Encendieron luces: si alguien llegaba á notar el resplandor desde fuera, creería que era el mismo Alvarez quien lo hacía.

Nada más natural: se retiraba tan tarde aquel «tipo...»

Subieron al entresuelo.

Marcet dirigió la mirada interrogadora á todas partes: sobre la cama estaba aún la ropa que el infeliz Alvarez se mudara esa noche cuando, lleno de satisfacción, iba á comprar el instrumento que tanto anhelara obtener.

Marcet empezó en seguida un prolijo examen.

—¡Allí, allí!—dijo Arriaga, señalando el cajón de la mesa y el baúl.

Procedieron los tres al registro de aquellos muebles.

En ellos había una cantidad enorme de letras de cambio, á largos y pequeños plazos, firmadas por respetables comerciantes y otros que no lo eran, pero de gran responsabilidad...

¿De qué podía servirles aquellas letras?

¡Maldición! ¡Tanto dinero reunido, pero inútil!

Siguió el detenido examen. Allá, en el fondo del cajón, aparecieron billetes de Banco, muchos billetes de Banco, y en el baúl montones de onzas..., ¡muchas onzas!

Contaron: ¡había, en total, ochenta mil pesos!

Decidieron repartirse allí mismo aquella suma y recién, cuando concluyeron de hacerlo, notaron que tenían las manos y los trajes manchados de lodo y sangre,

—Hay que hacer desaparecer todo esto -dijo Marcet cuando, hecha la repartición, volvieron á salir con las mismas precauciones que tomaron al entrar.

Y siguieron hacia la casa de Marcet con aquel objeto.

Al llegar á ella, Alzaga exclamó:

—¡Ah, caramba!

—¿Qué? -le preguntaron los otros.

—¡Que he dejado mi puñal en la volante!.

—No importa—le contestó Marcet,—mañana temprano yo iré por él con algún pretexto, pues hacerlo ahora sería imprudente. Conque á hacer desaparecer todo vestigio que pueda comprometernos, y mañana, como ya les he dicho, iremos á la casa de nuestro crimen: haremos lavar con los sirvientes las huellas sangrientas que allí hayan quedado, y cuando se descubra la desaparición de nuestro hombre, seremos los primeros en buscarlo y en manifestar nuestro desagrado por su desaparición, por la desaparición de «nuestro amigo,» de nuestro inseparable amigo... Tú, Arriaga, devuelves las llaves á «misia» Eduvigis, manifestando que la casa no conviene al señor Dehesa y... ¡que venga después el más lince á sospechar siquiera que nosotros hemos sido los autores de esa desaparición! ¡Felices noches, compañeros! ¡A dormir en paz!

La prisión de los criminales

A la mañana siguiente los vecinos del prestamista no extrañaron ver que la tienda permanecía cerrada, pues que, como ellos decían, desde que su dueño empezó á juntarse con aquellos calaveras ocurría eso con demasiada frecuencia.

Marcet, á quien no parecía serle extraña la senda del crimen, pasó la noche pensando sólo en acordarse de algún rastro que pudiera perderlos.. (Y, sin embargo, aquel malvado que en ello discurría, empleó luego testigos que fueron su perdición y la de sus cómplices... No se fijó en las señales sangrientas que de su misma mano dejara estampadas en las paredes de la escalera... ¡Oh, si la dactiloscopia se hubiese descubierto entonces, habría bastado esa prueba para llevarlo al patíbulo!..)

En cuanto amaneció, dirigióse á la cochería donde Alzaga depositara la volante y no encontró el puñal.

—¿Qué busca, señor Marcet?—le preguntó el dueño de la cochería.—¿Un puñal? Lo tengo yo. Lo he encontrado al retirar los almohadones para que no se mojaran. Aquí está.

—Cierto—repuso Marcet.—Alzaga me encargó se lo recogiera esta mañana, pues tiene necesidad de él para una carne con cuero á que vamos á asistir hoy.

Y al tomar el puñal, con disimulada sorpresa, notó que no quedaba en él la mínima huella de sangre.

Como todo criminal precavido, Marcet dirigió la mirada profunda y escrutadora á la del señor Moore, y no notando en él nada que pudiera hacerlo sospechoso, volvió á su casa con el puñal, sin recordar que Alzaga no lo había empleado en el asesinato de Alvarez.

Sus cómplices llegaron poco más tarde, como lo había indicado Marcet. Resolvieron enviar unos sirvientes con agua y cal á la casa del crimen y restregar con esponjas, que compraron, las manchas de sangre que quedaran hasta hacerlas desaparecer...

Marcet creía que con esto bastaba, y pasados unos días, Arriaga devolvería las llaves.

Los asesinos se hicieron ver esa tarde en todos los centros de reunión adonde tenían por costumbre concurrir.

¿Quién, al notarlos tan decidores y alegres como siempre, se hubiera podido imaginar que lo eran?

Cuando alguien extrañó no ver con ellos á su inseparable Alvarez, contestó Marcet que no lo habían visto desde la noche anterior y... esa noche tuvieron la audacia de golpear estrepitosamente en la cerrada puerta de la tienda, llamándolo á grandes voces.

Los tenderos vecinos les dijeron que en todo el día Alvarez no había vuelto.

—¿Quién sabe...—contestaron ellos chacoteando,—tal vez estará durmiendo la mona que tomó anoche!.. ¡Adiós, Pancho, que te pase pronto!—vociferaron marchándose.

Marcet fingía á las mil maravillas.

Por su parte, Alzaga, no salía aún de su inconciencia alcohólica, bebiendo incesantemente, como si quisiera dominar los últimos impulsos de su raza, al extremo que Marcet se vió obligado á pedirle, por repetidas veces, que no se excediera más... ¿Para qué? Ya no le era necesario.

El único que los seguía y obedecía ciegamente, pero siempre con estremecimientos de horror, era Juan Pablo Arriaga, llegando al extremo de mostrarse desesperadamente arrepentido á sus cómplices.

Amaneció un nuevo día y tampoco se abrieron las puertas de la tienda de Alvarez.

Don Angel, su hermano, haciendo un esfuerzo supremo, acudió á sus amigos. Les pidió informes.

—¿Qué informes quiere usted que le demos?—le preguntó Marcet con todo descaro.—Ya lo hemos buscado nosotros por todas partes y nadie nos ha podido dar razón de él.

Don Angel sintió, desde ese instante, lúgubres presentimientos y sospechó de aquellos calaveras, contra los que se hallaba siempre prevenido.

A los pocos días *El Tiempo*, diario opositor al gobierno, en su número del 12 de Julio, decía:

«Desde el sábado 5 del corriente, por la noche, ha desaparecido don Francisco Alvarez, dueño de una de las tiendas que miran al Fuerte, en la Recova. Todas las probabilidades están en que ha sido asesinado fuera de su casa. Si Alvarez ha muerto, como parece cierto, pues ni su hermano ni nadie sabe nada de él, después de seis días y de tan vivas diligencias, no debe haber sido asesinado en la calle ni en ningún sitio encubierto por extraviado y distante que sea. Ya hubiera parecido su cadáver, ya se tendría uno ú otro indicio de los que comúnmente influyen en el descubrimiento de estos atentados. Todos y los que trataban más á Alvarez, prevén, y con razón, que ha sido asesinado «en alguna casa adonde el infeliz sería conducido con engaños por los que habían maquinado robarlo.» Por lo que se ha advertido en su tienda, parece que allí hubo gente en la misma noche en que él desapareció y que no se ha robado otra cosa que moneda. Si es así, hay fuertes motivos para presumir, puesto que no se sabe el nombre del ladrón que ha tomado este nombre, que los mismos que estuvieron en su casa sean los que han tomado la llave, asesinándolo antes con la idea de que quedara secreto el atentado.»

Como se ve, la «sospecha» era perfectamente acertada, y á menos de no tener indicios seguros de lo que había ocurrido, hubiera sido verdaderamente sugestivo el suponerla.

La lectura de ese suelto produjo la natural alarma en el espíritu de los asesinos, á quienes ya se les indicaba como los autores de aquella desaparición.

Sin embargo, la policia, ante la cual nadie había hecho la denuncia hasta entonces, aún no se había dado cuenta exacta de lo que ocurría, ni había tomado, por lo tanto, medida alguna.

Fué Marcet el primero que, con toda audacia, se dirigió al departamento é hizo la denuncia de la desaparición de Alvarez como «amigo íntimo del desaparecido.»

El jefe de la repartición, que lo era el señor Perdriel, prometió tomar las medidas necesarias para descubrir lo que allí hubiera; pero, considerando fuera verdad lo que Marcet aseguraba, de que tal vez aquel «calavera» estaría oculto con alguna mujer, su actuación en ese asunto se manifestó tan débil, que aquel diario publicó otro artículo terriblemente irónico contra la justicia de aquellos tiempos, «que dejaba escapar criminales y no perseguía á los presuntivos delincuentes por consideraciones odiosas.»

Gobernaba entonces, después de la caída de Rivadavia, en la provincia de Buenos Aires, el coronel Dorrego, cuyo gobierno se inició diseñándose de nuevo la maldita anarquía del año 20 en el ambiente político; cuando la corrupción y el escándalo reinaban de tal manera, que por indicación del nuevo gobierno la cámara de justicia llevó á la cárcel á varios escribanos que hacían escrituras falsas, y la policia ordenó, á pesar de todas las protestas que se levantaron entre la gente noctámbula, que las casas de trato se cerraran á las ocho de la noche, por producirse en ellas grandes escándalos y aun crímenes horribles.

Dorrego, por medio de su ministro de gobierno, doctor Rojas, llamó la atención del señor Perdriel sobre lo que decía *El Tiempo*, conminándolo al cumplimiento de su deber «con toda diligencia» en el asunto del desaparecido.

Pasaron algunos días y á pesar de las medidas tomadas por la policia, circunscriptas á las declaraciones de vecinos y comerciantes de la Recova, nada se conseguía que diera la mínima luz en aquel misterio.

Sin embargo, en los diarios y en el referido *El Tiempo*, sobre todo, *El Liberal*, y aun la misma *Gaceta*, en todos los círculos sociales y en los acuerdos de gobierno, no se hablaba sino de «aquel crimen.»

Ya había tenido noticia el gobernador de aquellas parrandas y aquellos escándalos bochornosos, producidos por «los cuatro inseparables» y estaba resuelto, á pesar de la alta posición social de la familia de Alzaga y de las buenas relaciones del padre de Arriaga, á reprimirlos de una manera ejemplar, cuando llegó á él la desaparición misteriosa de Alvarez.

Y la «vox populi» afirmaba cada vez más que el tendero de la Recova había sido asesinado, y que no eran extraños á aquel crimen sus «amigos.»

Marcet llegó á desconfiar de que Arriaga le hubiera contado algo á Azcuénaga, con quien lo vió por repetidas veces reunido.

Se lo dijo á Alzaga, proponiéndole la desaparición también de su cómplice, del que sospechaba

—En tal caso—le contestó Alzaga,—quien debe desaparecer es Azcuénaga.

—Llevándolo á un paraje oculto..., ¿no te parece?

—No—repuso Alzaga, arrogante,—en un duelo á que yo lo provocaré.

Y desde entonces buscó á Azcuénaga, invitándolo á paseos y diversiones á los que aquél no asistía bajo distintos pretextos.

Arriaga también eludía, cuanto le era posible, la presencia de sus cómplices.

Una mañana se encontró con Azcuénaga, que marchaba hacia la casa de gobierno con varios amigos.

Ellos hablaban, discutían algo extraordinario, según el gesto y las exclamaciones que hacían.

Arriaga se les acercó á saludarlos; pero, con asombro de su parte, notó que ninguno le devolvió el saludo y que se alejaban de él en actitud despreciativa.

Arriaga, no sabiendo á qué atenerse, les increpó su proceder, y Azcuénaga le replicó indignado:

—No debe extrañarte que así te tratemos. Los hombres honrados no pueden rozarse con los que están sindicados de asesinos y ladrones.

—¿Quién es el asesino? ¿Quién es el ladrón?—preguntó Arriaga, después de un momento de anonadadora estupefacción.

—¡Tú!—le replicó Azcuénaga, siempre despreciativo.

Arriaga palideció intensamente; se le cayó de la boca el cigarro que fumaba; pero reaccionando:

—¡Miserable!—exclamó, lanzándose á él.

—¡Eh—le dijo otro de los jóvenes conteniéndolo,—no es el momento de hacerse el valentón! Si lo que dicen no eres, ve á sincerarte.

—Y si lo logras, estaré á tus órdenes—añadió Azcuénaga, siguiendo con sus amigos.

Arriaga se encontró aturdido por breves instantes; luego, como poseído de una extrema resolución, se dirigió al departamento de policía y pidió hablar con el jefe, que lo recibió amablemente:

—¿En qué puedo servirle, mi amigo?—le preguntó.

Arriaga le manifestó lo que acababa de ocurrirle; lo que se decía; lo que se aseguraba, con respecto á la presuntiva muerte de Francisco Alvarez y del robo en su tienda.

¡Le pidió que lo constituyera inmediatamente en prisión y que levantara un sumario para desvanecer la infame calumnia que se había cebado en su inocencia!

Su explicación fué larga y el estado deplorable en que se hallaba la hizo más aún.

El jefe de policía lo escuchaba en silencio, y cuando terminó le dijo sonriendo:

—Comprendo que usted busque, por todos los medios posibles, destruir esos malos desvanecimientos, pero me es imposible acceder á lo que usted me pide.

—¿Por qué, señor jefe?

—Porque hasta ahora no tengo, respecto de usted, ninguna sospecha y no puedo obrar sino por lo que consta del sumario que se está levantando.

Y era en vano que Arriaga insistiera nuevamente, cuando llegó al despacho del jefe un oficial de la casa de gobierno portador de un pliego urgente.

El jefe pidió permiso á Arriaga para enterarse de lo que el gobierno le comunicaba.

— ¡Qué casualidad! —le dijo, después de leer:— El señor ministro de gobierno me pide, por orden del excelentísimo señor gobernador, que proceda no sólo á su detención, sino á la de los señores Jaime Marcet y Francisco Alzaga. Está usted complacido, señor Arriaga, y como creo que todo esto no pasará de una mera fórmula, voy á escribir dos letritas á esos caballeros para que vengan. Sirvase, entonces —añadió, tocando un timbre,— esperar el momento oportuno en la habitación á que van á conducirlo.

Y hablando en voz baja con el ordenanza que acudió, le hizo señas á Arriaga de que lo siguiera.

Cuando Arriaga supo la nueva resolución del jefe, ordenada por el gobierno, un frío estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Tendría que soportar un careo con sus cómplices y tal vez le faltaría la serenidad necesaria. Por otra parte, á pesar de haber tomado todas las precauciones que creyeron necesarias, se habían olvidado de ponerse de acuerdo en las respuestas por si llegara el caso. Arriaga se consideró perdido; pero confió en la astucia de Marcet y se repuso.

El jefe de policía, como se lo había manifestado, escribió á los amigos de éste pidiéndoles se sirvieran venir inmediatamente al departamento.

Pocos momentos después llegaba Jaime Marcet.

Francisco Alzaga había desaparecido.

VI

La revelación

Desde la noche del crimen, Alzaga bebió más que de costumbre, como ya lo hemos hecho notar.

Puede decirse que pasaba los días y las noches bebiendo; pero su poderosa naturaleza resistía aquellos excesos al extremo de que sólo excitándolo se demostraba en los impulsos de la embriaguez.

Una fuerza misteriosa, de que él mismo no sabía darse cuenta, lo atraía constantemente al sitio donde ocultaran los restos del desgraciado Alvarez.

Vagaba en la espaciosa quinta; en el bosque de naranjos, en aquella inmensa alfombra de violetas...

Y cuando, maquinalmente, se acercaba á la abandonada noria y lo notaba, se estremecía; miraba, con ojos de espanto, el oscuro pozo y huía de allí como si vislumbrara algo terrible; pero no se alejaba mucho: de la quinta de la familia pasaba á las otras quintas de los conocidos, de su amigo Carlos Terrada, ligada tradicionalmente su familia con la suya.

La vispera del día en que su cómplice Arriaga se viera obligado á presentarse al jefe de policía, se encontraba en Santa Lucía, y Alzaga mandó ensillar uno de sus mejores caballos de carrera.

Montó en él y, primero al tranco y luego al galope, se dirigió á las curtiembres, cuyas «barracas» se encontraban en la Boca del Riachuelo.

Pasó la tarde allí y cuando volvió ya era de noche. Pensaría seguir hacia la ciudad por junto á las barrancas de la Convalecencia y llegar así á su casa; pero, la fatalidad, sin duda, de su destino, hizo que se detuviera en la puerta de la quinta de Terrada donde el sirviente, que cuidaba una tartana, le dijo que el «niño» se hallaba en la sala, acompañado de unos amigos que habían llegado en aquella volante.

Alzaga bajó del caballo que ató á un poste y entró en la quinta, dirigiéndose á la sala.

Los que allí estaban, en animada conversación, al verlo se sorprendieron y callaron.

Entre ellos se encontraba Azcuénaga.

Alzaga debió notar la desagradable sorpresa que su presencia producía pareciéndole incómoda.

Notó aquel silencio que también le pareció significativo; que Azcuénaga era el que se demostraba más desagradado con su llegada, y sin saludar á nadie, pero encarándose con él, le dijo, sin ocultar á su vez la mala impresión que aquel recibimiento le producía:

—¿Por qué callan cuando yo llego? ¿Acaso estaban hablando mal de mí?—le dijo.

—No, Francisco—le contestó su amigo Terrada, dueño de la quinta, yendo á él cariñosamente.—Aquí nadie hablaba mal de ti, ni yo lo consentiría. Nos ocupábamos de lo que todo el mundo se ocupa hoy: de la misteriosa desaparición de tu amigo Alvarez.

—Sí, pues—añadió Azcuénaga;—de esa desaparición misteriosa y—repuso con cierta intención—de los extravagantes runrunes que en los círculos se propalan.

El semblante de Alzaga se demostró más alterado. Su mirada hosca y profundamente sombría, llegó á concentrarse con la de aquel joven, que, á pesar de ser su amigo, tan antipático le era.

Debió recordar en ese instante las sospechas de Marcet;

sus deseos de provocarlo á un duelo para que no repitiera lo que, en el seno de la confianza, le habría comunicado Arriaga. Debió entrever en la comisura de sus labios y en el resplandor de sus ojos, un mohín represivo y que aquel mismo gesto se demostraba en los demás; que los demás lo observaban con cierta reserva y, en un arrebatado de cólera y de su ya acostumbrada inconciencia, exclamó:

—¡Basta ya de darle importancia á esa «basura!» ¡Si ha desaparecido ha sido porque nosotros lo hemos muerto!.. ¡Estábamos cansados de él! ¿Qué hay?—preguntó, en una transición amenazadora, fuera de sí y desafiándolos, á su vez, con su mirada.

Tan tremenda revelación, hecha por el mismo Alzaga, produjo en aquellos jóvenes el mayor asombro; pero Alzaga, sin darse cuenta de ello, no se detuvo; siguió y siguió hablando á borbotones. Lo contó todo, todo lo que había ocurrido, menos el sitio donde habían ocultado el cadáver, porque al llegar ahí cayó en un sillón de vaqueta y ocultando el rostro entre las manos, cesó de hablar.

—Desgraciado, ¿qué has hecho?—le preguntó Terrada, cuando ya habían desaparecido de la sala y marchaban en su coche hacia la ciudad, Azcuénaga y sus amigos.

Alzaga se quitó las manos del rostro, giró la vista en torno y clavando la mirada en su amigo, como si despertara de un sueño horrible, le preguntó:

—¿Qué he dicho?—como si no se diera cuenta de lo que acababa de revelar, y sorprendido de la ausencia de los otros.

Terrada le repitió sus palabras que escuchó consternado. Cuando concluyó Terrada, Alzaga, en el que parecía haberse disipado el mareo alcohólico, le dijo:

—¡Todo es verdad! Ahora, Carlos, puedes entregarme á la justicia—añadió, lanzando un suspiro que más parecía lamento.

—¿Me crees capaz de semejante acción? Crees que yo propendería á la mayor deshonra del nombre respetado

que llevas? Sabes los antiguos lazos que nos unen y á pesar de ese crimen, verdaderamente espantoso, me tienes á tus órdenes.

—¿Qué debo hacer?—le preguntó Alzaga, después de un momento.

—Huir, huir inmediatamente. Yo te ayudaré á hacerlo.

—¿Y Catalina?—volvió á preguntarle.

—Huye con ella si se decide á seguirte. Y... no perdamos tiempo: ve á tu casa, recoge lo que puedas, vente con Catalina, que yo mientras tanto trataré de prepararos la fuga. ¡Ah!, antes, escríbele á tu hermano Félix dos líneas, tu hermano tan pundonoroso, que recibirá un golpe terrible con la revelación que yo le haré repitiéndole tus palabras.

—¡Pobre Félix... ¡Oh, no!

—Es indispensable; estoy seguro de que Félix me ayudará á salvarte. Toma, aquí tienes papel. Escribe.

Alzaga escribió la siguiente carta:

«Querido Félix: Es inútil que te diga una palabra respecto á la razón de esta carta, porque cuando la recibas tú estarás ya en tantos antecedentes como yo mismo. Me limito á decirte que para salvarme y huir necesito tu protección con la que cuento en toda su eficacia. Si necesitas más datos, Carlos Terrada, dador de ésta, te los proporcionará. Perdón y adiós por la vida.

»*Francisco Alzaga.*»

»Te prevengo que no quiero salvarme por mí mismo si no salvar el apellido en lo que se pueda.»

Se la entregó á su amigo. Salió, montó de nuevo en su caballo y dirigióse á galope á la ciudad.

Llegó á su casa y... todo aquel lujoso mueblaje, en el que hacía tiempo no fijaba la mirada; todos aquellos objetos, que con dulces ensueños adquiriera...; cuántos recuerdos traerían á su imaginación en ese instante! ¡Testigos mudos de su felicidad .., de su encantadora luna de miel!.. ¡De su enlace con aquella «Estrella del Norte;» con aquella

imponderable mujer que tanto adoraba y por la que todo lo hubiera sacrificado!.. ¡Y allá, junto á su nido de amor inefable, la cuna de su hijo, que dormía, dormía con el sueño de los ángeles..., aquel hijo cuyas caricias y sonrisas abandonara para vivir en la crápula y el vicio degradante; trocadas sus cariñosas manecitas por el puñal del asesino, del asesino vulgar, del más repugnante de los asesinos!..

¡Oh, cuánto debió sufrir aquel hombre nacido para tan execrable destino!

—¡Catalina!.. ¡Catalina!..—exclamó, al encontrarse con ella en su pequeño gabinete de vestir, contemplando, embelesada, el brillo de los diamantes del último aderezo que su Francisco le comprara!..

¡Cuán ajena estaría de la horrible realidad!..

—¡Prepárate..., prepara á nuestro hijo—la dijo Alzaga, con voz nerviosa y precipitada,—porque tenemos que hacer un viaje lejos, muy lejos, inmediatamente!

—¿Qué dices, Francisco?.. ¿Que debemos hacer un viaje lejos, muy lejos, inmediatamente?—repitió ella en un colmo de asombro interrogante.—No te entiendo.

—Sí—añadió Alzaga,— es indispensable... ¡Debemos irnos para no volver jamás!

—Pero...—preguntó Catalina con dudas y sorpresas manifestadas en su rostro—¿qué causa tan tremenda puede haber para esa precipitada resolución? ¿Estás loco, Francisco?

—¡No, Catalina...; mi Catalina, no! ¡Si no lo realizamos hoy, mañana será tarde!

Y Alzaga, haciendo los mayores esfuerzos y con todas las angustias de su alma, le confesó su crimen... ¡De todas maneras tendría que saberlo!

¡Mientras tanto, el semblante de Catalina se demudaba, dirigiéndole miradas que expresaban indignación, odio, desprecio, miedo, terror!

—Conque es verdad—dijo al fin.—¿Conque es verdad lo que me parecía increíble y que todo el mundo aseguraba?.. ¡Tú, un Alzaga, asesino y ladrón!.. Tú, asesino de un

hombre bueno, de un hombre que se envanecía y se honraba con llamarse tu amigo..., tu amigo íntimo!..

— ¡Fui inducido, Catalina, en un mal momento por ese miserable de Marcet! — murmuró Alzaga, como si tratara de disculparse.

— ¿Y en dónde dejaste la fortaleza de tu raza que así se debilitó?.., en el lodo de tu crimen, ¿verdad? ¡Y habrás comprado, quizás, con la sangre de aquel desdichado esta joya maldita!.. — añadió, arrojando con horror el aderezo que con tanto placer contemplara momentos antes.

— ¡Catalina.. , sigueme! — exclamó Alzaga.

— ¡No! ¡Yo seguir á un asesino!.. ¡Primero muerta! ¡Vete, desgraciado, vete donde no te alcance la justicia de los hombres!..

Alzaga debió sentir que se le hacían pedazos las fibras de su corazón y á pesar de ello... ¡vivía! Un vértigo de sangre enrojeció sus ojos por un instante; pero luego se repuso para decirle:

— ¡Me llevaré mi hijo! y dirigióse á la cuna donde el niño dormía; pero Catalina, ahogando un grito, un grito de madre, se interpuso imponente, diciendo:

— ¡Se queda con su madre honrada, y si pretendes hacer lo que dices, daré voces, acudirá gente y te conducirán á la cárcel!

Muy fuerte debió ser aquel hombre cuando pudo resistir de labios de aquella mujer, que tanto adoraba, semejantes palabras; cuando en una transición inescapable, la dijo entonces, con súplica infinita:

— ¡Déjame al menos darle el último beso!

Catalina no pudo resistir la inmensa tristeza de aquella mirada, la intensidad de aquel ruego en los labios de un hombre acostumbrado á no rogar en los días felices y que así se demostraba padre en los momentos más terribles de su vida y, volviendo el rostro, dejó que Alzaga se acercara á la cuna y besara á su hijito sin despertarlo. Luego, contuvo las lágrimas que pugnaban por aparecer en sus ojos, y en silencio, con el ademán tan sólo, le pidió que se alejara...

«—¡Adiós, mujer querida!.. ¡Contigo y con mi hijo se queda mi alma!»—exclamó Alzaga, y salió de allí, llevando un infierno en el corazón.

Volvió á montar á caballo y dejó que éste galopara á su antojo hacia la querencia.

¡Oh, si en aquel instante la justicia le hubiese salido al encuentro, es seguro que Alzaga se habría hecho matar.

¡Pero aun le restaba otra inmensa emoción!

Cuando volvió á la quinta de Terrada, allí lo esperaba su hermano.

Aquella entrevista colmó los dolores de su arrepentimiento.

¡Un mar de lágrimas silenciosas bañaron los rostros de aquellos dos seres tan distintos!

No hubieron recriminaciones, disculpas ni arrepentimientos.

¿Para qué? Aquella tremenda desgracia ya no tenía remedio.

Francisco le habló de lo que le había pasado con Catalina...

—Tu hijo — le contestó Félix—vendrá á mi lado y se criará junto con los míos.

— ¡Y cuando sepa el crimen de su padre, se morirá de vergüenza!..

—Ya cuidaré yo de que nunca lo sepa. Por triste que me sea decírtelo, para él su padre habrá muerto... ¡muerto gloriosamente! ¡Adiós, Francisco, adiós para siempre, hermano mío!.. Carlos tiene todas las instrucciones para tu fuga... ¡Adiós!

—¡Para mi desgraciada madre, Félix, á la que no puedo darle el último adiós —exclamó Francisco, besándolo al abrazarlo.

Félix le había entregado á Terrada un paquete de onzas; todo el dinero de que podía disponer en aquellos momentos para su hermano.

Le había dado, además, una carta para un amigo de toda su confianza que tenía embarcaciones en el Riachuelo, con objeto de que, disfrazado, condujera á Francisco á

la Colonia: pero, Alzaga tuvo que permanecer aún varios días oculto en la quinta de su amigo Terrada, adonde fué la policia á buscarlo, sin encontrarlo.

Huyó al fin, no se sabe fijamente si atravesando el gran río ó si en los lomos de los excelentes caballos de los Montes Grandes, que eran, como ya lo hemos dicho, los más invencibles «parejeros» de aquellos tiempos.

VII

El cuerpo principal del delito

Las columnas de los diarios seguían llenándose con los datos obtenidos de aquella causa, la más impresionante de todas las ocurridas en aquellos tiempos.

«Están presos — decía *El Tiempo* del 17 de Julio — los individuos que nos abstenemos todavía de nombrar.

»Parece que son vehementes los indicios que obran contra estos individuos.

»De las indagaciones de la policía resulta, según se asegura, que los dos hombres que están detenidos tenían alquilada hace tiempo una casa de altos, que no estaba habitada y que no lo está aún; que algunos vecinos han visto entrar y salir gente de ella en la noche del 5 de Julio; que el jefe y el médico del departamento de policía han estado en dicha casa, cuya llave estaba en poder de los reos indicados y han encontrado en ella señales de haberse cometido recientemente un asesinato ó al menos haberse derramado sangre. Se dice que algunas pequeñas manchas se observan en las paredes; que en algunas partes se conoce que ha sido lavado el suelo; que hay señales de haberse arrojado á la letrina alguna cosa ensangrentada; que el médico de policía, en fin, ha tomado una cantidad de tierra, extendida superficialmente sobre el piso de una de las

habitaciones y de los experimentos que ha hecho resulta haberse derramado mucha sangre en aquel sitio. El hecho es que detenido en la casa central del departamento de policía uno de los individuos indicados, fué pasado, anteayer á la tarde, á la cárcel pública, donde existe en incomunicación y donde se ha puesto preso del mismo modo á otro relacionado compañero de aquél.»

Y á pesar de las repetidas protestas de esa misma prensa y del público en general «contra la desidia de la policía,» contra «la discutida rectitud de los jueces,» contra el mismo gobierno «que no procedía con la energía necesaria para compeler á aquellas autoridades al cumplimiento de su deber,» el gobierno y la policía no descansaban en la prosecución de aquel sumario de prevención que ya arrojaba serias y terribles sospechas sobre los dos individuos, cuyos nombres se abstenia de nombrar *El Tiempo* y que no eran otros que Arriaga y Marcet.

Y tanto es así que, pasada la causa al juez de primera instancia, doctor don Bartolomé Cueto, el gobierno dirigió la siguiente nota á la excelentísima cámara:

«El gobierno se halla instruido de que con esta fecha ha pasado á un juzgado de primera instancia la información levantada por el departamento de policía sobre el asesinato perpetrado en la persona de Francisco Alvarez.

»Las circunstancias del suceso horroroso han conmovido los ánimos de todos los habitantes de la capital, cuya poderosa opinión reclama con justicia el pronto castigo de los culpables, con arreglo á las leyes.

»El jefe de policía, correspondiendo dignamente al delicado cargo que desempeña, ha demostrado que es en vano ampararse de las tinieblas y tomar todas las precauciones imaginables, cuando el celo y la actividad del hombre público se empeñan en descubrir el crimen.

»Esta causa es ya del público y por eso es que el gobierno, encargado de la ejecución de las leyes, ha dispuesto que el excelentísimo tribunal de justicia incite al juez de primera instancia respectivo, para que «única y exclusivamente» se ocupe de ella hasta su terminación.

»El gobierno espera confiadamente que los magistrados á cuyo cargo se halla la aplicación de las leyes, corresponderán á tan delicado ministerio.

»El infrascripto, ministro general de gobierno al excelentísimo tribunal de justicia, con su mayor consideración.—*José María Rojas.*»

Compelido de tal suerte, el juzgado trabajaba incesantemente, habilitando días y horas para las declaraciones de los sospechosos criminales, que persistían en una absoluta negativa, que se desdecían en sus contradicciones cuando venían los careos, que se defendían prodigiosamente, y en especialidad Marcet, que se demostraba furiosamente irónico contra la mínima sospecha, que enrostraba al mismo juez su impericia para dar con los verdaderos autores de aquel asesinato, «en el que él no creía.» «Y si era así, ¿dónde está el cadáver?» — «Es cierto que Arriaga alquiló esa casa condicionalmente y si lo hizo así fué para mí, pues siendo yo casado hubiera escandalizado á los timoratos y llamado la atención... Las manchas de sangre que allí se han creído encontrar las quise yo hacer desaparecer para no dar que sospechar cuando se devolvieran las llaves. Y ya que se me obliga á decirlo, son el producto de un aborto, de un aborto de una mujer cuyo nombre no se sabrá jamás por mi conducto.»

Esta declaración tendía, naturalmente, á despistar á la justicia y Marcet lo consiguió por un momento sabiéndose, como se sabía, sus adúlteros y ocultos amores con la joven Mercedes Rossi... ¡Pero la justicia reaccionó en seguida ante las infinitas declaraciones de los testigos, cuyo número fué tan grande que pasaron de noventa! Con ellas se comprobaba, de una manera concluyente, que aquellos dos hombres y el fugado, debieron ser los asesinos de Alvarez: Azcuénaga lo probaba dando todos los detalles confesados á él y á sus amigos por el mismo Alzaga.

La causa debía pasar á plenario: pero... ¿dónde estaba el principal cuerpo del delito? ¿Dónde el cadáver de Alvarez? ¿Se podía, acaso, acusar ni menos sentenciar sin ese indispensable requisito?

La policia habia hecho cuantas indagaciones estuvieron á su alcance.

Coordinando datos, sospechas y afirmaciones de los mismos testigos, no cabia la menor duda de que el cadáver fué transportado en la tartana de Alzaga; pero, ¿adónde? La justicia supuso, y no suponía mal, que lo habrían enterrado en la quinta de la familia de aquél y comisionó á un comisario para que hiciese las más minuciosas indagaciones.

El comisario, acompañado de hombres expertos, se trasladó á la quinta, y llenados todos los requisitos legales, procedió al más minucioso examen en cuanto rincón allí habia, examinando el terreno detenidamente; pero todo fué inútil: ¡ni el más pequeño rastro! ¡Y sin embargo, no se les ocurrió que el cadáver podría encontrarse en el fondo de la noria vieja!

¡Nada les llamó la atención; ni siquiera los ladridos del mastín atado á una cadena, que se debatía furioso desde que llegaron hasta que se fueron, ladrando hacia aquel punto!.. Era natural: ¡el perro ladraba al ver aquella gente extraña en la quinta!

¡Y contaban después, los viejos quinteros de Santa Lucía, que, á los pocos días, unos muchachos que iban con frecuencia á la quinta á cazar pajaritos furtivamente, notaron que el perro aquél, con el que se habían hecho muy amigos, se hallaba suelto y les ladraba y corría hacia la noria; que allí se detenía gruñendo y meneando la cola, mirándolos con tanta significación, que los muchachos se acercaron, é impulsados por el gesto del perro, se asomaron al pozo y vieron un brazo humano, descarnado, que señalaba al cielo! Ellos, llenos de terror, corrieron á casa del alcalde á darle cuenta. El alcalde llegó inmediatamente, corroborando lo que aquellos muchachos vieron. Un brazo descarnado, cuya mano descarnada también, señalaba al cielo, y tras el brazo, un cuerpo de hombre...

«El jueves (24 de Julio) á la una del día — dice *La Gaceta* — tuvo parte el jefe de policia, dado por el alcalde de Barracas, donde le avisaba que la circular librada por el

exponente para la investigación del paradero del cadáver del señor Alvarez, había practicado las diligencias correspondientes; que en esas circunstancias uno de los tenientes le dió parte de que en una quinta de Barracas había observado en una noria abandonada que flotaba en el agua una mano por lo que infirió fuese un cadáver. Luego que la policía recibió este parte, inmediatamente ordenó que custodiase el lugar designado, mientras oficiaba al comisario respectivo para que pasase á hacerlo. En cumplimiento de la orden que se libró por el departamento — dice el comisario, — pasé á la dicha quinta conduciendo el cadáver en carro, hasta la casa central de policía donde se hizo el reconocimiento legal y resultó ser la persona de don Francisco Alvarez. A las cinco fué conducido á la iglesia de San Francisco, á petición de sus deudos, y allí fué enterrado.»

La Gaceta concluye pidiendo la substanciación de la causa á la mayor brevedad posible.

Por su parte, *El Tiempo* del sábado 26 describe la aparición del cadáver y termina diciendo: «Ya existe, pues, el cuerpo principal del delito y esperamos que esta causa será una de las más probadas cuando llegue á terminarse.»

El Liberal de la misma fecha, atribuye á móviles innoles el pedido de circunspección por parte de la justicia en esa causa: «Ahora que hay el cuerpo del delito, esa substanciación debe hacerse cuanto antes.»

Por su parte, el gobierno, tres días después, dirigióse nuevamente á la cámara extrañando la morosidad del juez. La cámara interpela al doctor Cueto y éste contesta en una larga nota poniendo de manifiesto los muchísimos inconvenientes con que tropieza para la substanciación.

Y la ansiedad demostrada en los círculos, en la casa de justicia, en la sala de representantes, en la de gobierno, en la prensa, en todas partes, porque se terminara aquella causa con un escarmiento ejemplar, fué de pronto sorprendida con la publicación de un documento, verdaderamente

extraño, especie de proclama filosófica, oración fúnebre, perdón, anatema, que el heredero del muerto, su hermano, don Angel, presentaba como «homenaje de gratitud» y «tributo de dolor» «á la humanidad» y «á la justicia del pueblo.»

Da idea de una de las costumbres de aquellos tiempos y por eso lo reproducimos íntegro:

«A la memoria de un hermano inocente, víctima del crimen más atroz. Habitantes del virtuoso pueblo de Buenos Aires: el momento en que la Providencia ha descubierto los planes del crimen y revelado el misterio é iniquidad con que los asesinos habían encubierto el homicidio más alevoso y famoso, señalando el sitio donde se había sepultado el cadáver de mi hermano.

»Este momento en que su sola vista ha hecho estremecer al más frío de los espectadores, es el momento también en que mi corazón no puede menos de desahogarse publicando su agradecimiento y su dolor.

»¿Qué sería de los mortales que sufrimos estos grandes golpes de desgracias, si no halláramos en nuestros semejantes la compasión y en nosotros mismos la facilidad de agotar por las lágrimas y el doliente grito las angustias que nos abrogan?

»¿Qué sería de la existencia del padre, del hijo, del hermano, que salvaron de la crueldad del homicida, sin los sentimientos consoladores y vitales de la gratitud, que se excita, cuando ése nos compadece y del amor que se enciende cuando se nos despoja para siempre de lo que más amábamos?

»Ciudadanos: estos sentimientos que despiertan celos con el golpe del mismo puñal homicida, á despecho del crimen, poniéndose al lado de la justicia pública en venganza de la inocencia sacrificada, son los únicos que me han podido dar resistencia para sobrellevar la pérdida de un hermano y el tiempo bastante para publicar á la faz del mundo, que apenas se le hizo desaparecer del seno de la sociedad, todos y cada uno de los habitantes de este pueblo tomaron el más vivo interés en saber el modo cruel

como habían concluido con sus días, y en proporcionar á la ley los medios de vengar su muerte en sus asesinos.

»A esta fiscalía honorable y virtuosa, digna de este pueblo, unida á la autoridad ejemplar de los magistrados, se debe haber descubierto el cuerpo del delito, y convertido en evidencia la obra nefaria de las tinieblas.

»El día 24 se presentó á la expectación pública el cadáver de mi hermano, don Francisco Alvarez, y todos volaban á ser testigos de un descubrimiento en el que, si no habían tenido parte sus afanes, la habían tenido sin duda los deseos vehementes de la natural justicia.

»Si hubiera algo más estimable que la vida, sería el interés de un gran crimen; mi hermano convertido en cadáver, me arrancaría hasta la última lágrima reservada para el mayor dolor, pero la compasión y el luto de millones de ciudadanos produjeron en mí un nuevo género de sensaciones, que se conocen bien en aquellos momentos, pero que no se pueden explicar jamás.

»¿Y cuántos habría entre los concurrentes á quienes mi hermano colmaba de beneficio?

»Por mucho tiempo se derramarán lágrimas entre la clase menesterosa á quien él pagaba con largueza sus servicios y socorría pródigo sus necesidades.

»Los asesinos no han muerto á un hombre grande por sus talentos, ó memorable por sus proezas; pero sí han privado á la sociedad de un ciudadano honrado é industrial; le han arrebatado sin duda un hombre sensible y humano con sus semejantes, generoso y sincero con sus amigos...

»Estas palabras me hacen estremecer todavía...: ¡sus amigos!..

»¿Y quiénes han sido sus verdugos? ¿y de qué modo? ¿y por qué interés?

»¡Ojalá no presumiese como hombre lo que ignoro como ciudadano!

»De lo que sí estoy seguro es, que si á mi hermano, muerto alevosamente el 5 de Julio, le fuera dado tener un

sólo instante de vida, lo emplearía en perdouar á sus asesinos. ¡Tal era su bella alma!

»¡Y ha sido asesinado por una vil suma!

»¿Y no habia más medio que su muerte y una muerte tan bárbara como alevosa?

»¡Siquiera los homicidas le hubieran robado no más!..

»¡Siquiera le hubieran puesto la vida al precio de toda su fortuna!

»¡También en la mia, la hubiera yo sacrificado por salvarlo!..

»¡Pero tuvieron la ferocidad bastante para ensordecerse á las primeras y dolientes quejas de la amistad traicionada!..

»¡No se estremecieron siquiera en los últimos ayes de aquella vida inocente que arrancaba su péfido puñal!..

»¡Asesinos de mi hermano infeliz! Sabed que todos los bienes empapados en sangre que me ha legado vuestro crimen, no valia una hora sola de la vida de esa vuestra victima, y si sois capaces de arrepentimiento, recordad también ahora, que más fácil os fuera haber conquistado de su generosidad ó, si queréis, de su timidez, todo el oro que buscabais, que haberlo poseído por los medios horribles de la traición, de los puñales y de la muerte.

»Quizá ya lo habréis conocido, aunque tarde; pero aún os resta sentir, que este remordimiento y los que siguen á la perfidia y alevosía, son los mejores vengadores del inocente que pereció y de la familia que lo ha de llorar.

»Por lo que á mí toca y honrando la memoria de mi desgraciado hermano, yo compadezco, como el primero, á sus asesinos y, más generoso que lo que ellos tuvieron de crueles, como hombre, los perdono, y en clase de ciudadano, capitulando con mi deber, no me presento como acusador.

»¡Ciudadanos!..: compadezcamos todos á los criminales, cualesquiera que sean. Sobrados acusadores tienen ellos en la execración pública, en los testigos de su crimen y en la tenebrosa conciencia.

»Dejémoslos, pues, en manos de la ley, que haga su deber; yo lleno el mío, pidiendo á los amigos de mi hermano rieguen su tumba con las últimas lágrimas de una separación eterna, y publicando este homenaje de gratitud á la humanidad y á la justicia del pueblo y este tributo de dolor á la memoria de mi hermano, inocente víctima del crimen más atroz.

»*Angel Alvarez.*»

VIII

Sentencia y ejecución

Y pasada la impresión conmovente que ese extraño documento produjera en el público, acrecentóse aún más, cada día, cada hora, cada minuto la inquietud violenta: en los hogares de la aristocracia se hablaba de «eso» en voz baja, con incrédulo horror. ¡Es que allí se creía inconcebible que aquellos jóvenes «tan distinguidos, tan simpáticos, como lo eran Alzaga y Arriaga, pudieran haber llegado al extremo de convertirse en actores del más espantoso de los crímenes!» Y repetían el nombre de Marcet como el más culpable de todos, arrojando sobre él las más siniestras sospechas, los datos más monstruosos que imaginarse puede. Había quien aseguraba que por repetidas veces intentó envenenar á su mujer, aquel ángel de bondad, aquella madre modelo... Es que por sus papeles, que secuestró la justicia, se sabía que allá en su tierra había sido un pájaro de cuenta: que no lo desterraron por causa política, como él decía, si no que había huído por estar complicado en un famoso robo... El y sólo él había inducido á aquellos desgraciados jóvenes á la senda del crimen... «¡Oh, las malas compañías, las malas compañías!»

Y en las reuniones de cafés, pulperías, círculos y corrillos se seguía hablando y no se discutía otra cosa en voz

alta y aun á gritos, que de las influencias para los jueces, que de la debilidad de los jueces para sentenciar como correspondía á los grandes criminales, «que hoy asesinaban y mañana se les ponía en libertad por la recomendación de tal ó cual prócer,» á propósito de aquel «otro caso...»

—¡Oh, ya verán, ya verán, como el gobierno hace que este asunto quede en agua de borrajas... Tienen muy alto el copete esos ladrones y asesinos para que se atrevan á bajárselo!

Y todos estos runrunes debieron llegar al coronel Dorego... ¡Oh, sí!, llegaron porque día tras día mandaba mensajes al juez para que terminara de una vez.

¡Por fin, el doctor Cueto le dió traslado al ministerio público, que debía expedirse en la acusación, ya que el hermano desistía de ella!

Era fiscal nuestro glorioso autor del himno nacional, doctor López y Planes, el que, después de estudiar detenidamente las constancias de autos, se expidió en una larga vista que concluía manifestando que los reos «se habían hecho indignos de ser tratados como hombres,» estableciendo para ellos una pena que los mismos acusados, Marcet y Arriaga, pidieron que se les hiciera pedazos antes de imponérsela: «doscientos azotes por las calles, cuatro horas de vergüenza pública y destierro perpetuo.» Para el prófugo Alzaga sólo pedía esto último.

Es indescriptible el efecto de reprobación que aquella vista produjo en todas partes haciéndose eco de él las columnas de los diarios y especialmente *El Tiempo*, que fustigó de una manera terrible al magistrado. La misma *Gaceta* que era órgano del gobierno, decía:

«¡Cómo se concede la vida á unos hombres que el mismo fiscal declara que son indignos de ser tratados como tales y se deja en libertad á unos monstruos para que residan fuera de Buenos Aires!!»

Y en los círculos y corrillos, se gritaba: «¡No, no, la horca, la horca para esos monstruos!»

Y la prensa, unánimemente, se hacía eco de ese grito: «¡La horca!»

En seguida el juez mandó fijar, en las esquinas públicas, el siguiente edicto:

«El doctor don Bartolomé Cueto, juez de primera instancia en lo criminal de esta ciudad y su jurisdicción, etc.

»Por el presente cito, llamo y emplazo á Francisco Alzaga, reo en la causa criminal que de oficio se sigue, por el asesinato y robo cometido en la persona y bienes de don Francisco Alvarez, la noche del 5 del mes próximo pasado, para que, dentro del término de tres días, se presente en la cárcel pública para ser oído en justicia: bajo apercibimiento de que si no lo hiciere, se le seguirá la causa en los estrados del juzgado, hasta la sentencia definitiva, pues por decreto de ayer así lo tengo mandado.—Buenos Aires, 10 de Agosto de 1828.—*Bartolomé Cueto*.—Por mandato del señor juez.—*Miguel Mogrovejo*.»

Y pasado ese plazo el juez, apresurado por el superior tribunal y por el gobierno mismo incesantemente, pronunció sentencia, la que después de largos considerandos, concluía con:

«Fallo, atendidos los méritos del proceso á que en caso necesario me refiero, que debo condenar y condeno á Jaime Marcet, Juan Pablo Arriaga y Francisco Alzaga, á éste en su ausencia y rebeldía, á la pena ordinaria de muerte con calidad de aleve, cuya ejecución por la atrocidad del crimen, se verificará en la plaza principal de la Victoria, poniéndose sus cadáveres en la horca á la pública expectación y al pago del dinero de mancomún, con las costas causadas y restitución de la sortija robada á don José María Almagro; y por esta sentencia que habrá de consultarse antes de ejecutarse con los señores de la excelentísima cámara de justicia, la pronuncio, mando y firmo en Buenos Aires, etc.—*Bartolomé Cueto*.»

La cámara confirió inmediatamente vista al fiscal, que lo era el doctor José Francisco Acosta, y los reos nombraron sus defensores, que lo fueron, de Arriaga el doctor Gabriel Ocampo, y de Marcet, el doctor Pedro José Agrelo.

Aun se habla en el foro argentino de aquellas notables

defensas, especialmente de la de Agrelo, que fué una pieza jurídica de primer orden.

Y no lo sería menos la del doctor Ocampo, cuando el atribulado padre de Arriaga la publicó con una sentida dedicatoria al pueblo generoso de Buenos Aires, de la que extractamos los siguientes párrafos:

«Si el deseo de no omitir alguno que pueda resultar en beneficio de mi hijo desgraciado, me ha impelido á dar á la prensa la defensa de su causa, el respeto que tributo á la opinión, me inspira el deber de dedicársela al generoso pueblo de Buenos Aires.

»No es mi objeto excitar la compasión de una sociedad resentida, ni el atrevido empeño de presentarlo inocente.

»No, lejos de mí una idea que serviría para desconceptuarme en los mismos momentos que trato de acreditar la pureza de mis sentimientos.

»Es sólo el interés de que este documento pueda leerse en el augustó tribunal de la fama pública y verse desde allí con firmeza, el grado de criminalidad en que aparece el defendido.

»Yo me conformaré con sus decisiones, y sea cual fuere la acogida que merezca, no por eso se perturbará mi resignación: ya está hecha.

»Yo beberé hasta las heces el cáliz amargo que me ha preparado el destino y si logro sobreponerme á los pesares encadenados que la desgracia misma ofrece ya á mi imaginación, no por eso diré que mi alma es grande: nada valgo, nada seré y de todos modos tributaré una sumisa gratitud á la sociedad en que existo.

»En todo tiempo diré que esta defensa en mis mayores conflictos, me dió momentos de consuelo y que en ella y en la bondad del público, á quien se consagra, tuvo siempre fijas sus esperanzas este angustiado padre.»

Las defensas, como ya dijimos, fueron magistrales; pero la vista fiscal del doctor Acosta, que burlaba amargamente la del de primera instancia, se impuso. En ella se pedía que fuera confirmada en todas sus partes la sentencia del inferior y así lo hizo la cámara.

¿Qué recurso quedaba cuando la misma sociedad se manifestó insensible ante las resignadas palabras con que el desgraciado padre de Arriaga, más desgraciado que el mismo reo, precediera la defensa de su hijo?

Los abogados, sin embargo, quisieron tocar el último resorte: la conmutación.

Para el día siguiente debía ejecutarse la sentencia y justamente en ese día debían llegar del Brasil los delegados del gobierno con los tratados de paz propuestos por el imperio. Para ello se preparaban grandes fiestas oficiales.

¿Qué mejor oportunidad para pedir esa gracia?

El doctor Agrelo redacta la sentida petición, se la hace firmar á la desolada esposa y va con ella á presentarla al gobierno, esperando la resolución:

«Jacoba Usandivaras, esposa de Jaime Marcet, viene con una tierna hija, á arrojarle á los brazos de V. E., á implorar de su bondad en favor de su esposo y de un padre, el ejercicio de la más noble atribución con que la ley ha investido el inminente destino que le ha confiado la república.

»Este infeliz se halla condenado, por la justicia, á la pena ordinaria de muerte, que debe ejecutarse mañana en su persona: pero después que el poder judicial ha hecho así de las leyes la aplicación que le corresponde, la misma ley le da á V. E. el poder de conmutar esta pena.

»La sola muerte, Excmo. Sr., no es muchas veces el castigo más saludable de un delito y se ha dicho también que la conmutación de una pena, suele ser también un gran acto de justicia.

»V. E. es el ministro de esta clemencia pública en la nación, ¿y qué mejor ocasión de ejercitarla que la que ofrece hoy las glorias que V. E. ha sabido conquistar en la paz que va á celebrarse?

»¿Permitirá V. E. que en unos días tan gloriosos se mezcle el gozo público con las lágrimas de una familia desgraciada, viendo correr la sangre de dos víctimas miserables sobre esta tierra santa de la libertad?

»V. E. puede evitar este contraste con un solo acto de

su voluntad: la ley lo autoriza para ello y un corazón sensible tiene todas las disposiciones para ejercitar un derecho que se ha reconocido y alabado en los gobiernos más despóticos.

»Salga, enhorabuena, de la república, mi esposo, y no vuelva á ella también por toda la vida: es una muerte positiva con respecto á la sociedad. ¿Qué más producido saludable pueda darle la muerte natural que no pueda obtenerse con esta conmutación?

»Una gracia tal dejará satisfecha la justicia pública y derramará el consuelo en una familia desgraciada, sin agravio de las leyes ni de la moral. Yo lo imploro.

»*Jacoba Usandivaras ãe Marcet.*»

Pocos momentos después, la desdichada esposa y el defensor del reo, tuvieron conocimiento de la esperada resolución:

«No estando en las facultades del gobierno adherir á esta solicitud, ocurra donde corresponda.»

Dorrego no cedía. ¿Es que tuvo muy presente las sangrientas burlas que la prensa de oposición lanzaba contra «la debilidad de las autoridades,» cuando se trataba de grandes criminales? Probablemente.

Pero Agrelo, á pesar de lo angustiado del tiempo no cejó tampoco. «¿Ocurra donde corresponda?..» Pues á la Sala de Representantes. Vió á uno por uno de los diputados provinciales. ¡Les pidió, les suplicó que se reunieran esa misma tarde, y obtuvo la promesa de que así lo harían; pero no lo hicieron! Tampoco cejó: habla entonces que insistir con el poder ejecutivo; había que conseguir lo viera á Dorrego una persona influyente, la más influyente. ¿Quién? El benemérito almirante don Guillermo Brown, y á él fueron el defensor y la pobre esposa, ante cuyas lágrimas, aquel magnánimo corazón, de acero en la batalla y de cera en el hogar, accedió á ello presentándose inmediatamente al gobernador Dorrego.

Le habló, con el lenguaje sintético que acostumbraba usar en las solemnidades de la patria, de sus servicios, suplicándole por todo ello que por la misma consideración

que en la súplica se hacía accediera á conmutarles la pena á aquellos desgraciados...

—Bien—le contestó Dorrego,—si mañana nos llega el buque portador de las bases de la paz con el Brasil, yo le prometo que en el instante de avistarse mandaré suspender la ejecución.

Y no había duda ninguna: el buque llegaría en la madrugada del día siguiente, pues se sabía que estaba en la rada de Montevideo. La conmutación tendría que producirse. Aquel padre, aquella esposa sintieron renacer la esperanza y fueron con ella á ver á los reos que ya estaban en capilla... ¡Cuán desconocido Juan Pablo Arriaga en tanto que Marcet se mostraba tal cual era: nervioso, iracundo, protestando de su defensor, de su mujer «que nada hacía,» de la imbecilidad de los jueces que no habían tenido en cuenta infinitas atenuantes!.. Juan Pablo Arriaga, que se encontraba acompañado del presbítero don Tomás Ladrón de Guevara, recibió la noticia como un bálsamo consolador... Sería desterrado... No volvería más á su patria; pero fuera de ella sabría regenerarse y compensarle, en parte, á su desgraciado padre todo lo que había sufrido.

En tanto Marcet dudó de las intenciones del gobierno, arguyendo con todo descaro:—Si ese «compadrito» de Dorrego quisiera conmutarnos la pena, ya lo habría hecho.

Mientras tanto, los preparativos de la ejecución no se detuvieron: allí, frente mismo á la tienda del asesinado, se levantaron dos horcas y junto al arco de la antigua Recova se colocarían los banquillos...

¡Y amaneció el nuevo día, sin que se vislumbrara en el horizonte la vela de ningún buque, pasando las horas sin que llegara el portador de la paz con el Brasil!

La ejecución debía llevarse á efecto, y un gentío inmenso, tan inmenso como nunca se había visto, poblaba la plaza principal de la Victoria, esperando á que llegara el indicado buque y con él la conmutación, ó el merecido castigo de «aquellos monstruos.»

Pero la hora señalada se acercaba y ya se oían los toques fúnebres del tambor que acompañaba á las fuerzas y al verdugo que debían ejecutar la sentencia.

Un prolongado murmullo se produce y todas las miradas se dirigen á la puerta de la cárcel: aparecen los reos: Arriaga sostenido en el brazo del sacerdote, baja la frente y como si murmurara fervientes rezos .. Marcet, cubriéndose el enfurecido rostro con el cuello y las solapas del saco, profiriendo votos y maldiciones, y oyendo con el mayor desprecio las homilias del cura...

¡Conducidos á los banquillos se oyó la orden; sonó la descarga, y dado el tiro de gracia, ambos cadáveres fueron conducidos y elevados en las horcas!

Al día siguiente *El Tiempo* dió en sus columnas la carta siguiente:

«Señores redactores de *El Tiempo*:

»Muy señores míos: El desgraciado don Juan Pablo Arriaga me pidió encarecidamente en los últimos momentos de su vida, publicara los sentimientos de que se hallaba poseído; y como en mi concepto nada puede decirse que iguale en expresión y vehemencia á lo que, con este motivo, produjo aquel infortunado joven, suplico á ustedes se sirvan insertar en su periódico el adjunto billete, copiado literalmente del que me entregó al partir al cadalso.

»En él verá el pueblo de Buenos Aires y el mundo todo, á quienes se dirigió, una comportación que le hace tan digno de la benevolencia pública, cuanto lo fué de aversión por su delito; que ocupado de sus padres, parientes y amigos, en el trance más amargo de la vida, corre á consolarlos de un modo singular y modo el más á propósito, que repara la ofensa hecha á la sociedad, ofreciéndose á ella por modelo de escarmiento; y que, descubriendo los sentimientos de su corazón, en orden á la religión, y llamándola su único consuelo, hace, en pocas palabras, el más cumplido elogio de ella.

»Quiera, pues, el cielo que el último escrito de don Juan Pablo Arriaga se grabe con carácter indeleble en el cora-

zón de todos, y muy particularmente en el de los jóvenes: que se extienda cuanto la memoria de su atentado y le aprendan de memoria los padres é hijos de familia; pues sobre ser á propósito para la reforma de las costumbres, borraré las impresiones desagradables que produjo aquél, y eternizaré su memoria, aún más que su delito mismo.

»¡Si todos hubieran podido presumir el rubor y serenidad con que salió al suplicio!

»¡En el primero habrían visto reconocer la justicia de la indignación pública por su delito, y en la segunda habrían entendido que su corazón era superior á todas las desgracias y bebia, sin temblar, el ingrato cáliz de la muerte, esperanzado en mejor vida!

»No; don Juan Pablo Arriaga, no salió al patibulo con la frente erguida, como salieron Padilla y Bravo, porque era muy diversa su causa; pero ni ellos ni ninguno lo aventajó en serenidad, y la prueba está en el billete que escribió y me entregó al salir de la capilla, y que mostraré gustoso á cuantos quieran verle.

»Lineas rectas, caracteres iguales, puntuación exacta; no parece sino que le escribió al levantarse de la cama, en el día de su mayor contento.

»Repito que le mostraré gustoso á cuantos quieran verle; y añadido que, en hacerlo, tendrá el mayor placer su muy atento servidor y capellán Q. B. S. M.

»*Tomás L. de Guevara y Guzmán.*»

Billete de don Juan Pablo Arriaga:

«Falta media hora para salir al suplicio y mi corazón siente, más que la muerte, la infamia.

»Por eso y para satisfacción de mis queridos padres, de mis parientes y amigos y, sobre todo, en obsequio de la religión católica en que aquéllos me educaron, y es, en este terrible momento, mi único consuelo, autorizo al presbítero don Tomás Ladrón de Guevara, para que en los periódicos de esta ilustre capital, ó en el modo y forma que mejor le pareciere, haga entender á los vecinos de ella y al mundo todo, que mi corazón se resistió siempre al cri-

men: que si lo cometí fué por efecto de las malas compañías, y que en cuanto á las verdades católicas nunca dudé de ellas, y menos en este trance fatal.

»Sirva, pues, mi confesión de satisfacción á mis queridos padres, á mis dulces parientes y buenos amigos, y sirva de escarmiento al mundo civilizado.

»El infeliz y desgraciado

»*Juan Pablo Arriaga.*

»En la capilla, á las 9.30 de la mañana del 16 de Septiembre de 1828.»

—

Y aseguran que si el buque, portador de los delegados argentinos que traían las bases de la paz establecida con el imperio del Brasil, no llegó á Buenos Aires, en la madrugada de ese día, fué porque el mismo gobernador Dorrego dispuso enviar, á balizas exteriores, un mensaje con orden terminante de que el buque no entrara hasta el día siguiente.

¡Sin embargo, las fiestas que por tan fausto acontecimiento postergara el gobierno para ese día, no tuvieron el brillo y la alegría que se esperaba, pues muchos fueron los que se excusaron de asistir á ellas y al pueblo no le quedó ánimo para aquella transición tan violenta del patíbulo á la gloria!

¡Y añaden, los que esas cosas contaban, que las familias, que en otros tiempos se hallaban relacionadas con aquellos ajusticiados y el prófugo, cerraron sus salones por quince días, en señal de duelo!

IX

La enterrada en vida

Y habrían transcurrido treinta y pico de años, desde la memorable época aquella en que ocurrió el incalificable crimen, llevado á cabo con la premeditación más infame y las más repugnantes intenciones, cuando, en una tarde que me hallaba en mi gabinete de *La Tribuna*, de aquella *Tribuna* que fundáramos Mariano y yo, se me presentó el portero Manuel, diciéndome:

—Señor don Héctor, ahí está esperando una vieja por-diosera que desea hablarle.

—¿A mí?

—Sí, señor.

—Pues si lo que quiere es una limosna, dile á monsieur Leonard ó á cualquiera de los muchachos de la administración, que se la dé, y de mi parte le manifiestas que no puedo recibirla ahora porque me encuentro ocupado.

Manuel marchó á cumplir mis órdenes, y yo, después de terminar el editorial en un «periquete,» seguí conversando con mi buen amigo don Martín Campos, que me acompañaba.

Y ya nos habíamos olvidado de la «visita» que me anunciara nuestro portero, cuando éste se me volvió á presentar diciéndome que la mendiga insistía obstinadamente en verme, arguyendo para ello que se trataba de una antigua relación de mi familia.

—¡Diablos! — exclamé verdaderamente intrigado, mientras el gesto de mi amigo lo demostrara también.—¡Una mendiga que se dice antigua conocida de mi familia!.. Es raro, ó mejor dicho, me parece imposible que sea así. Lo que debe haber en esto es que esa á quien tú llamas mendiga cree acertado ese pretexto para que yo la reciba y la limosna sea mayor.

—Me ha dicho, señor, que no se trata de limosna.

—¿No?—repuse, más admirado aún.—Pues entonces—añadí algo reflexivo—puede que sea verdad.

Y dirigiéndome á mi amigo le pregunté:

—¿Qué le parece?

—Me parece, Héctor, que nada se pierde con hacerla venir—repuso mi amigo más impaciente que yo, sin duda, por conocer á la «incognita»—Si ha dicho la verdad, por haberla dicho, y si no, para pasar el rato oyéndole sus mentiras.

—Hazla venir, entonces, Manuel.

Manuel volvió luego acompañando á una vieja de tipo criollo, algo encorvada, harapienta, de rostro color «bistre,» que diría un francés, surcado por repugnantes lacras y sucias arrugas; de labios gruesos en una boca «que debió» ser chica; de ojos que debieron también ser negros y rasgados; pero que en ese instante tenían un color indefinible por las ramas biliosas que los surcaban, allá en el fondo de dos cuevas violáceas. Cubría su cabeza un sucio manto negro por el que asomaban mechones de estropajoso pelo gris. Y como me trajo á la memoria uno de los personajes principales de «Los misterios de París,» de Eugenio Sué, sentí, en el primer momento, haberla hecho pasar, pues su repugnante aspecto me fué desagradable.

--En resumidas cuentas—la dije, manifestándola en el gesto esa impresión,—dice usted que es una antigua conocida de mi familia, y eso no ha de ser cierto.

—Es cierto, señor Varela, es cierto—me contestó ella con un timbre de voz que no correspondía á su aspecto, timbre en el que había dulzura, firmeza, dignidad tan remarcables que á pesar de las repugnantes reliquias de su

rostro y de lo andrajoso de su indumentaria, me fijé en ella con mayor atención, para preguntarle, no ya áspero, si no con cierto respeto:

—¿Quién es usted?

—¡Oh!—exclamó, clavando en los míos sus ojos, aquellos ojos en los que me pareció entrever un fondo de tristeza infinita —Si viviera su infortunado padre, don Florencio Varela ó cualquiera de sus tíos, don Juan de la Cruz ó don Jacobo, y tal vez si hoy me viera su idolatrada madre, «Héctor,» misia Justa, esa virtuosa señora que también tanto ha sufrido con la resignación de una santa, tal vez no me reconocerían tampoco, convertida como estoy en un montón de huesos y carne enferma, no por los años, pues no soy tan vieja como aparento, no por la miseria, sino por la más abyecta de las depravaciones á que me indujo el tremendo aturdimiento de aquel «golpe» terrible; el desprecio que injustamente me prodigara aquella sociedad que momentos antes admiraba y ensalzaba mi hermosura. Porque yo he sido hermosa, «Héctor,» sí, la mujer más hermosa de nuestra tierra, la más solicitada, la más obsequiada, por su belleza, en todos los centros de nuestra «gran aldea.»

¿Se asombra usted?—añadió, mientras su rostro, aquel rostro amarilloso y enfermizo, parecía encarnarse en relucientes huellas paradisiacas del recuerdo feliz.—Bastaría mi nombre, mi verdadero nombre, ó el apodo que me daban, para que la expresión de descreimiento, reflejada en su semblante, se tornase en admiración de creyente.

—Y bien, ¿quién es usted, «señora?»—la volví á interrogar dándole el calificativo que su actitud me imponía.

—¿Que quién soy yo, «Héctor?»—me preguntó ansiosa, repitiendo mi nombre, y dirigiendo la mirada con recelo á mi amigo Campos, como si no quisiera revelarlo ante aquel testigo, para añadir, con voz que humedecía el llanto:—¡Soy la esposa más desdichada, la madre más desventurada, la mujer más despreciada de esta tierra!.. ¡Soy la esposa del más repugnante de los asesinos, la madre de un hijo que fué mecido en cuna de raso y que, cuando

fué hombre, cuando supo la deshonra de su padre, se volvió loco; la que al verse rechazada hasta por su misma familia, por culpa del crimen que cometiera su marido, sin encontrar misericordia en las almas que se llaman virtuosas, se arrojó, por fin, desesperada, en los brazos de la depravación para embrutecer en el vicio la intensidad de sus sufrimientos!

Y aquella mendiga, aquella haraposa infeliz, que expresaba la trágica confesión de su pasado, iluminó mi memoria trayendo á mi recuerdo el crimen de que he hablado al principio.

Y aún dudaba de que ella fuera aquella dama de quien todas las crónicas de ese tiempo recordado se ocuparon para ensalzar su belleza y para discernirla toda ponderación por su hermosura; aquella niña, cuyo entroncamiento con una de nuestras principales familias de abolengo austero, no tuvo igual nunca, por la suntuosidad con que fuera llevado á cabo, ¿podía ser esa vieja de aspecto repulsivo? ¿Por qué no? ¿Acaso los padecimientos físicos y morales no pudieron desfigurarla á ese extremo? Y aún dudaba y hubiera seguido dudando, aun cuando ella me hubiera declarado «su verdadero nombre,» si no se me hubiese presentado nuestro querido editor responsable, don Saturnino Córdoba.

—Este — me dije — conoce todos los acontecimientos ocurridos aquí durante la tiranía de Rosas; se acuerda de las personas, y aunque el hecho es remoto, puede ser que la reconozca.

So pretexto entonces de órdenes urgentes para la compaginación del diario, lo llevé aparte. Le hablé de la mendiga y de lo que ella me había hablado, y don Saturnino, observándola minuciosamente, hizo un gesto afirmativo, corroborándolo con la palabra:

—Sí, don Héctor—me dijo en voz baja—esa mujer es la esposa del criminal huído.

—¡Oh, qué cruel ha sido con ella el destino! — exclamé mentalmente, contemplándola con toda la conmiseración de mi alma.

Y volviendo á su lado, sin saber á punto fijo qué determinación tomar, la dije:

— Créame que experimento un verdadero dolor en verla á usted en ese estado, y si me es posible remediarlo...

— Sí, porque para eso he venido...

— ¿Cómo?

— Con su influjo, que sé que es irresistible.

— Cuento usted con él.

— Poca cosa para usted. Todo para mí.

— ¿Qué desea?

— Me siento enferma, gravemente enferma: deme usted una recomendación para que me faciliten una cama en el hospital que se encuentra enfrente de la misma casa, de aquella casa sombría, donde Francisco asesinó á su amigo, á su leal amigo. .

— ¿Pero su familia?..

— Mi familia quiso «recogerme» cuando ya era tarde; yo no podía vivir si no en ambiente inficionado. Ahora «debo» morir allí donde muere el vicio, cerca, muy cerca de aquella casa donde se cometiera el crimen que fué causa de todas mis desgracias.

— Tome usted, señora: esta carta es para el administrador del hospital, que es mi amigo. El le proporcionará lo que usted desea.

— Gracias... ¡Oh, muchas gracias! Ya sabía yo que no en balde vendría á llamar á las puertas de su generosidad. ¡Que su santa madre lo bendiga, «Héctor!»

Poco tiempo después supe que el asesino de Alvarez, marido de aquella desdichada, vivía en Corrientes, huyendo de la justicia, como un verdadero paria, despreciado por todo el mundo y vigilado por la policía; que el gobierno de aquella provincia no lo mandó á Buenos Aires, para que se le aplicara la resolución de la sentencia que lo condenaba á muerte, en rebeldía, en consideración á su respetable familia; pero, ¿qué más castigo que el de la existencia que llevaba? Aislado de todo el mundo, que le huía como se huye de un leproso, sólo un rústico leñador, porque tal vez sería el único que ignoraba quién era,

le prestaba asilo en su rancho y compartía con él su frugal alimento. Vivía como las fieras del bosque, y en el silencio de la agreste naturaleza se hallaba frente á frente de su conciencia, como quiso morir su desgraciada compañera, ¡frente á frente de la sombría casa donde cometera su crimen! Demasiado valiente ó sobramente cobarde, que eso no está aún bien definido á los ojos de la razón, no quiso ó no pudo terminar aquella terrible existencia en el suicidio, y un día se presentó al general Paz, pidiéndole que lo incorporara al ejército que preparaba para combatir á los tenientes de Rosas.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

El se lo dijo, y el austero manco le contestó, inflexible:

—¡Usted!.. ¡Usted no tiene siquiera el derecho de morir por su patria! ¡Salga usted de mi presencia!

Aún no estaba suficientemente castigado por la Providencia.

Pasaron los años y llegó á saber, por los diarios, que efectivamente, aquel hijo, fruto de su idolatrado amor con la mujer más hermosa de esta tierra, perdió la razón, cuando un amigo imprudente le enrostró el asesinato cometido por su padre, y que tanto se lo ocultaran en la casa de su noble tío.

Algo más terrible aún le comunicaron los diarios.

Fué esto: «Una mañana encontraron los sepultureros de la Recoleta, rota la tapa de un cajón funerario que debiera contener los restos de una hospiciana. El cajón estaba vacío, y más allá, destrozadas las manos y hecho pedazos el rostro, el cadáver de la desventurada Catalina Benavides, su esposa, que había sido enterrada viva!»

Y así terminó la existencia de la más hermosa de las mujeres, aquella á quien las crónicas y los poetas llamaban «la Estrella del Norte,» y cuyo enlace con don Francisco Alzaga—¡un Alzaga!—fué uno de los más grandes acontecimientos sociales durante la breve presidencia de don Bernardino Rivadavia.

EL PRÍNCIPE BANDIDO





RAFAEL BARREDA

EL PRÍNCIPE BANDIDO

I

El combate naval

¡Qué fin de siglo el de 1800 y qué principio el del llamado de las luces! -

Ya tendréis conocimiento de ello. ¡De todas partes, mares y tierras, se oían los retumbos de las armas de fuego; el chocar de las armas blancas, el clamor incesante de la pelea, los lastimeros ayes del herido, el gemir de las enlutadas madres, el llanto de los pequeñuelos huérfanos, el frenético vocear de los vencedores! Aquellas continuas alarmas y aquellas crueles sorpresas, habían reemplazado á la tranquilidad de los hogares, que bien podía llamarse vegetativa. Las herramientas del fructífero trabajo trocado se habían por los mortíferos instrumentos del combate. ¡Un río de sangre bañaba los desolados campos, las sombrías calles de las grandes ciudades, de los pequeños pueblos, de las tristes aldeas!

Y mientras el futuro emperador de los franceses, aquel demonio ó aquel dios, según la curiosa dualidad de la historia, surgido del turbión de la más grande y sangrienta de las conmociones populares, llevado por sus instintos béli-

cos ó «locura de las batallas,» conflagraba la vieja Europa, pretendiendo, como los césares romanos, atarla al carro de sus triunfos, dominándola y gobernándola, según su capricho de niño mimado por la diosa Fortuna, y peleaba en Egipto y peleaba en Italia, contra moros y cristianos, España, la guerrera España de siempre, también se hallaba en tradicional contienda con su no menos belicosa hija, la independiente Portugal, y con la sagaz y prudente Gran Bretaña, que hallado había la ocasión de cobrarse, con réditos, la ayuda que el gran Carlos III le prestara á los separatistas de sus colonias del norte.

Y aquellas terribles y sangrientas fulguraciones de la conflagración europea llegaron á extenderse también á esta parte de América, gobernada aún por las inquisitoriales leyes de Indias.

Por tierra y por mar, ingleses y lusitanos, amenazaban, día y noche, con bloqueos é invasiones, mientras el subinspector de armas, marqués de Sobremonte, que tan discutida participación tomara después, cuando las invasiones inglesas, á cargo de las fuerzas que debieran contener á unos y otros, disponía diarios simulacros y simulados ataques á la plaza fuerte de Montevideo, en cuyos ejercicios brillara la pericia del capitán de navío de la Real Armada, don Santiago Liniers y Bremont, á cuyo mando se encontraban las cañoneras de guerra, surtas en el puerto... Cuidado, señor subinspector de armas, que el ruido incesante de la pólvora atrae al enemigo á aceptar el reto y ya se ve, desde las altas tierras de Maldonado, aquella pequeña escuadrilla de buques ingleses que se acerca. Uno de ellos ya viene sobre el puerto. Es el imponente navío «Lancáster,» de sesenta y cuatro cañones, que tremola en el tope de mesana la bandera; pero aunque todas sus maniobras se dirigen á acercarse más aún, con objeto, aunque más no fuere, que el de acallar, con las respetables andanadas de sus cañones, aquellas «salvas,» la calma del viento se lo impide y el cargado horizonte lo obliga á irse mar afuera.

Sí, pues, el terrible «Lancáster,» que días anteriores

sorprendiera al comandante de aquellos resguardos, don León Altolaquirre, tomándolos prisioneros á él y á treinta y cinco hombres que con él se encontraran y que luego soltara en una isla desierta.

Y declarado el corso por todas las naciones beligerantes, España y Francia contra Portugal é Inglaterra, allí, en las costas de la BANDA ORIENTAL, autoridades marítimas, grupos de militares y numerosos vecinos, «mariscales de arriba,» como entonces los motejaban, dejaban que el tiempo transcurriera, observando las cercanas y aun lejanas velas de corsarios, que, como viejos tiburones, espían pacientemente el momento propicio de virar sobre su presa... Y era ya una sumaca ó un pailebot ó una balandra y á veces fragatas y bergantines que caían en las garras de aquellos apresadores de oficio. Si portugueses ó ingleses por españoles ó franceses, al puerto de Montevideo, donde se dejaba prisionera la tripulación y se vendía el cargamento y el buque en provecho de vencedores y armadores. Si españoles ó franceses, poco tenían que hacer los corsarios ingleses ó portugueses: «¡Al abordaje!,» con ó sin resistencia. «Venga á nos el cargamento.» En cuanto á la tripulación, nada de crueldades, si no oponía resistencia: la dejaban, como ya está dicho, en cualquier isla desierta, después de hacerle un taladro á la embarcación abordada y echarla á pique, una vez desvalijada.

Y mientras se guerreaba en la frontera y á todas horas se bloqueaban los puertos por los corsarios ingleses y portugueses, la despoblada campaña de aquella BANDA, guardada era de contrabandistas, de peligrosos vagabundos, de terribles aventureros, de indomables indios charruas y minuanes que, al decir de los papeles de aquellos tiempos, «robaban grandes cantidades de haciendas para transportarlas á los dominios de Portugal, inducidos por los «changadores» y otros malévolos que infestaban la campaña del norte de este río de la Plata, sin que los blandengues ni veteranos del Fijo, pudieran contrarrestar ni reprimir aquellas continuas depredaciones, vandalismos, robos y bárbaros asesinatos.»

¿Cuál era el guapo avecindado que se animaba á marchar, á pie ó á caballo, por aquellos andurriales; por aquellos tupidos é intrincados bosques; por aquellas exuberantes tierras, sin ir armado hasta los dientes y, casi siempre, acompañado por otros vecinos, que, á su vez, esperaban la ocasión de ser muchos para hacerlo? Es que no solamente había que temerles á los indios «bravos» y á los feroces bandidos, que también eran enemigos formidables las fieras salvajes y especialmente las «cebadas» en carne humana, que abundaban más que aquéllos y que, como aquéllos, sorprendían y ultimaban al descuidado viajero...

Y, fué en aquel día de encapotadas nubes; en aquel día que retumbaron, como nunca y como nunca pusieron en alarma á los vecinos y tropa, los incesantes cañonazos que llegaban de mar afuera.

Es que toda esa mañana se había avistado, frente á la costa del Mangrullo, un bergantin inglés, con la indudable intención de esperar su presa. Y más indudable aún era que ya tendría noticia de que se le aparecería porque, llegada la tarde, desplegó todas sus velas, viró hacia oriente y se alejó, perdiéndose de vista...; pero, no tanto, no tanto, porque los largos catalejos descubrieron, al seguir su marcha, que rumboaba hacia unas velas lejanas... Y allá iba el bergantin inglés reuniéndose con otro portugués y después..., ¡pum!, ¡pum!, hasta treinta cañonazos, bien contados, que siguieron, con intermitencias de minutos, toda esa tarde.

Y eran las nueve de la noche de ese día, cuando, desde la ya nombrada guardia del Mangrullo y en toda la playa que daba á ese lado, se avistó otra embarcación de mayor porte, la que bordeando llegó al recién formado puerto de Rocha. Un grito de «¡viva España!» lanzaron entonces todos los de tierra que notaron en el tope del palo mayor de aquel buque la bandera gualda y roja.

Era la corbeta «Buenos Aires,» armada en guerra por el consulado de la capital del virreinato para persecución de corsarios ingleses y portugueses, la que, saludando con

una salva de tres cañonazos la bandera que también tremolara en aquel puerto, saludo que también le fuera contestado en igual forma, viró en redondo y á todo trapo, volando sobre las agitadas olas, rumbeó hacia á aquellos puntos lejanos que destacaban sobre el mar en continuos movimientos, al fulgor de los tropidantes rayos y el incesante tronar de los cañones.

Por supuesto que los vecinos, tropa y autoridades, que en las orillas de aquel lado de la BANDA se hallaban, no durmieron aquella noche de borrasca deshecha. Y cuando notaron que el chubasco cedía, ansiosos por saber lo que ocurriera, encendieron grandes fogatas, comentando y presagiando los resultados de aquel encarnizado combate, del que sólo podían darse verdadera cuenta por el fuego de los estallidos del cañón que se confundía con el fulgor de los relámpagos y los imponentes ecos del trueno.

Cesó al fin la tormenta cuando vinieron las primeras claridades del día y con ellas, el poder observar, con los largos catalejos, lo que en el mar ocurría.

Ya el bergantín inglés había logrado darle caza á un velero francés y el portugués se preparaba á auxiliarle cuando, tan oportunamente, llegara la corbeta «Buenos Aires» enviándoles, como advertencia de que á batirlos iba, una andanada de proa.

Rehuye el combate el lusitano, poniéndose en fuga, no así el inglés, que desembarazado de su presa, lo acepta y aquella muchedumbre de tierra, que pasara la noche entre justas ansiedades, observa y se transmite, á viva voz, la imponente lucha y las arriesgadas maniobras de los combatientes. Lanza un murmullo de admiración: ¡los dos buques se han embestido! Se aparean, se arrojan grandes estopas incendiadas, que apagan al llegar. Los tripulantes del «Buenos Aires» logran irse al abordaje, que no resisten los contrarios. ¡La cubierta del barco inglés se cubre de sangre!.. y ya no oponen resistencia cuando están acorralados. ¡Un viva colosal sale de todos los labios al ver que la bandera roja y azul es reemplazada por la roja y gualda en el palo mayor del corsario inglés!

El «Buenos Aires» lo ha vencido gloriosamente y llega al puerto de Montevideo remolcando su presa..., ¡buena presa!

Toda la tripulación aprisionada se encuentra ya en la bodega del buque vencedor...

Toda no: á bordo del bergantin inglés había quedado un hombre de los tomados al velero francés.

Y cuando todo permanecía en esa calma rumorosa de las noches de mar y parte de la tripulación victoriosa se hallaba entregada al bien ganado descanso, mientras la otra asistía á los festejos de tierra y los vencidos gemirian por su suerte futura, sonó el chasquido que produce un cuerpo al chocar de golpe en el agua. ¡Y á los pocos instantes el bergantin inglés ardía de babor á estribor, de popa á proa!

II

La hija de la tribu charrua

Y hallábase en los principios de su gobierno en la Muy Noble y Muy Leal y Muy Heroica ciudad de Buenos Aires el mariscal don Joaquín del Pino y Rosas, cuando llegara á la residencia del virreinato la deplorable noticia de que los indios infieles, charruas y minuanes, habían asaltado varias estancias de la BANDA ORIENTAL, llevándolo todo á sangre y fuego; pero que ya, el subinspector de armas, cercano á la frontera de las posesiones portuguesas, había tomado medidas enérgicas para castigar, cuando menos, á aquellos forajidos.

Fué encargado de la empresa el bravo capitán don Jorge Pacheco, que, con doscientos blandengues, los buscó, sin descanso; dió con ellos en su guarida, les intimó la rendición y al no rendirse, los atacó de tal manera que sólo escaparon con vida un charrua y cuatro mujeres, tomándoles treinta y cinco prisioneros y los despojos del robo.

Tal feliz nueva hizo vibrar de alegría las campanas de ambas BANDAS. Ya no había forajidos que pusieran en peligro la propiedad y la hacienda de los habitantes de aquella campaña. Ya se podría marchar por ella con toda seguridad... ¡Y, sin embargo, qué engañados estaban! Ni

los «indios bravos» habian sido exterminados con aquella batida, que aún quedaban muchos diseminados, ni los bandoleros habian desaparecido cuando, por todas partes, se hablaba de ellos, creciendo su número dia tras dia. Y tanto era así que no habia transcurrido mucho tiempo desde que aquel escarmiento se produjera cuando llegara también á oídos del virrey, que «una gavilla, compuesta de quince á treinta *bandoleros y facinerosos*, cargados de armas de chispa y blancas, se habia presentado en los alrededores de la pintoresca aldea llamada de las Víboras, al Norte de la BANDA ORIENTAL.» Y la tal banda iba precedida de fama tan horrorosa, que lo menos que se decía de ella era que los «indios bravos» ni se les comparaba en lo de no respetar vidas, edad, ni sexo, destruyendo cuanto encontraban á su paso, con ferocidad incalificable.

Y aun cuando hubiera exageración en los detalles, *¡cuerpo de tal!* que no era para soportar sin mancilla para las autoridades encargadas de velar por la seguridad pública y aun privada de los que en ellas confiaban.

Era, pues, llegado el momento de tomar medidas prontas y eficaces, que hicieran desaparecer, de una vez por todas, con terribles castigos, á aquellos como á «los otros» bandoleros que brotaban por doquiera como semilla maldita.

Y mientras el mariscal-*virrey* llamaba á su consejo á los hombres de justicia, Cabildo, Consulado y Real Audiencia y Santa Hermandad, y éstos acudían presurosos para hacer «ergos» y «distingos» y proposiciones más ó menos acertadas, allí enfrente, en la Colonia del Sacramento, el alcalde, preboste ó jefe de la Santa Hermandad y el comandante del regimiento de voluntarios de caballería, «gran perseguidor de facinerosos,» resolvieron, mientras que les llegaba fuerzas veteranas, convocar á los vecinos más arriesgados y experimentados en lances de armas, para arremeter, si el caso llegara, contra aquellos bandoleros.

Varios fueron los que acudieron á la cita, los que, enterados de la empresa que se les queria encomendar, la

aceptaron gustosos, «resaltando entre ellos, por su entusiasmo y decidida animación, dos valientes jóvenes de la familia de los Garzones.»

Y en tanto se juramentaban que no volverían á su hogar sin haber destruido ó aprisionado por completo á los que formaban aquella terrible gavilla, y las supremas autoridades del virreinato seguían discutiendo sus planes, discutiendo persecuciones activas y castigos ejemplares con citas vienen y citas van en romance y en latín y traíase á colación, como muy oportuno, las Siete Partidas y el Fuego Juzgo y las Pandectas y especialmente las *sabias* leyes de Indias, el nombre sólo de la banda aquella seguía atemorizando y horrorizando á los pacíficos y temerosos vecinos de toda aquella parte del norte de la BANDA ORIENTAL, al punto de que ya, ni acompañados ni bien armados, se animaban á atravesar los campos solitarios, cuya agreste soledad sólo era interrumpida por el graznido de las aves de presa, el «llanto» del yacaré, el maullido de los tigres, el ladrido de los perros cimarrones ó el continuo piar y gorjear de las numerosas muchedumbres de pájaros, que, en rápidos volteos y precipitados vuelos, huían, de un extremo á otro, á esconderse de sus tenaces enemigos, cuando, de entre aquellos intrincados laberintos vegetativos, se vió surgir una forma rara de mujer: era una india de abundosa cabellera, negra y enmarañada, sujeta por una «vincha» roja y cuyo cuerpo, quemado como el rostro y los brazos por la intemperie, el sol y el viento, saturado con la lluvia y las aguas del río y de la mar, se cubría con una hermosa piel de jaguar, terciada á la derecha y sujeta al talle por un grueso cinturón de cuero; del hombro siniestro colgaba un zurrón de lona; á la espalda, un carcax; en la diestra, un arco, y en la cintura, de la que pendía un lienzo á manera de chiripá, un grueso y largo cuchillo; anchos brazaletes de metal amarillo, toscamente labrado, adornaban sus robustos brazos, y un collar de piedrecillas, de pintados colores, al cuello. En las líneas de su rostro, de pura raza charrua, había fiereza; fiereza en el ceño que encapotaba sus ceñudos ojos, velados por largas pestañas;

fiereza cuando sonreía en la comisura de sus labios rojos y pulposos, tras los cuales veíase el doble arco de una dentadura blanca, igual y unida.

No debía, no, existir ya en aquella naturaleza salvaje la innata debilidad física de la mujer.

Su descollante musculatura lo estaba diciendo; lo estaba diciendo la firmeza de su planta, la facilidad con que sus manos tronchaban ó separaban de su camino las gruesas ramas de los viejos árboles.

Deslizábase con flexibilidades de reptil y, á veces, como si despreciara rodcos, saltaba, con agilidad felina, sobre el terreno quebrado, precipicios y hondonadas...

Era *Iponá*, la gran espía de la tribu, la invocadora de *Aña-gualpo*, el diablo, contra «esa raza maldita de cristianos;» la brava ascendiente del temerario *Tabobá*, «que murió aferrado á la lanza del capitán Leiva, cuando *Zapicán*, el gran cacique *Zapicán*, combatiera contra las huestes del conquistador Garay.»

En ese instante su mirada interrogaba, fija en unas huellas marcadas en la tierra.

— «¡Más allá!.. ¡Más allá!» — decían el movimiento de su brazo y el gesto de su rostro.

— «Allí» — repitió luego ese gesto y ese movimiento, señalando, en el terreno bajo y bañado por las aguas manantiales, el lejano bulto de un árbol colosal, cuyas ramas sin hojas, semejando gigantesca cabellera, se inclinaban como si quisieran bañarse en aquellas aguas.

Y «allí» había un hombre caído junto al tronco del árbol, escondido por esas ramas á otros ojos menos penetrantes.

La india había suspendido su marcha, conteniendo un grito que pugnaba por salir de su garganta. Echó mano rápidamente del carcax á una flecha, que colocó en el arco que ya cimbraba por el poderoso impulso de su brazo; pero, se contuvo, fijando «allí» la mirada con mayor atención. Es que..., primero, había notado la presencia de un jaguar, el que, con sordos ronquidos y cautelosamente, se acercaba al hombre que «allí» dormía sin duda.

Fué entonces que preparó la flecha; luego se contuvo, porque vió que un feroz yumirí, oso hormiguero, cayó del árbol sobre la espalda del jaguar, abrazándose á él con tal fuerza y de tal manera que lo imposibilitaban para hacer uso de sus garras y dientes.

Y fué tan grande y tan inesperada la sorpresa del felino, que lanzando un prolongado maullido, semejante al del gato montés, permaneció inmóvil por brevísimos momentos, que aprovechó el yumirí para clavarle sus acceras uñas en la garganta. A los nuevos aullidos del jaguar el hombre se estremeció, se incorporó y dirigió la mirada atónita á las fieras en lucha. Luego llevó la mano á la cintura, como buscando un arma con qué defenderse; pero la buscó en vano, porque se encontraba desarmado.

Y fué entonces que silbó la flecha, lanzada con tan poderoso y acertado impulso, que, atravesando los dos cuerpos unidos de las fieras, que bregaban, revolcándose, en sangrienta lucha, las dejó sin vida.

El hombre aquél, reflejando en su semblante, más que exterioridades angustiosas, curiosidad interrogativa, llegó, al fin, á fijar la mirada en la india, la que, apoyada la mano izquierda en el arco y la derecha en el mango del cuchillo, lo contemplaba á la distancia al par que con la altivez de la victoria con éxtasis indefinible en la fiereza de su rostro.

Es que, á pesar de lo maltrazado de aquel hombre, pues vestía una vieja camiseta de marinero, que dejaba al descubierto su poderoso tórax, calzones de paño burdo y zapatos de grueso becerro, fluía de él ese «algo» que domina, porque se diferencia de lo vulgar. Joven, pues apenas debería contar cinco lustros; con figura de prócer, con larga y ondeada cabellera rubia, con barba bien encuadrada en su rostro, cuya elación también destellaba en la expresión de sus grandes ojos azules y en la comisura de sus labios.

Que no era vecino de aquellos contornos ni de aquella BANDA, lo decía cuando llegara allí en busca de descanso, tal vez después de una larga y fatigosa jornada, la estra-

ñeza con que todo lo observaba. Tampoco podía ser uno de tantos merodeadores, venidos de la frontera, porque, como ya lo ha demostrado, se hallaba sin armas, y los bandidos que infestaban aquellas comarcas no iban sin ellas.

«Allí» se detuvo y «allí» cayó rendido; bebió, con ansia, del agua manantial y, reclinando la cabeza al pie del tronco de aquel árbol, cruzó los brazos y cerró los ojos.

Y era á él á quien «la gran espía de la tribu charrua, la invocadora de *Añá-gualpo* contra los malditos cristianos,» rastreaba.

III

Un casamiento ante el dios de los charruas

Ambos se preguntaron á la vez, él con lenguaje extraño, ella en el suyo propio; pero cuyas preguntas comprendieron más por lo expresivo de la acción y el gesto que por la palabra:

—¿Quién eres, cristiano?

—India, ¿por qué te debo la vida?

La hija de la tribu charrua hizo un mohín de desprecio como si para ella no tuviera importancia la muerte de aquellas fieras; luego se acercó á examinarlas: yacian inmóviles, abrazado el oso hormiguero al cuello del jaguar: estaban muertos.

Y dirigiéndose al desconocido, le preguntó de nuevo en español:

—¿Quién eres, cristiano?

—Un pobre marinero—le contestó él, señalándole su camiseta— escapado de un buque de guerra,—pronunciando algunas palabras en el mismo idioma.

—No, cristiano—le dijo ella, sonriendo incrédula:—tu miserable ropaje oculta algo más grande que «un pobre marinero.»

—Y tú, ¿quién eres?—le preguntó á su vez el joven, como si quisiera eludir más amplia contestación ó le fuera molesto asegurar que no mentía.

—Yo soy *Iponá*, la hija de la tribu charrua—contestó ella, con entonación grave y solemne; —la hija de la tribu indomada á los cristianos, los malditos dominadores de nuestra tierra. Yo aborrezco esta raza como la aborrecían mis hermanos y la aborrecieron mis mayores.

—¿Por qué entonces me has salvado la vida creyendo que yo sea cristiano?

—Porque sé lo que has hecho.

—¿Sabes?..

—Sé que eres un valiente, un héroe como lo fué mi abuelo, como lo fué mi padre, como lo son mis hermanos que ahora gimen en la prisión de los dominadores...—y la india, lanzando un sollozo, continuó soberbia: —sé que has hecho daño á los de tu raza y eso me atrae á ti de una manera irresistible.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mis oídos, mis ojos, mi corazón que no lo intimidan ni esas fieras de nuestros desiertos —añadió, señalando las que estaban inertes.

—No te comprendo...

—Yo huía de la persecución de los «conquistadores» y allá en el mar, del otro lado, vi la batalla de sus buques que vencieron al extranjero, cuyo barco llevaron á remolque para venderlo... La noche era oscura, cristiano; pero la india que ve en las profundidades de la noche como el jaguar, lo observaba todo desde la orilla desierta. Vió cuando el buque prisionero quedó solitario; cuando un hombre se arrojó desde su proa al agua y cuando las densas llamas envolvieron aquel buque mientras que el hombre nadaba silenciosamente, con la misma agilidad con que nadamos nosotros, y se dirigía hacia tierra. Tú eras ese hombre. ¿Verdad, cristiano?

—¡Es verdad!—repitió el joven, mirándola admirado.

—Llegaste por fin á tierra y á toda carrera, sin descansar, con la misma agilidad con que nadabas, cruzaste el cerro sin que te intimidaran sus bramidos ni te descubriesen los centinelas de la cárcel... Corriste por los campos como corre el ñandú en la pradera... Te ocultaste en un

bosque de espinoso ñapindá, para refugiarte más tarde en las palmeras... Te creíste inseguro y marchaste de nuevo indeciso, sin saber adonde ir; pero alejándote de los centros poblados, como si temieras ser descubierto.

—¿Tú me seguías, india?

—Sí, cristiano: te he seguido desde el primer momento paso á paso hasta que, transcurrida la noche en esa incesante carrera, te vi caer, rendido por el sueño, por el cansancio, por la sed y el hambre... Toma, cristiano—añadió, sacando del zurrón una «vampa» en forma de mate y una maza de frutas, al ver que el desconocido se apoyaba en el tronco del árbol y flaqueaba, pálido y tembloroso, inclinándose á él y acercando á sus labios la «vampa.»

El desconocido bebió y comió impulsado por el hambre y la sed; luego, como poseído de algo que lo atormentase y clavando en la india la mirada extática, llevó la diestra al pecho, murmurando:

—¡Aquí..., aquí... siento fuego!—desvaneciéndose.

La india le separó la mano y en el sitio, señalado por él, observó una pequeña herida, cuyos bordes, negros, se hallaban hinchados.

—¡Ah!..—exclamó sorprendida:—«curú» te ha mordido, cristiano—añadió en voz baja, examinando detenidamente la herida.—¡Ay de ti, si yo no hubiera estado aquí para curarte!

Y sacando del zurrón unos polvos los aplicó á la herida, restregándolos en ella. Luego rasgó un lienzo y añadiéndolo, levantó el cuerpo del desconocido, colocó en la herida nuevos polvos y lo vendó cuidadosamente. Y así, inclinada, abrazada á él y cerca su rostro de su rostro, casi unidos, musitó, arrobada, en el lenguaje de su raza:

—¡Qué hermoso eres, cristiano!

Cuando el desconocido, aliviado del intenso y soporífero dolor que aquella herida le causara, volvió en sí, la india ya no estaba á su lado; pero la vió cercana, eligiendo y arrancando las hojas de una planta rastrera, enlazadas sus ramas á otras plantas y formando sortijas que la asemejaban al reptil venenoso que mordiera al descono-

cido. La vió después parar la atención hacia un imperceptible ruido de hojas secas; cortar en seguida, con su cuchillo, unas cañas; desaparecer por un momento entre los vástagos del espinoso ñapindá y sonando un golpe, como el que produce el hacha sobre el tajo, volvió á su lado, arrojando sobre los cadáveres del jaguar y el yumiri el de una hermosa vibora de la cruz.

—Cristiano—le dijo, señalándosela,—ésta fué la que te mordió y también la he dado muerte para castigarla por el mal que te ha hecho. Te han salvado los polvos del «caapebá,» que afortunadamente yo traía; pero tienes que purificar tu sangre de la mortal ponzoña y debes masticar sus hojas que aquí te traigo.

E inclinándose de nuevo ante el joven le ofreció aquellas hojas que acababa de cortar.

El desconocido las tomó é hizo le que la india le dijo. Fijó de nuevo sus ojos observadores en ella y con una expresión de infinito agradecimiento, quiso besar la mano con que aun le alcanzara de aquellas hierbas; pero ella repelió bruscamente la acción del joven, diciéndole, con acento de blanda humildad:

—Eso hacen los esclavos, cristiano, y tú no lo eres.

Ambos se miraban fijos los ojos en los ojos en una profunda contemplación y así permanecieron hasta que le preguntó él:

—¿Me ama la hija de la tribu charrua?

—No lo sé, cristiano...—murmuró ella, inclinando la frente ante la dominadora expresión de aquellos ojos que ya la ansiaban.

El la atrajo á sí y lo que ella no permitiera hacer en la mano, quiso hacerlo en su boca; pero *Iponá* volvió á rechazarlo, diciéndole, con el mismo acento de antes:

—Ahí sólo besa el unido á la mujer.

—¡Y yo—replicó él, atrayéndola nuevamente,—que te debo dos veces la vida, india mía, me uno á ti por toda mi existencia!

Y ante la nueva resistencia de *Iponá*, añadió, vehementemente:

—¡Dicen que ese es el dios de tu raza—señalando el astro luminoso, ya volcado hacia el Oeste;—pues él nos alumbró, él nos mira y ante él yo te juro unirme á ti para siempre, mi querida salvadora!

—¡Te amo, cristiano!..—murmuró ella, flexible ya, dejándose atraer y correspondiendo á aquellos labios en un beso deseado con toda el ansia de su ardiente naturaleza.

Y la hija de la raza indomable, cumpliendo, fatalmente, la predicción del profeta *Yamundú* (1) se entregó vencida al desconocido cuando ya las sombras de una nueva noche aparecían en Oriente y el dios de los charruas se ocultaba entre las nubes grises y el coro de las aves lanzaba sus últimos gorjeos como si fuera plegaria de la agreste naturaleza y allá, en las tupidas selvas y en las orillas de los caudalosos ríos, se repetían las voces quejumbrosas de las hambrientas fieras.

(1) *Yamundú*, gigante hechicero de la leyenda charrua. Predijo que hablan de venir á su tierra gentes lejanas que dominarían á los indios en el Río de la Plata.

Preparando la fuga

—¡Ya no volveré á mi tribu!.. ¡Ya no volveré!.. — exclamó *Iponá*, en un suspiro indefinible, de infinita tristeza.

—¿Y por qué no has de volver? le preguntó el joven. — Iremos juntos—añadió, pensativo.

—¡Ignoras lo que es mi tribu!—contestó *Iponá*, estremecida de espanto.—¡Si fuéramos á ella te matarian y á mí también.

—¿Siendo tu esposo?—la preguntó el joven sorprendido.

—Un cristiano no puede serlo de una hija de mi tribu.

—¿Y si yo no fuera cristiano?—la preguntó el joven, fijando en ella la mirada intensa.

—Lo mismo, no siendo de mi raza.

—¿Por qué?

—Porque mi tribu lo ha jurado.

—Nos alejaremos de tu tribu.

—Sería inútil.

—¿Inútil?

—Sí, porque al ver que yo no volvía me buscarían.

—Nos ocultaremos.

—Para los adivinos de mi tribu no hay rincón que se oculte á su mirada cuando ellos quieren.

—¿Y si yo pudiera llevarte á mi país?

—¿De veras?—le preguntó *Iponá* jubilosa.—¿No me abandonarás?—agregó, queriendo leer en lo profundo de sus ojos.

—¡Abandonar á mi salvadora!.., á mi esposa .., ¡jamás!

—¿Y en tu país serás de los grandes elegidos y tendrás hombres que se prosternan ante ti y te reconozcan por señor?

—Desgraciadamente no es así, salvadora mía—le contestó él sonriendo.

—Pues... ¿quién eres?—le preguntó *Iponá*, dudando de su sonrisa.

—Ya te lo he dicho: un pobre aventurero que corre en pos de fortuna—volvió á contestarle el joven; pero era tan irónica su expresión; había tanta tristeza en su voz que la india repuso:

—¡Tú me engañas!

—Y qué objeto tendría, mi querida *Iponá*. Nuestra suerte está unida para siempre. Huiré de aquí y tú vendrás conmigo; pero antes buscaremos en las entrañas de esta tierra los fabulosos tesoros que esconde. Yo no ignoro que aquí hay minas de oro y piedras preciosas...

—Sí, las hay en las sierras de Santo Domingo Soriano y en los llanos de sus campos brillan las piedras preciosas y las pepitas de metal amarillo; pero todos esos tesoros, que hay allí y en otras partes, se encuentran vigilados por las tropas del invasor.

—¿Todos?—preguntó el joven, con lentitud y fuerza de expresión.

—¡Todos... no!—replicó *Iponá*, con orgullo.—La india charrua conoce otros, que brillan en las cuevas de las montañas, allí donde no ha llegado aún la mirada devastadora del soberbio cristiano; donde se encuentran concavos que, en su fondo, reflejan piedras de hermosos colores.

—¡Oh mi adorada hija de la tribu charrua, iremos allí!—exclamó entusiasmado el aventurero.—Y mientras yo

recojo esos tesoros, tú vuelves á la tribu para que no desconfíen.

—¡Separarnos!.. -exclamó á su vez ella, con sorprendente aflicción.

—Por poco tiempo. Nos señalaremos un lugar donde nos encontraremos de nuevo... Robaremos una lancha, una canoa, una embarcación cualquiera, y llevando en ella nuestro tesoro, bogaremos á otras regiones..., lejos, muy lejos, donde no nos alcance la venganza de tu tribu.

Iponá, que aún tenía clavada la mirada en la expresión del joven, como si quisiera leer en ella la sinceridad de sus palabras, le dijo, al fin, poseída de una resolución inmediata:

—¿Te consideras ya con bastantes fuerzas para seguirme?

—¡Sí!—afirmó el joven.

—¡Ven!—añadió entonces *Iponá*, señalándole un rumbo.

—¿Adónde?—le preguntó él, sorprendido.

—A las cuevas de las montañas de que te he hablado: allá, junto á las cascadas que saltan en corrientes vertiginosas petrificando sus aguas cuanto tocan; tras las inmensas sabanas alfombradas de gramillas, junto al bosque impenetrable de robustas cañas, cuyos troncos son tan gruesos que apenas podrán abarcarlos tus brazos; más allá de los inmensos pajonales donde se ocultan millares de *micurenes* (1), llevando sus hijuelos escondidos en la bolsa de sus pechos, para que la poderosa *curiyú* (2) no se los robe...; donde aparece en las noches sombrías el diablo *Pifán* (3), que tiene un espejo en la frente, donde todo se refleja... (4).

Y así le iba diciendo en tanto el joven seguía tras ella por aquellos intrincados laberintos de naturaleza muerta,

(1) Comadreas.

(2) Culebra enorme.

(3) Semejante á la luciérnaga.

(4) Cierta que la india no debió explicarse en este lenguaje; pero el autor ha considerado conveniente usar de él, como en otros pasajes, para mayor claridad del lector.

alumbrados por los descoloridos fulgores de la luna, ocultada, á veces, entre un manto de nubes que se desgarraban, condensaban y evaporizaban al impulso de los alisios. Y así seguían, seguían silenciosos, hasta que el aventurero, como si hubiera hecho ya el último esfuerzo, se detuvo vacilante.

— ¡No puedo más! — exclamó, y cayó de nuevo desvanecido.

Iponá volvió á él; se recostó á su lado; lo acarició con dulces palabras, é inclinó la cabeza en su pecho, canturreando bajo la canción de las madres charruas hasta que fué apagándose su voz poco .. á poco .. Ambos dormían y así transcurrieron las horas de aquella noche, hasta que, al despertar bruscamente, se vieron, con asombro, rodeados por varios que, riendo y hablando brutalmente, les intimaban que se dieran presos, amenazándolos «con armas de chispa y blancas.»

El terrible «Curú»

—¡Atrás, canalla!—bramó la india, como brama el huracán en las encrespadas olas, yendo á ellos con tan impo- nente actitud que aquellos hombres callaron, retrocedien- do atemorizados.

Iponá, esgrimiendo en la diestra su grueso y largo cu- chillo, los estuvo observando, desapareciendo luego, de su actitud y semblante, la rabiosa fiereza con que los enmu- deciera, mientras el aventurero, sin armas que oponerles, los miraba fijamente cruzado de brazos y ellos la obser- vaban suspensos.

—Yo te conozco—dijole al fin la india á uno de aquellos hombres, y como si una idea trabajara en su cerebro.—Tú eres Bruno Páez.

—Y yo también á ti, *Iponá*—contestó él.—Es decir—añadió, un tanto irónico:—te conozco ahora que nos miramos cara á cara, aunque, francamente, nunca me hubiera ima- ginado...

—¿Te acuerdas, Bruno Páez—continuó ella,—cuando te salvé la vida al llevarte preso los soldados del Fijo para fusilarte?

—No lo he olvidado—respondió el llamado Bruno Páez,

cambiando la expresión de su voz y su semblante,— aunque después me *indultaron* al descubrirse mi inocencia.

—Pero fué tarde... Y á ti también te reconozco, Francisco Cultivanos, y á éste, tu tocayo «el chico,» y éste, José Leche, pescadores los tres del «Colla,» «San José,» «Santa Lucia» y «Canelones.» Y fué aquí donde *Curú*, el terrible *Curú*, ¿os acordáis?, os quiso degollar y sólo valió el salvaros de la muerte mi presencia, mis súplicas, mis amenazas de lanzar contra él la venganza del jefe de vuestra banda, que tanto me debe.

—Es cierto—contestó el primero—y sólo consintió Martín Pereyra en ello á condición de que le juráramos fidelidad y formáramos parte de los suyos...

—Sí, porque conocéis todos los rastros de esta tierra; porque sabéis manejar una canoa con la misma destreza que los de mi raza y un buque velero como el mejor piloto de los cristianos; pero no sois malos...

—¿Malos?.. —preguntó Francisco Cultivanos.—Eso es según... Antes no lo éramos, *Iponá*; pero hoy..., quien anda con lobos á aullar se enseña.

—No sois malos—repitió la india—y la prueba de que no lo sois está en que todos me agradecéis lo que he hecho por vosotros y vuestras familias...

—¡Eso sí!.. —exclamaron los cuatro.

—No sois malos y estoy cierta de que si encontrarais la ocasión de poder huir de la banda, lo hariais.

Y siempre observadora, les preguntó:

—¿Estáis decididos?..

—¡Ahora y siempre!..—contestó Cultivanos, mientras los demás afirmaban con el gesto, temerosos tal vez que escucharan su voz.

—Pero... ¿cómo conseguirlo?—repuso Bruno Páez, en voz baja.—¿Cómo conseguirlo sin que nos descubra el vengativo teniente y nos haga pagar las hechas y por hacer?

—No os descubrirán, porque él y toda la cuadrilla serán destruidos—dijo la india en tono sentencioso.

—¿Por quién?—preguntaron ellos, dudando de las palabras de la india.

—Por los blandengues, que ya andan buscando cómo hacerlo.

—No no lo conseguirán, *Iponá*, porque el jefe y su gente saben pelear, y como tienen escondrijos que los blandengues no conocen, se ocultarán para que no den con ellos.

—Serán sorprendidos en su guarida, Bruno Páez.

—¿Y quién podrá sorprenderlos cuando tanto vigilan?

—¡Yo!—exclamó la india.

—¡Tú, *Iponá*, á quien tanto respeta el capitán!

—Sí, yo los conduciré sin que ninguno lo note.

—¿Y yo te pregunto, *Iponá*, porque me tienes admirado, si «los conquistadores,» como tú les llamas á los cristianos, son los enemigos que más aborrece tu tribu, cómo te atreves?..

—Yo ya no pertenezco á la tribu, Bruno Páez—contestó *Iponá*, en un gesto de íntima tristeza.

—¿Qué dices!—exclamaron los cuatro, asombrados.

—Porque pertenezco á ese hombre—añadió ella, señalando al joven, con resplandores de vehemencia en la mirada.—¡Soy su esposa, soy su esclava!

—¡La hija de la tribu charrua esposa y esclava de un hombre de nuestra raza!—exclamó Bruno Páez, más asombrado aún, como los otros tres.

—¡Oh, si lo saben los de la tuya, ni él ni tú escaparéis á la muerte!

—Sí, Bruno Páez, escaparemos, y vosotros, que no sois malos, nos ayudaréis á conseguirlo.

—¿Cómo?

—¿Estais dispuestos?—repitió la india.

—Siempre que podamos...

—Poneos alerta y cuando, en la noche, oigáis el grito del chajá y me veáis aparecer en la guarida de la banda, es señal de que tras de mi llegarán los cristianos armados. Huid, huid entonces, sin que lo noten y no paréis hasta llegar á San Fernando de Maldonado.

—Sí -replicó Bruno Páez, sonriendo irónicamente;— pero eso será salir del fuego para caer en las brasas. En Maldonado las autoridades nos tomarán y averiguando que hemos pertenecido á la sanguinaria banda de Palomino. .

—Allí la tribu de los charruas tiene una embarcación velera. Bastará que yo me presente para que los que la guardan me la entreguen. En esa embarcación costearemos, hasta llegar á las grandes minas de pepitas doradas que yo conozco... ¿Os conviene?

—Vida perra por vida perra—contestó Francisco Cultivanos, es preferible la que nos propone *Iponá*, ¿verdad?

—Sí, porque después que lienemos con ese rico metal la embarcación—añadió Bruno Páez, con ojos de codicia, —podremos marcharnos en ella á tierra extraña.

—¿Abandonando á nuestras familias?—replicó José Leche, en tono de protesta.

—Peor sería que nuestras familias nos vieran colgados de la horca—contestó aquél, con alguna impaciencia.

—No hay más que hablar—dijo Francisco Cultivanos.

—Pero - dijo la india, señalando al joven, el que ya con el gesto aprobaba sus planes, —con la condición de que todos obedeceremos al «caray» (1).

Los cuatro quedaron suspensos al oír esa proposición. ¿Quién era aquel desconocido á quien habian de obedecer?

—Eso—refunfuñó Bruno Páez, con la insinuación de los otros —será si lo merece.

—¿Y te crees— exclamó la india con soberbia expresión de orgullo—que no lo merece el que, con su sola presencia, ha dominado á *Iponá*?

Y fué entonces que los cuatro fijaron su atención detenida y escudriñadora en el joven, y avezados á reconocer

(1) Jefe supremo.

las condiciones de mando en las fisonomías de otros hombres, se sintieron, como la india dominados por ese «algo» que emanaba de él.

Y ya iban á asentir cuando *Iponá*, que dirigía la mirada perspicaz y atento el oído hacia un bosque cercano, les dijo, en voz baja y precipitada:

—Por allí viene *Curú*... Cuidado «amigos,» y si es necesario defended al que, desde hoy, será vuestro jefe, como yo lo defenderé contra todo peligro.

Y añadió, con sentenciosa vehemencia, señalando al joven:

—Mirad que de su vida dependerá la vuestra...

—¡Qué haceis ahí, pelmazos! - les increpó á los cuatro con quienes primero se topara un nuevo personaje que, acompañado de otros hombres, armados como él, se presentara luego.

Era Martín Pereyra, alias *Curú*, teniente de la banda del sanguinario Palomino.

—¿Acaso os he mandado aquí—añadió en tono desabrido—para que convirtáis este campo en salón de conferencias? A ver, pronto, llevad esa india y ese hombre á presencia del capitán.

—Es que, teniente—contestó Bruno Páez, mientras los otros enmudecían y bajaban la mirada ante la amenazadora acción del terrible *Curú*,—esta india es *Iponá*, á quien no has reconocido.

—¡Cómo! . ¡*Iponá* aquí!..—exclamó el teniente de la banda, cambiando su actitud, dura y zahareña, al reconocerla.—¿Eras tú, *Iponá*?.., y yo que te había tomado por espía de los blandengues.

—Sí, yo soy, Martín Pereyra—contestó la india, mirándolo al soslayo.

—¿Y qué hacías—preguntóle el teniente de la banda—junto á ese hombre de nuestra raza?—señalando al joven, cuyo gesto de altivez había crecido á su llegada.

—Ese hombre de tu raza—replicó la india, mirándolo ya cara á cara, fruncido el ceño y con gesto despreciativo—ha sido salvado por mí de la picadura de *Curú*.

—¿Eh?..—repuso el teniente, hosco y desconfiado.—¿Un reptil le ha mordido?

—Reptil de la tierra y no como tú, reptil humano, Martín Pereyra, aunque tu veneno sea más terrible que el del reptil de la tierra.

El llamado *Curú* se encogió de hombros, no comprendiendo ta! vez la sutileza de la india y haciendo una mueca, que queria ser una sonrisa, le dijo:

—A fe de de hombre honrado, valiente *Iponá*, que eres la mujer más extraña que he conocido. Desde que naciste te enseñaron á aborrecer á los hombres de nuestra raza y, sin embargo, no pierdes la ocasión de favorecer, si puedes, al que se encuentra en desgracia. ¿Qué interés has tenido en no dejar que ese hombre se muera?

—No tengo por qué darte cuenta, *Curú*—le replicó la india impositiva.

—¡Eh, basta entonces! .—exclamó el teniente, volviendo á su natural torpe y grosero.—A ver, idiotas, apoderaos de ese hombre y amarradlo bien—añadió, dirigiéndose á los demás bandidos.

—¿Y si yo no quiero que se apoderen de mí ni que me amarren?—preguntó el joven, haciendo uso de palabras exóticas y echando miradas al cuchillo de la india.

—¡Si te resistes, bellaco, te levanto la tapa de los sesos en un santiamén!—gritó Pereyra, sacando y amartillando una de las pistolas que llevaba en la cintura.

—Hazlo si puedes—dijo el joven, yendo á él en actitud resuelta.

—¡No!—exclamó la india, interponiéndose - no, Martín Pereyra, este hombre va á seguirte; pero..., respétalo.

—¡Respetar yo á ese carroña que ni hablar en cristiano sabe! ¡Yo! .—repuso el teniente de la banda, en el colmo de un furor inaudito.

—¡Sí—afirmó la india, en actitud brava y decidida,—tú, el terrible *Curú*, á quien *Iponá* no teme; tú, porque *Iponá* te lo exige, la hija predilecta de la tribu charrua, de la tribu charrua á la que tú tanto temes y que caerá sobre ti y la banda como cae el torrente en el abismo...; *Iponá*, de

quien bastaría una queja á tu jefe para que te aplastara como á reptil cuyo nombre llevas... ¡Ay de ti, *Curú*, si no cumples lo que te pido...; ay de ti!

Y haciendo una transición rapidísima de la imponente fiera á la tierna blandura, le dijo al joven en voz baja, siempre fija la mirada en el teniente:

—No le resistas y nada temas que *Iponá* vela por ti— alejándose hasta desaparecer, sin que el terrible *Curú* intentara impedirlo.

VI

La banda del sanguinario Palomino

Tras un alto é impenetrable juncal, que destacaba en herradura sobre un terreno quebrado y junto á un bosque de corpulentas palmas, en cuyos huecos del terreno se notaban las taperas de una antigua población indígena; cercano al lugar aquél al que los «conquistadores» dieran el nombre de rodeo y en derechura á la pintoresca aldea llamada de las Viboras, sentado había sus reales ó sus robos la famosa banda del sanguinario Palomino, cuyo nombre, apellido ó mote le cuadraba, por lo inverso, como á un Cristo un par de pistolas. Qué Palomino ni qué Palomino aquel que nada tenía de torpe, aunque sí de excesivo, riguroso y desordenado. En cuanto al calificativo aquel de «sanguinario» encajábale de molde, al decir de la complicada hoja de sus hechos feroces.

Contrabandista allá en la tierra que lo viera nacer, cayó en manos de sus perseguidores, asegurándose que en Ronda, su pueblo natal, le había endilgado un horrible navajazo nada menos que al autor de sus días; pero como no pudo probarsele plenamente, contentóse la benigna clemencia de la justicia con destierro perpetuo á tierra de Indias.

Ya á bordo de un buque mercante que lo trajera, riñó con el contramaestre, y aunque separados á tiempo de que

éste no lo estrangulara, en lo que anduvieron desacertados, el confiado jefe de la marinería amaneció, pocos días después, con tamaña boca abierta en el mismísimo corazón.

Como lógico y natural era, todas las sospechas cayeron sobre él; pero como no hubiese pruebas ni semipruebas y él aseguraba, á pies juntillas, jurando y perjurando su inocencia «por la maresita santa,» asegurando que tal vez aquel «desaborío» se había «suicidado» para hacerle ese flaco servicio, se le engrilló y encerró en la cantina para que las autoridades letradas de tierra lo juzgaran. Y al llegar el buque mercante á Montevideo, como se trataba de un bicho peligroso por sus antecedentes, y previendo las precedentes, las autoridades militares lo enviaron al presidio del cerro, mientras le llegaba la hora de que lo ahorcasen. Pero, Palomino, aunque algo retaco y no muy corpulento, tenía las fuerzas de un toro y era tan hábil, ¡eso sí!, que de la noche á la mañana desapareció de su celda, á pesar de la remachada barra de grillos con que allí lo tenían en conserva, encontrándose rotas las rejas de la prisión y, lo que es más asombroso aún, dos centinelas muertos y con el cráneo despedazado, valiéndose, sin duda, para ello de los mismos grillos, no sabiéndose nunca cómo rompiera el remache ni cómo hiciera lo mismo con la reja. Es claro que al verse en libertad el monte se le volvería orégano. Noticias hay de que muy luego tornó á su antiguo «oficio» de contrabandista, asociándose á otros «nenes» de su calaña, hasta que, cansado probablemente de esa vida tan agitada y perseguida resolvió, por bien, levantarse con sus ganancias y las de sus socios y, no lográndolo, se levantó, por mal, asesinándolos cuando dormían y él se hallaba de guardia.

Establecióse entonces con un garito en la frontera, y una noche, en que se hallaba descuidado, lo que acontecía rara vez, los tahures que allí había le robaron las ganancias y el capital que ocultaba en un arcón. Lo sospechó y más tardó en cerciorarse de la verdad que en emprenderla á trabucazos con los tahures.

Y fué tan afortunado que recuperólo todo con el aditamento de lo que aquéllos guardaban por cuenta propia, aunque no sin haber sostenido el más descomunal de los combates, en el que lo acribillaron con armas blancas, dejándole un chirlozo para toda su existencia que se hendía en la carretilla del lado izquierdo, como seña particular.

Sin embargo, teniendo más agallas que un tiburón abuelo, como él decía y se decía, aún le quedaron fuerzas para cargar con su dinero y el ajeno y huir á las impenetrables sierras, donde lo encontró la india *Iponá* ya agonizante y lo curó para, con mayor tesón, volver á sus correrías, hasta que logró hacerse capitán de bandoleros, asaltando estancias y desvalijando descuidados caminantes; feroz á la resistencia y desapiadado con los débiles.

Poco le costó reunir su famosa banda, escogida entre lo más granado del crimen, huidos del presidio brasileño y de las cárceles de la plaza fuerte de Montevideo; ladrones probados y asesinos de nota, tahures de pulperia y contrabandistas desechados. Gente, en su mayor parte tosca, grosera, imbecilizada por el alcohol é impropia para «faenar» con acierto en poblado; pero conocedora, en su mayor parte, de los rincones y encrucijadas de aquella campaña, por lo que, fácilmente, escapaba de las rondas, mandadas á perseguirla. Cuando se trataba de repartir las «utilidades» y ninguno se conformaba con la suya, era entonces que el famoso Palomino interponía su terrible autoridad y á veces su temible navaja sevillana ó su trabuco naranjero para acallarlos, «por buenas ó por malas,» como él siempre repetía.

Resaltaba, después del jefe, su segundo Martín Pereyra, á quien los indios llamaban *Curú*, lo que en romance se traducía en vibora ó culebra, lo que no le placía mucho á Palomino, porque «esos bichos» resultaban de mal agüero en su tierra y había que andar siempre con el lagarto en la boca.

Era Martín Pereyra, de origen portugués, el prototipo

del desalmado y de la crueldad más refinada; pero, en cambio, era también «casi» tan valiente como su jefe y arriesgado y astuto como el que más. Palomino lo creyó su hombre y por ende lo hizo su segundo.

Después venía, como prenda de valor, un tal Juan Sánchez, gitano, nacido en el pueblo de Palomino, que fuera torero y que, como á su jefe, lo mandaron á tierras de Indias, porque en vez de «ponerle» una estocada al bicho se la enderezó á un compañero que le tenía tirria; pero, por equivocación, como él decía. En cuanto llegara á las prisiones del Cerro, como Palomino, se escapó de ellas, llevándose, «por equivocación» también, los fusiles y escopetas, con todas las municiones, que hallara á mano.

En cuanto á Juan de la Rosa Suárez, que fuera hijo de una familia de «bien,» contaban que se había «desgraciado» con una joven, por celos, y, una vez «desgraciado,» no había por dónde agarrarlo, sin que destilara alcohol y sangre... de otros.

A José Fernández lo conoció Palomino en su pulpería, la que cerró por ir los negocios á menos. De allí pasó á capataz de una estancia de la que tuvo que huir por haber amanecido su patrón asesinado y robado en cuanta plata y «pilches» tenía. El pobre aseguraba que era ignorante de aquel acontecimiento, pero que por no verle la fea cara á la justicia tomó... las de Villadiego.

Lo que es de Pedro Mereles se decía que antes de «enrolarse» en la cuadrilla de Palomino sólo había hecho una bicoca: la modestísima hazaña de «tomarse» los cálices de la Matriz, cuando fuera en aquella Santa Catedral sacristán provisorio, lo que, por las leyes que regían, había incurrido en la mayor de las penas... ¡Pues ahí es nada!.., ¡los cálices!.., ¡robo sacrilego!.. ¡Vade retro, Satanás! . ¡A la horca con él!..

Desertores del Fijo eran Antonio Pintos, Manuel de la Cruz, Jacinto Viera, criollos de «pura raza,» que al dejar la atareada vida de la milicia, se llevaron como Juan Sánchez, por lo que pudiera acontecer y no por equivocación, sus armas y las de otros y que quieras que no, al sargento

que los disciplinaba para hacer con él una que fuera sonada, y tan sonada fué, que luego lo encontraron degollado y con tantos faconazos en el cuerpo que el «escriba» que diera fe se cansó de contarlos.

En cambio Bruno Páez, á quien ya conocemos, era «un buen hombre,» á quien el celo de la justicia lo enredó en la muerte de aquella infeliz que asesinara Juan de la Rosa Suárez, y si no hubiera sido por la temeraria audacia y sagacidad inconcebible de la india *Iponá*, que se lo arrebató á los blandengues, sorprendiéndolos, tarde hubiera llegado la revisión de su causa cuando se tuvo plena prueba de quién era el verdadero y único culpable. Pues asimismo le llegó tarde, pues huyendo, cuando *Iponá* lo librara de caer nuevamente en manos de la justicia, cayó en cambio, como los dos Franciscos, «grande» y «chico,» y José Leche, en las garras del «terrible *Curú*,» que los obligó, con terribles amenazas, á que formaran parte de aquella banda, de la que no se animaban á separarse por temor á la venganza de los jefes.. Y ya sabían ellos los puntos que calzaban Palonino y su segundo...

La conocida banda en todos aquellos alrededores, desde la colonia del Sacramento hasta el pueblo de Santo Domingo Soriano y Capilla de las Mercedes, se componía de treinta y tantos forajidos... Basta con el «conocimiento» de los dichos, que los demás se hallaban ausentes.

VII

Lorenzo Salay

Ya se habia adelantado Martín Pereyra á dar cuenta á su jefe de aquel desconocido encontrado con la india *Iponá*, sin menguar detalle ante los que, como á él, causarónle verdadera sorpresa á Palomino; pero, reflexionando después sobre los contradictorios sentimientos de aquella mujer singular, cuya sagacidad, destreza y coraje no tenia ni aun entre el sexo masculino, repuso:

—¿Y qué tiene de extraordinario? ¿No me amparó á mi también sin conocerme cuando hui de mi pulperia hecho una criba? ¿Y tú, Pereyra, no le debes también grandes servicios á pesar de aborrecerte? ¿Y cuántos hay que se encuentran en las mismas condiciones? ¿Qué extraño es, entonces, que al encontrar á ese hombre herido de muerte lo haya salvado?

—Pero es, capitán -- repuso «el terrible *Curú*,» con brutal malicia, -- que una cosa es salvar y otra encontrarlos tan unidos cuando dormían.

— Cuando se duerme, Pereyra -- contestó Palomino riendo, -- no se sabe lo que se hace.

Y añadió, ya serio y clavando en él la mirada amenazadora:

—Pretenderías acaso, condenado, hacerme creer que entre ese hombre y la *Iponá*... ¡*Iponá* que ha rehusado el ser capitana de la banda!.. ¡Pues si tal piensas, ocúltalo, no me lo digas, porque te costaría la vida! ¿Por supuesto que no habrás hecho con ella alguna de tus barbaridades? ¿Que la habrás respetado?

—Respetada ha sido, capitán respondió el teniente con voz insegura y alterado el semblante.

Y bruscamente le mandó Palomino:

—¡A ver, que me traigan ese hombre!

Pocos momentos después el aventurero se encontraba en presencia del capitán de la banda y de los forajidos que lo condujeron allí.

Palomino lo observó y quedó admirado al verlo, porque, á pesar de su mezquina indumentaria, llamó también su atención en él «ese algo» que diferenciaba aquel hombre de los demás. Su hermosura y su altivez atraían de manera irresistible. Palomino siguió observándolo silencioso y al notar su talante indiferente, tranquilo, desdeñoso, casi despreciativo, frunció el ceño y fué á él con aquella mirada de bandido que á tantos había dominado y dominaba, pero debió resultar lo contrario con aquel joven, porque siguió lo mismo, imperturbable.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó entonces, cambiando de gesto y con ademán y voz en que había cierto miramiento.

—Lorenzo Salay—contestó el joven, como si ya tuviera la respuesta pronta.

—¿De dónde vienes..., porque tú no eres de esta tierra?

—No, vengo de un buque inglés donde me tenían prisionero...—añadió entre palabras exóticas.

—Tampoco eres español y eso se conoce á la legua en tu persona y en tu modo de hablar.

—Tampoco—repitió el joven.

—¿Te escapaste de á bordo?

—Así parece.

—Tú debes de ser tudesco ó ruso... ¿Dónde has na-

—No lo sé.

—¿Que no sabes dónde has nacido?

—No.

—¿Adónde ibas?

—Adonde me lleve la suerte.

—Pues no ha sido mala tu suerte al haber caído en mis manos.

—Será - replicó el joven, cada vez más indiferente y despreciativo.

—¡Cómo!—exclamó Palomino, volviendo á fruncir el ceño, con la mirada amenazadora.

—Tú lo has dicho—recalcó el joven, siempre frío é imperturbable.

—¡Voto á...! ¡Bueno!—repuso Palomino,—ahora tienes que elegir: ó que voluntariamente formes parte de la banda ó que te ahorquemos de uno de esos árboles.

—La elección no es difícil—contestó el joven sonriendo.

—¿Cuál?

—La de ser de la banda... «voluntariamente.»

—¡Hola!, ¿parece que me has entendido?

—Así parece—repitió el joven, encogiéndose de hombros

Palomino, que seguía observándolo, debió quedar satisfecho de su contestación, porque, alargándole la mano, que el joven tocó apenas, le dijo:

—Choca, buen mozo—estrechando la suya.

Luego, al notar de nuevo su desnudez:

—¡A ver—le ordenó al «sacristán» Mercedes:—dale tu capote á ese nuevo compañero!

—Eso es, capitán, desnudar á un santo...—refunfuñó, protestando el «sacristán,» como si quisiera eludir lo mandado por el jefe.

—¡Tú santo, animal—exclamó Palomino, - cuando eres el mismo demonio en persona!

Y con gesto imperativo añadió:

—¡Pronto, venga ese capote!

Y uniendo la acción á la palabra se lo arrebató de los hombros, añadiendo:

—Bastante tienes con la zamarra y otra vez me obedeces sin chistar, porque, de lo contrario, del guantazo que te doy enmudeces para toda tu vida.

—Es que—murmuró el «sacristán,» suspirando hipócritamente—ese capote yo lo conservaba porque es un recuerdo de familia...

—¿De qué familia?

—¡De la mía, capitán, de la mía!— afirmó el despojado.

—Vaya, chitón, cara de alcuza, y no mientas que ese capote se lo apañaste al cura de Mercedes.

—¡Pues por eso: de la familia, capitán, de la familia!

—¡Apanda la mui, «canejo!»—gritó el capitán, entregándole el capote á Lorenzo Salay, que lo tomó con repugnancia.

Y dirigiéndose á Juan de la Rosa Suárez, que miraba al joven con fulguraciones de rencor:

—Y tú—le dijo,—dale uno de los dos cuchillos que llevas ahí. ¡Pronto, «canejo!»—repitió, con voz de trueno y actitud amenazadora.

Juan de la Rosa Suárez obedeció sin replicar, diciéndole al joven, al entregarle uno de los dos cuchillos que llevaba en la cintura:

—Toma, éste ya es veterano y te enseñará el oficio. Con él empecé yo mi honrosa carrera... Maté á una mujer... ¡Ojalá que te sirva para lo mismo!..

—Ahora, Lorenzo Salay ó como te llames, no podrás quejarte de mi hospitalidad—agregó el capitán, en tono de chunga;—sólo falta que te hagamos caballero de la banda cuando lo merezcas por tus hazañas.

—¡Hazañas de bandidos!—replicó el joven, haciendo un mohín de desprecio.

Palomino lo miró de nuevo amenazador, diciéndole:

—Me gusta el desgaire de tu franqueza y te lo soporto ahora porque aún eres novicio; pero te aconsejo que tomes otro rumbo para en adelante. Aquí y donde yo esté, se oye, se ve y se obedece sin chistar lo que yo mando... ¡Y

basta! A ver, tú, Pereyra, lleva este mozo y preséntalo á los demás camaradas.

Y dirigiéndose al joven, le preguntó:

—¿Entendidos?

—¿Y qué remedio?. —le contestó éste con el mismo desprecio.

—¡Dale, «canejo!»— gritó iracundo Palomino.

Y ya iba á demostrarsele tal cual era cuando se presentó á él otro bandido, diciéndole:

—Tengo que hablarte, capitán.

—¿Qué hay de nuevo por la aldea, José Fernández?— le preguntó Palomino, haciéndole señas á su segundo para que se detuviera

—Que ya saben allí que les vamos á dar el asalto de un momento á otro; pero que, debido á su pusilanimidad, tratan de ocultarse y sobre todo las mujeres, que nos han tomado un miedo...

—¿Si?., pues á dar el golpe antes de que se oculten todas... ¡Pereyra!—gritó á su segundo.—A preparar las armas y á dar el golpe cuanto antes... ¡Listos!.. Hoy es día de faena, Pereyra; pero no será en balde, porque hay en la aldea mucha plata... ¡Andando..., á la aldea!

A los pocos minutos aquella cuadrilla de malhechores se ponía en marcha hacia la orilla del río...

De los resultados de aquel asalto á la aldea llamada de las Viboras, nos da cuenta una correspondencia de ese punto en los siguientes términos:

«Al ponerse el sol del día 16 (Agosto de 1801), llegó á esta campaña una cuadrilla como de quince á treinta bandidos que robaron todas las casas que tenían interés. A don Francisco N , le dispararon dos tiros y otros dos á un peón de don Josef Fernández, hirieron á don Beresimo Martínez y montará el robo á unos 7.000 pesos. Se dice que van á volver con el solo designio de tomarse las mujeres. Finalmente, el comandante de la Colonia, á quien se le despachó un chasqui, mandó 40 hombres, que llegaron en la noche del 17, donde el portugués Alejandro.»

Pero lo que no dice la correspondencia y se supo des-

pués, es la noble y singular actitud que asumiera el llamado «Lorenzo Salay,» el que, con verdadera energía de mando y aun á riesgo de su vida, salvó, de aquellos forajidos, la de mujeres y niños, imponiéndose á todos ellos.

Frente á frente llegó á encontrarse con aquel malvado Juan de la Cruz Suárez, el más sanguinario de todos, más aún que Palomino y su teniente, llamado «el verdugo de la banda,» el que, cuchillo en mano y con hidrópicos sentidos de alcohol y sangre, se preparaba á degollar, con grandes burlas y expresiones brutales, á una infeliz anciana.

— ¡Roba; pero no mates, bandido! — le gritó Salay, paralizando su acción desarmándolo, mientras su señalada víctima huía.

Y cuando el clamor del éxito vandálico volvió á reunir la banda para distribuirse el producto del saqueo, Palomino, el primero, le increpó, con amenazas de muerte, su actitud de «marica,» sus inconcebibles impedimentos de que se llevara todo «á sangre y fuego,» arrogándose facultades de mando, estando él y Pereyra allí, ¡él, sobre todo!, cuyas únicas órdenes debían obedecer ciegamente; pero, fueron tan firmes y tan elocuentes que él expusiera, con la expresión y el gesto, más que con su lenguaje extraño, que comprendiéndolo aquellos desalmadados, produjeron en ellos, y especialmente en los que *Iponá* encargara de velar por su existencia, tanta admiración y respeto, que muchos de ellos, á pesar del temor que Palomino les infundiera, opinaron:

—¿Qué ventajas podrían traerle aquellos cobardes y repugnantes asesinatos ni aquellos incendios inútiles?

Y tan irritados se pusieron los ánimos de los unos y los otros, que se hubieran ido á las manos, si el «terrible *Curú,*» comprendiendo y acertando en que la llevarían mal parada los que con el capitán estaban, no hubiera cortado la disputa, llamándolos á la «repartiña,» á la que acudieron como perros hambrientos.

Y entonces sí que fué su actitud más asombrosa para

todos, pues cuando el «terrible *Curú*» quiso entregarle la parte que le tocara, diciéndole:

—Toma tú, Lorenzo Salay —agregando,— aunque no la mereces,—éste le contestó, despreciativo:

—¡Tienes razón, Martín Pereyra, no la merezco y no la quiero, porque yo no acepto plata robada!



VIII

La sorpresa

Pero no habían aún acabado de repartirse los siete mil pesos del robo y demás saqueo hecho en la aldea de las Viboras, cuando un nuevo espía se presentó á Palomino trayéndole noticias de las fuerzas que contra la banda había enviado el comandante del regimiento de voluntarios de la Colonia del Sacramento, don Francisco Albín. Estas fuerzas eran á las que se referían la correspondencia ya citada; pero, también le habló de las otras, compuestas de vecinos de aquel punto, al mando «del esforzado y prudente joven subteniente Casas,» que se adelantarian á aquéllas para sorprenderlos.

Y algo muy grave é inesperado debió agregarle cuando, demudándosele el semblante á Palomino y lanzando el más feroz de sus juramentos, exclamó:

—¡Ah, perra *Iponá!*.. ¡Conque ahora nos traicionas en favor de los que hacen guerra á tu tribu!.. ¡Tú, la hija predilecta de los charruas y la única mujer á quien yo he respetado más que á mi madre, sirviéndoles de guía á nuestros perseguidores!.. ¡No lo creería, Juan Sánchez, si

no me lo aseguraras con tu cabeza!.. Pues ya me las pagarás... ¡gitana!

Y, sin contener la cólera que esa inesperada noticia le produjera, se dirigió adonde estaban los demás bandoleros, unos descansando, otros bebiendo y comiendo ó jugando lo que les había tocado en aquella «repartaña.»

— ¡Arriba y pronto, canalla!—les gritó.

—¿Qué hay, capitán?—le preguntó Pereira, acudiendo el primero.

—Hay que aún tenemos el rabo por desollar. Hay que el maldito comandante Albín, no solamente manda una fuerza de cuarenta blandengues para batirnos, si no otra de la Colonia, compuesta de vecinos armados al mando del subteniente Casas, y es necesario de que, antes que nos pongamos en salvo y de que lleguen unas y otras fuerzas, hagamos una que sea sonada en la estancia de ese maldecido comandante... ¡Arre!.., á no dejar allí titere con cabeza, para que se acuerde toda la vida de la banda de Palomino

—¿Cuándo, capitán?

—¡Ahora mismo, «canejo!»

—¡Pues á la estancia de Albín, muchachos!—les gritó el teniente, repitiendo, entusiasmados, los partidarios del saqueo, incendios y asesinatos:

—¡A la estancia!—en vociferaciones feroces, esgrimiendo sus armas:

—Y tú—le dijo el sanguinario capitán, clavando la iracunda y vengativa mirada en Lorenzo Salay, en tanto los demás seguían en los preparativos de marcha,—mucho cuidado con lo que haces, pues me propongo espiarte y abrasarte las entrañas de un trabucazo si no andas derecho,—y se puso á la cabeza de la banda.

Los más iban hablando del nuevo asalto del que se prometían grandes despojos. Además, que se trataba de vengarse por adelantado de «aquel terrible perseguidor,» de aquel comandante Albín, que en más de una ocasión los pusiera á raya y los obligara á esconderse para no caer en sus inexorables garras,

Pues... ¡á su estancia!, que hasta entonces había sido respetada, ¡y á no dejar allí quien se resistiera ni cosa en su sitio!, como decla el capitán.

Lorenzo Salay, que volvió á contestar con su mudo desprecio á las nuevas amenazas de Palomino, reunido á los tres pescadores y á Bruno Páez, marchaba á la retaguardia, observándolo todo y esperando, como ellos, que tras de algunos de aquellos árboles ó de aquellos matorrales, se les apareciera la india *Iponá*, haciéndoles la señal convenida.

Si así fuera, ellos ya estaban prevenidos: retrocederian, huirían al sitio indicado, mientras aquellos forajidos de la banda, caerían, por sorpresa, prisioneros.

Y seguían hablando en voz baja cuando sonó un prolongado silbido. No: esa no era la señal de la india; era la convenida del espía que mandara Palomino adelantarse para que pudieran atacar la estancia impunemente.

Palomino dió entonces la orden que les transmitió su teniente, de que apresuraran la marcha y aquellos desalmados, esperanzados en el nuevo botín, saltaban, más que corrían, veloces por aquellas intrincadas sendas, desconocidas para otros.

Y he aquí cómo describe el mismo corresponsal aquel nuevo asalto:

«Después del saqueo que hizo de la aldea de las Viboras la cuadrilla de ladrones, pasaron á la estancia de don Francisco Albín, y no sólo robaron cuanto había, sino que destrozaron los muebles y otras especies que no pudieron llevarse é hirieron á los que les hicieron resistencia.»

Y así fué; pero también el corresponsal se olvidó de de tallar que los bandoleros de Palomino, mandados por éste y él el primero, tuvieron á gala el pegar fuego á los ranchos, á las parvas de pasto y á los mismos muebles y especies de que habla.

Después volvieron de nuevo á su guarida, allí cerca del Rodeo, donde, en el mayor desorden y vociferaciones de

triunfo, se hiciera nueva «repartaña» y dispusiera Palomino que descansaran algunas horas para huir en seguida á los escondrijos desconocidos de los blandengues y vecinos armados que deberían venir á batirlos. Y tomadas todas las precauciones necesarias de seguridad por aquellas horas, se entregaron al descanso, confiados en que los centinelas les avisarian inmediatamente que ocurriera alguna novedad.

Esa demora era extraña é inconcebible en un hombre tan receloso y precavido como lo era Palomino. Lo más acertado hubiera sido, como se lo aconsejara el mismo Pereyra, ponerse inmediatamente á salvo; pero el capitán insistió, asegurando que no vendrían tan pronto..., que aun tardarían y ...; es que él quería ver por sus propios ojos, aun arriesgándolo todo, la traición de la india, porque aún dudaba, aún le parecía imposible... Y si fuera cierto..., oh «canejo,» ya sabría él lo que tendría que hacer...

Y arrebuñándose en su manta, se echó junto al tronco de un árbol, con su trabuco naranjero al lado y esperó.

Y cuando ya dormían aquellos salteadores y la trémula luz de la luna alumbraba aquellos solitarios campos, allá, lejano, que iba aproximándose cautelosamente, se arrastraba un bulto, que bien podía ser el de una fiera.

El centinela más avanzado lo observa y se prepara á dar el grito de alarma; pero, del bulto, sale una voz semejante al agudo graznido del chajá. El centinela detiene su impulso y fija siempre la mirada en el bulto, deja que se le aproxime.

Se reconocen: es *Iponá*, la india *Iponá* que ha servido de guía á los cristianos.

—Bruno Páez—le dice al centinela, en voz casi imperceptible; todo está dispuesto para la sorpresa. Los vecinos armados de la Colonia, que se han adelantado á los blandengues para tomar desprevenida á la banda, siguen mis pasos: ahí están. Ve á avisar á los «amigos» y ponte con

ellos en camino al punto indicado, que yo iré tras vosotros.

Bruno Páez, va á obedecerla; camina algunos pasos; pero, en ese instante, se siente cogido por robustas manos. Son los vecinos armados, al mando del subteniente Casas. Bruno Páez lucha desesperado y le implora á *Iponá*; pero es amordazado... Y cuando más forcejea por escaparse, el fusil con que hiciera la guardia cae y, al chocar en una roca, suena el eco de un tiro y tras él voces de alarma...

Iponá lanza un rugido: todo se ha descubierto antes de que llegara el instante preciso de sorprender á la banda.

No debe intervenir en la prisión de Bruno Páez, porque sería inútil; pero también comprende que el amado de su corazón no se salvaría si alguien no le avisase, y corre, vuela á la guarida...

Ya los de la banda, en confuso tropel, acuden, armados, hacia donde sonara el tiro...

Iponá no se detiene, aunque esquivo el encuentro de los que «no quiere salvar...»

Ella va en busca de su amado esposo que..., al fin, vislumbra allá, junto á los tres pescadores.

Ellos también la han visto y esperan su llegada; pero, de pronto, surge ante la india la imponente figura del sanguinario Palomino que profiere terrible blasfemia.

Su actitud es espantosa.

¡Con sonrisa diabólica, le aboca su trabuco y este atruena!

Iponá cae, lanzando un alarido, mortalmente herida, y Palomino, con saña de feroz bandido, la remata con el extremo del trabuco.

Lorenzo Salay y los pescadores han presenciado la vil hazaña de aquel bandido, sin tiempo para poder evitarlo; pero... los momentos son angustiosos y decisivos, porque se siente un vivo fuego en el sitio del Rodeo. Hay que escapar de allí, si no quieren ellos también caer prisioneros y así se lo dice Francisco Cultivanos á Lorenzo Salay; pero

éste se niega á hacerlo y mientras los otros huyen, corre tras el jefe de la banda, en la diestra el cuchillo que le diera Juan de la Rosa Suárez.

¡Lo alcanza y sin proferir palabra lo acomete y se traba entre ambos un duelo á muerte!

Las ventajas están todas de parte de Palomino: lleva en la mano su mortífero trabuco, y aunque no ha tenido tiempo de volverlo á cargar, no importa, es un arma poderosa en forma de maza.

Además, en el cinturón lleva un puñal y dos pistolas.

Es ágil, es diestro y con fuerzas irresistibles.

En cambio, Salay sólo va á él armado de aquel cuchillo.

La lucha, pues, tendría que serle desfavorable; pero no debió comprenderlo así Salay, porque, esquivando, con rapidez asombrosa, el terrible golpe de molinete que Palomino, al verlo cerca, le dirigiera, con la culata del mortífero trabuco, saltó sobre él, puso en su rostro la siniestra y sin darle tiempo á que volviese del aturdimiento y sorpresa que tan temeraria acción le produjera, le hundió, hasta el pomo, el cuchillo en la garganta!

Palomino, el sanguinario Palomino, jefe de aquella famosa banda, cayó, profiriendo su última blasfemia.

¡Salay, convencido de que el facineroso estaba muerto, acudió al cuerpo inerte y ensangrentado de *Iponá*; pero, inútilmente: acribillado el rostro por horribles heridas y destrozado el cráneo, ya no existía tampoco la hija predilecta de la tribu, su salvadora, su esposa ante el dios de los charruas!..

.

Y agrega el referido corresponsal...: «Y aún hubieran ejecutado otros más horrendos delitos si oportunamente no llegara la partida de auxilio que remitió el comandante de la Colonia al mando del esforzado y prudente joven el subteniente Casas, quien, con siete vecinos que se le agregaron, entre ellos otros dos valientes jóvenes, de la familia de los Garzones, les acompañó en el sitio del Rodeo, con tan vivo fuego, por el espacio de hora y media, que

consiguió, aun á costa de un cabo, matar al capitán llamado Palomino y á otros dos de sus atrevidos criminales socios y se rindieron nueve, por lo que es de esperar que con el pronto ejemplar castigo de estos bandoleros y otras sabias providencias que librará nuestro celosísimo y justificado Xefe, vivirán tranquilos los habitantes de esta campaña.»

Sentencia y confirmación

«Visto el oficio del Excmo. Sr. D. Joaquín del Pino, virrey, gobernador y capitán general de estas Provincias, de 29 de Agosto del presente año, para tomar informaciones sobre los reos Martín Pereyra, alias *Curú*, Juan Sánchez, Juan de la Rosa Suárez, Josef Fernández, Pedro Mereles, Antonio Pintos, Lorenzo Salay, Manuel de la Cruz, Jacinto Viera y Bruno Páez, acusados de haber salteado y robado el pueblo de las Víboras, robado la casa de don Francisco Albín, hecho resistencia á una partida de blandengues de esta frontera que los aprendió y otros excesos que cometieron, el proceso contra dichos reos por información, recolección y confrontación; y habiendo hecho relación de todo al Consejo de Guerra y comparecido á él los reos el día 6 del corriente, donde presidia el señor don José Martínez de Cáceres, coronel de ingenieros director; todo bien examinado con la conclusión y dictamen del señor don Juan Pedro Maciel, teniente de blandengues, fiscal de ésta causa y los defensores de sus procuradores; ha condenado y condena el Consejo á los reos Martín Pereyra, alias *Curú*, Juan Sánchez, Juan de la Rosa Suárez, Josef Fernández, Pedro Mereles, Antonio Pintos, Lorenzo Salay, Manuel de la Cruz y Jacinto Viera, á que sufran la pena de ser *ahorcados* y *descuartizados* y que se pongan por los parajes y caminos donde cometieron los delitos, y á Bruno

Páez, á que sufra la pena de doscientos azotes y diez años de presidio; que á los reos Francisco Cultivanos, Francisco el «Chico» y Josef Leche, que hicieron fuga y se hallan comprendidos en estos mismos delitos, sean llamados por edictos y pregones y, de no comparecer en el término prescripto por las Reales Ordenanzas, sean tenidos por contumaces y sentenciados por el Consejo de Guerra Ordinario como los demás.—Buenos Aires, 10 de Noviembre de 1801.—*Josef García Martínez de Cáceres.*—*Juan Antonio Olandris*—*Juan Tomás Estrada.*—*Francisco Javier Pizarro.*—*Miguel Moris.*—*Pedro Ballesteros.*—*José Piris.*—*Juan Antonio Albarracín.*—*Manuel Lecica.*»

Elevada esta singular sentencia del Consejo de Guerra Ordinario al Excmo. Sr. virrey, la confirmó éste en los siguientes términos:

«Vistos: se aprueba la sentencia del Consejo Ordinario de Guerra pronunciada en 10 de Noviembre próximo y entréguese los autos al fiscal don Juan Pedro Maciel para su pronta ejecución, con cargo de devolverlos á mi Secretaría de Cámara para que en ella se archiven y entendiéndose que el reo principal Martín Pereyra, alias *Curú*, deberá únicamente ser descuartizado y que á los demás reos comprendidos en la causa se les deberán cortar las cabezas y las manos para que, colocadas unas y otras en las entradas y salidas del pueblo de las Víboras, en las inmediaciones de la estancia de don Francisco Albin y en los principales campos desde la colonia hasta el pueblo de Santo Domingo Soriano y Capilla de Nuestra Señora de Mercedes, sirvan de público escarmiento y á otros malhechores, de cuyas diligencias se encargará el mismo juez fiscal dando cuenta á este Supremo Gobierno y capitán general de haberla cumplido, y por lo que mira al reo Bruno Páez, ejecútese la pena de azotes que en dicha sentencia se le impone y fecho trasládese al presidio de esta capital por el tiempo de su condena.—Rubricado de Su Excelencia —*Gallego.*—*Almagro.*»

El príncipe bandido

Era de ver la cínica actitud de los unos, el coraje brutal de los otros y la desesperación de los más al tener conocimiento de la sentencia y confirmación del castigo á que se hicieron acreedores y al verse trasladados de las antiguas crujiás de la cárcel pública, donde fueron traídos, atados codo con codo, desde el teatro de sus crímenes, á la capilla, que, con objeto de que fueran al patíbulo arrepentidos y contritos, se les había preparado por los hermanos de la Santa Hermandad de Caridad, mientras en la plazoleta del Fuerte y en la plaza Mayor, hoy 25 de Mayo, se levantaban horcas y se prevenían verdugos para la espantosa ejecución de tanto bandolero y el coronel don Francisco Cabello y Mesa, director del TELÉGRAFO MERCANTIL, RURAL, POLÍFICO, ECONÓMICO é HISTORIÓGRAFO DEL RÍO DE LA PLATA, condimentaba el peripatético, estu-pendo, filosófico y largo artículo que publicaría en las páginas de aquel minúsculo órgano de publicidad, después que tuviera lugar la ejecución del «ejemplar» castigo y pasara previamente por la censura.

Martín Pereyra, «el terrible *Curú*,» reo principal, como le llamaba la sentencia y confirmación, agradeció, con pro-

cacidades insolentes, la *honrosa* preferencia de ser el único que descuartizarían después de ser ahorcado; si, pues, después de muerto, la cebada... al rabo...

Y en tanto los demás protestaban de su inocencia—¡inocente Juan de la Rosa Suárez, degollador de aquella infeliz mujer y verdugo de la banda!..; ¡inocente Pedro Mereles que se robó los cálices..., ¡sacrilego!; y todos los demás, el que más y el que menos..., ¡si lo hubieran sabido sus jueces!, cargándoles la mano al difunto Palomino y al «terrible *Curú*,» «que los llevaron á esos extremos contra toda su voluntad,»—el llamado Lorenzo Salay, taciturno, indiferente, no pronunció palabra que pudiera eliminarlo del cruel castigo, teniendo su defensor de oficio que valerse de las declaraciones de los otros, que tanto lo favorecían, para que no pesara sobre él la culpa de los demás. ¡Pero, nada le valieron esas declaraciones ni que las acentuara su digno defensor, porque él, como Juan de la Rosa Suárez y los otros bandoleros, fué condenado á la horca y á que le cortaran la cabeza y las manos.. para escarmiento público y de *otros malhechores*, y que era la más afrentosa de las muertes!

Y ya hacia veinticuatro horas que él, como los otros, se hallaba en capilla, acompañado en los últimos momentos por su defensor cuando, acercándose á él el hermano mayor de la Santa Hermandad, para aconsejarle, piadosamente, como á los demás, que tuviera resignación y no se acordase de las cosas terrenales, para preparar su alma á la redención de los fieles arrepentidos, le dijo, en tono tranquilo é indiferente, con su lenguaje exótico:

—Hermano, yo estoy muy conforme con que la sentencia que á *todos* nos condena es muy justa; pero...

—*Pero...* ¿qué?—le preguntó el hermano, notando en aquel joven suma perplejidad.

—Yo desearía—añadió, después de un momento y como si hubiera tomado una extrema resolución,—que antes de que me lleven á la horca, me permitan testar.

—¡Cómo!.., ¡testar!—exclamó el hermano mayor, dirigiendo la mirada del defensor á los harapos que cubrían á

aquel desgraciado.—¿Y qué va á testar, hermano? —le preguntó, con finísima ironía.

Salay miró á uno y otro fijamente y, dando á su actitud aquella imposición majestuosa con que dominara á los demás, repuso:

«—Porque yo soy príncipe potentado, conde de Buda y señor de vasallos de Hungría, y pues he de morir en breve, sin remedio, debo testar estos mis Estados en favor de una hermana que tengo en ellos (1).»

—¡Príncipe y conde y señor de vasallos en Hungría!!— exclamaron, con asombro, su defensor y el hermano mayor de la Cofradía, al escuchar semejante declaración.

¿Se habría vuelto loco aquel desgraciado á consecuencia de su desesperación? ¡Sí, pues, el delirio de las grandezas!

Así lo creyeron tanto el uno como el otro y así lo debieron manifestar en la elocuente expresión de sus interrogadoras miradas, porque el joven, comprendiéndolo, les dijo, sonriendo y siempre tranquilo é indiferente:

—No estoy, señores, y lo que acabo de decir es la pura verdad.

«—Pero...—habló al fin el hermano mayor de la Santa Hermandad, volviendo de su estupefacción,—¿cómo habéis podido, siendo persona tan principal, formar parte de una banda de forajidos? ¿Cuál es, pues, la causa de tan maravillosa transformación (2)?»

«—Hallándome en Roma en servicio del emperador, mi amo, fui hecho prisionero de los franceses, y transportado á bordo de sus bajeles, continué con ellos hasta Montevideo, de cuyo puerto lice deserción para la campaña del norte del Río de la Plata.»

«—¿Y cómo no os presentasteis á las autoridades en vuestro carácter de gran señor?»

«—Porque podían haberme tomado por un impostor al ver la vestimenta en que me presentaba ó porque, y ésta

(1) Textual.

(2) Todo lo entre comillas textual, salvo la forma.

fué la más poderosa razón, estando en guerra el emperador, mi amo, con la Francia, siendo aliado de éste el rey de España, las autoridades de allí me hubieran aprisionado. Mi objeto al dirigirme al norte del Río de la Plata era poder llegar al Brasil y de allí volver á mi patria; pero me encontré con la banda de esos forajidos y su jefe me obligó á formar parte de ella so pena de ahorcarme. Yo no debí acceder, fui débil y he ahí mi crimen, por lo que no debo quejarme de mi suerte. Insisto, pues, en que se me deje testar, aunque se me ahorque después.»

Y era tan natural su explicación y tanta lógica había en ella, que «en vista de ésta y otras explicaciones, dice la causa, el celoso hermano de la Santa Hermandad de Caridad pasó incontinenti un parte á S. E. con la relación de tan extraño suceso, y el oficial, defensor del reo, presentó igualmente un pedimento, *«pidiendo que por lo digno que se indica de la persona juzgada y sentenciada y mediante á que además de constar del proceso que este reo no quiso percibir el dinero que le daba el capitán «Curú» y cupo en suerte del saqueo del pueblo de las Víboras, se podía también deducir presunciones graves de su magnanimidad, desinterés y otras prendas relevantes, muy contrarias á la codicia, viciosidad y genio sanguinario de los otros reos; se indagase escrupulosamente la verdad y clasificada probablemente cierta, se suspendiese en él la sentencia de muerte, hasta dar cuenta á S. M. y recibir su soberana resolución.»*

Al llegar á conocimiento del Exmo. Sr. virrey tan insólita como estupenda noticia, llamó inmediatamente á su consejo á los hombres más notables y peritos en materia judicial, los que al acudir presurosos, como es de presumir tratándose de asunto urgente, y tener advertencia de tan inaudito descubrimiento, quedáronse pasmados, ¡como su excelencia!

¡Nada menos que un príncipe confundido con bandoleros!

¡¡Pues ahí es nada!!

¿Y qué hacer?

«—Suspender sin más trámites la ejecución de la sentencia.»

«—Eso sí que no: la sentencia había sido confirmada y sólo en el caso que se presentaran *ipso facto* pruebas «más claras que la luz del día» de que «aquel reo» era inocente podía procederse así, y eso... ¡según y conforme!»

«—Pues, no, señor—rearguyó otro ergotista,—el excelentísimo señor don Joaquín del Pino y Rosa, actual y dignísimo virrey, gobernador y capitán general de esta provincia, no sujeto como los jueces inferiores á obedecer y ejecutar la ley al pie de la letra, como establece Bobadilla y otros autores, sino con plenitud de potestad para juzgar y midiendo el delito, no aritméticamente como la ley de Radamento llamada del Talión, que á todos castiga igualmente por su mismo exceso, quitando diente por diente, ojo por ojo, sin dejar lugar al arbitrio ni á la calidad de las personas, sino regulando la causa, carácter del delincuente, el lugar, la cualidad y el efecto... Véase Ley 44, título 18, libro 6 de la Recopilada; Ley 2, título 10, libro idem; Ley 20, título 9; Ley 8, título 31, página 7, Bobadilla; Libro 2, política: procede tomar las indagaciones necesarias y de acuerdo con ellas y su sabio criterio resolver lo que creyera por conveniente.»

Y ateniéndose á tan erudito como acertado dictamen, que dejara con la boca abierta á los demás, el Excmo. Sr. virrey «ordenó inmediatamente que el señor oidor honorario, auditor general de guerra y asesor del virreinato, don Juan Almagro, asistido del escribano mayor de la gobernación, don Ramón de Basavilbaso, pasara á la capilla donde se hallaba el desventurado reo Lorenzo Salay á efecto de tomarle una ESCRUPULOSÍSIMA declaración.»

Era este señor don Juan Almagro muy entendido en historia de los reinos, blasones, títulos, condecoraciones y ejecutorias y mucho más en lo que correspondía á las leyes de herencia, sobre legítimos y segundones, no herederos y demás cosas de la especie. Y en cuanto al escribano mayor, don Ramón de Basavilbaso, no le iba á la zaga en los conocimientos de su profesión.

Así es que... «llegó en efecto el referido magistrado á la capilla y habiéndole interrogado por su nombre, patria, ascendencia, nombre de su título, lugares de su señorío, grado que obtuvo bajo la milicia del emperador y otras *particularidades que bien escudriñadas y combinadas con la historia de aquellos países* aclarasen la verdad de sus asertos, se vió el infeliz Salay tan *atacado* (y es de presumirse) que, no pudiendo resolver los cargos, dijo:

«—Yo no soy príncipe ni conde ni señor de vasallos; soy sólo un hombre desventurado que por temor á la muerte afrentosa y cierta que me está decretada, discurrí como único este efugio para librarme de ella. Soy, en fin, el hijo de un hostelero.»

«Suspendió el señor ministro en este estado la declaración y el presuntivo príncipe tomó un crucifijo y se dispuso á morir.»

Eso dice el minúsculo papel de Cabello y Mesa que así pasó, al dar cuenta «de la horrorosa y lastimera escena que se representó en la plaza Mayor de Buenos Aires,» el 5 de Diciembre de 1801, «cuando la mano fuerte de la justicia hubo preso, ahorcado y descuartizado al capitán *Curú*, cortado á todos la cabeza y manos alevosas para fijar esos horribles signos, para escarmiento de otros, en los lugares mismos donde perpetraron sus crímenes.»

Pero, por la documentación que existe y se guarda, aun queda la duda de si aquel Lorenzo Salay, de quien «fluita *ese algo* que domina porque se diferencia de lo vulgar,» era hijo de un modesto hostelero ó el príncipe potentado, conde de Buda y señor de vasallos.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La Capilla de Santa Felicitas	5
El crimen de la Noria.	31
El Principe Bandido	137

ERRORES REMARCABLES

Página	Línea	Dice:	Debe decir:
8	29	Gorrits	Gorriti
11	20	«Tafa-dios»	«Tata-dios»
15	4	nombrándole	nombrándola
15	14	dando su prefencia	dando su preferencia
16	31	con que él se llevaría	con que él se llevaría <i>á cabo</i>
18	10	de cantante	de cantar <i>la</i>
18	38	mientras pasa la torpeza	mientras pasa la tormenta
21	10	El señor Guerrero no podía	El señor Guerrero no quería
24	12	—Felicitas no está en la quinta en este momento,	—Felicitas no está en la quinta en este momento,—observa que Ocampo
—	y 13	Observó que Ocampo había de evitar el encuentro	había <i>que</i> evitar el encuentro
—	—		
25	24		
<hr/>			
35	6	por el exceso de las vibraciones	por el exceso de las <i>li-</i> <i>baciones</i>
35	17	su amigo Terrado	su amigo Terrada
52	12	<i>afirmó</i> Arriaga	<i>insistió</i> Arriaga
56	38	<i>insistiendo</i> débilmente	<i>resistiendo</i> débilmente
65	7	codiciaba	codiciaban
69	3	<i>Recoba</i>	<i>recova</i>
131	1	Y habrían transcurrido	Y habria transcurrido
<hr/>			
140	32	la bandera	la bandera <i>roja</i>
145	18	Tal feliz nueva	Tan feliz nueva
146	17	que no era para soportar	que no era para soportarlo
160	15	por varios que,	por varios <i>hombres</i> que,
164	23	—Pero <i>dijo</i> la india	—Pero,— <i>agregó</i> la india
172	15	una familia <i>de</i> «bien»	una familia «bien»
175	6	no tenía ni aun entre	no tenía <i>igual</i> ni aun entre
180	23	tan elocuentes que el	tan elocuentes <i>razo-</i> <i>nes</i> que el
195	20	—No estoy, señores	—No estoy <i>loco</i> , señores

Biblioteca Rafael Barreda

PRIMERA SERIE

PUBLICADAS

El crimen legal.	Novela	I tomo
Luchas de sombras	»	I »
I. La capilla de Santa Felicitas	} Crónicas	I »
II. El crimen de la Noria.		
III. El Príncipe Bandido		

EN PREPARACIÓN

El tormento del delito	Novela	I »
¡Qué tiempos aquéllos! (25 tradiciones).	Crónicas	I »
I. El robo de los dos millones	} »	I »
II. Los caballeros de la noche		
III. Las tentativas de asesinato al presidente Sarmiento.		
I. El último caudillo entrerriano	} »	I »
II. La muerte de un valiente.		
III. Tata Dios del Tandil		
IV. La catástrofe del «América».		
Cuerpos y almas (50 novelas cortas).	Cuentos	I »
Mi teatro inédito y representado.	Teatro	2 »
Mis recuerdos de periodista viejo.	Periodismo	I »

NOTA.—Las obras publicadas se encuentran en venta en las principales librerías de la capital y provincias.—Administración General de la BIBLIOTECA RAFAEL BARREDA: Rivadavia, 5147.